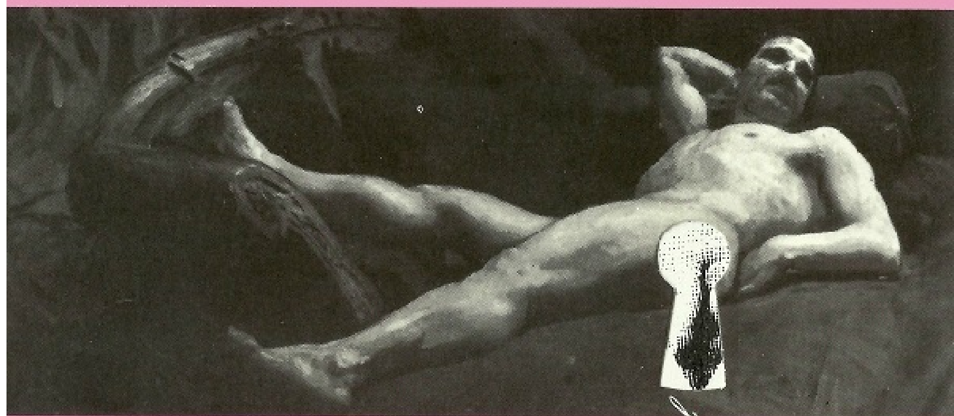
Vicente García Cervera

# Las cartas de Saguia-el-Hamra

## Tánger



La sonrisa vertical



Puede decirse que esta novela es fruto de un descubrimiento repentino, revelador, que condujo a Vicente García Cervera a lanzarse a una experiencia personal que muy pocos hombres de su medio social y de su edad se habrían decidido a llevar a cabo: la experiencia de la homosexualidad vivida en toda su crudeza, en toda su subversiva transgresión. No es de extrañar, pues, que esta novela esté escrita con esa furia y esa carnalidad tan propias del testimonio auténtico de quien habla desde el escenario mismo en que discurre la narración, que fluye espontánea, al desnudo.



Vicente García Cervera

# Las cartas de Saguia el Hamra. Tánger

## La sonrisa vertical 43

**ePub r1.0**

**ugesan64** 23.04.14

Título original: *Las cartas de Saguia el Hamra. Tánger*
Vicente García Cervera, 1985

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA




ePubLibre.org

A Filomena,

que murió cuando este libro comenzaba a vivir.

—Pues sí, señora: a Vicky nunca le gustaron las navajas. Por algo se le puso carne de gallina al ver que aquella le apuntaba al riñón.

Así que, al dárseme por muerta, sin un suspiro, sentí como si Chema me apuñalara a mí.

Y no lo digo por hacerme la santa, pues la culpa de todo la tuve yo.

Fue un error llevármela a Tánger. Pero había conocido a Chema en esa edad en que pueden irse con cualquier bragueta, y no quise correr el riesgo de dejarla en casa. Sólo una cosa me estremecía: que fuese un estorbo entre Vicky y yo.

Y pensando que la autoridad de mi dinero podría facturarla, si sus gritos nos corrían el rímel a la otra y a mí, devolviéndola al basurero de donde la saqué cuando ganaba su pan haciendo la carrera, me tranquilicé.

El otro pensamiento me complacía más cuando me montaba en vísperas del viaje. Puesto que Vicky, me decía yo, habrá madurado su juventud y perdido su tosquedad en los pliegues de algún refinamiento, ¿quién mejor que ella, veinte años mayor que Chema, y veinte menor que yo, para dirigir una cama redonda llevándonos a su rival y a mí de las riendas, sujetando sus bravuconadas y espoleándome a mí, haciendo que su boca despabilara mis flaccideces y su bastón el culo de la otra, donde yo rara vez lo podía untar?

Poco sospechaba yo, entre tantos supuestos, que Chema iba a hacer verdad a punta de navaja una mentira de veinte años. Y aunque el engaño

de su propia muerte lo urdiera Vicky a costa mía, no le agradezco que me la matara.

No sé si habréis conocido a más Chemas que yo, pero dad por seguro que a ninguna igual. Y eso os lo dice quien es un rato larga. Ya sé que es peligroso correrse en la cama con quien puede partirte el brazo por birlarte el reloj. Pero es la clase de cuerpos que me lo ponen duro, y vuestra carne me enciende tanto como a vosotras la mía, que demasiado sé lo que os cosquillea en cuanto entráis aquí.

¿Nunca le habéis sacado punta al lápiz para huir del peligro de que os partan un hueso? Pues de esa sensación de que los años no pasan por una sin descolgarle los pechos vino a sacarme Chema cuando sus dos zarpas me atraparon con fuerza y yo presentí que me iba a dar. Y si ese barrunto despertó a la vieja, haciendo que aquel inútil vellón de lana se pareciese a un clítoris, en el momento que Chema apuntó el suyo detrás de mí y lo clavó de un golpe, atenazando con sus dedos mis carnes blandas y gritándome groserías en la oreja, entonces me lo puso diamantino. Y aunque ya era tarde, aunque no podía soñar con invertir los papeles, aunque le hice promesas por dejarse encular, aunque entonces apretó más aún y de su boca surgieron un torrente de obscenidades, yo fui feliz hasta el último suspiro de la bragueta.

Chema y Vicky eran tan distintas como distinta me habían hecho a mí los veinte años de separación.

Para vosotras, refugiadas en este pub como flores de estufa, donde bebéis vuestros whiskys oyendo gorgorizar a la Marquesa sin atreveros con los golfos que os hacen la calle, Vicky hubiera sido vuestra novia ideal, porque era dulce, y discreta, y

se dejaba hacer, como lo fue para mí cuando el olor de una axila me lo empinaba, que ninguna hemos nacido con patas de gallo, y yo menos que nadie.

Sacándola de los latines del Seminario, yo hice la Vicky que necesitaba. Lavé sus cabellos, cuando me dio por besárselos. Se los hice cortar a cepillo, para que cosquillearan. Maquillé sus ojos y recorté sus pestañas. Vestí y desnudé su cuerpo según mi capricho, y ni una sola vez metió su cuchara en mi propio cazo sin ofrecérselo yo.

Jamás torcía el gesto si la cedía a otra. Y era Vicky quien abría la puerta y quien me hacía sentar donde mejor la viese, volviendo a mí sus ojos como si fuese yo quien la estaba montando.

—Me gusta cómo lo haces —le dije una vez—, pero debieras quitarte la camisa.

Yo sabía que no era necesario decirle más. Y no me importaba compartirla con otras, porque siempre era yo quien se la tiraba.

Con Chema nada fue igual. Vicky era morena, de pelo lacio, y ella lo tenía color de bronce. El cuerpo de Chema era macizo, y tan robusto que sus piernas me amorataban al ponerse encima. Cuando la conocí tenía la piel tostada, y todos los músculos de un peón de albañil sobre los que gustaba dejar correr la lluvia. Vicky, por el contrario, fue la seminarista a quien afectan cualquier corriente de aire y todo esfuerzo físico. En eso era igual que yo, y quizá por ello nos llevábamos bien.

De Chema podía decirse que era una salvaje, cuya fuerza y brutalidad te estremecían a veces, pero el sexo de Vicky aventajaba al suyo en más de dos dedos. Lo que fue motivo de muchas peleas al mencionárselo, y de que alardeara de su fuerza física en la cama y en cualquier lugar.

Yo sabía que Chema nos despreciaba. Lo supe en cuanto la vi en la pista de baile, y ella, en mala hora, me miró a mí.

—Oye —me dijo, habiendo acudido al chis–chis con que me reclamó—, no te vayas sin darme un cigarro.

Yo me entregaba por aquel entonces a releer las cartas que Vicky había escrito. Y cuando al final de la noche le leí unas cuantas, escogiendo las que más admiraba, me dijo:

—No sé cómo pudiste aguantar cinco años con esa maricona.

—Llámala maricona, o como tú quieras —le dije yo—, pero de su lavativa podían hacerse dos como la tuya.

Vicky era mariquita de pies a cabeza, pero Chema no fue más que una golfa que sólo te dejaba que lo mirases cuando la erección se lo desplegaba. Mientras Vicky podía lucirlo con orgullo en cualquier momento, Chema necesitaba masajearse el rabo para añadirle lo que no tenía.

Así que nuestra relación y lo sucedido en Tánger sólo fue el corolario de esa primera pulla. Pues si a partir de entonces me hice la promesa de no defender a la desaparecida, o al menos de no hacerlo en forma tan hiriente para aquel rabillo de aficionada, Chema estableció un modo de joder conmigo en que la fuerza —su fuerza— lo avasallaba todo. Y en ese todo me incluía a mí.

No creáis, pues, que no supe desde el principió quién era yo para la ninfa de diecinueve abriles que calentaba nuestro colchón, y lo poco que podía esperar de sus delicadezas. Pero, si es cierto, como decís, que seguí con ella cegada por su clítoris, nadie de vosotras la hubiese despedido. Porque si la Chema complaciente de la primera noche sólo consiguió hacerme correr en los

umbrales del culo, pese a que ella misma le abrió sus puertas de par en par y con ambas manos, como haciendo culpable de mi fracaso a su bisoñez y no al chicle de fresa con que intentaba deshojarle la margarita, su brutalidad de la siguiente noche, y las sucesivas, me devolvió tal confianza en mí que pude hundirlo cómodamente donde primero había fracasado.

También puede ser cierto que Vicky me hubiese habituado mal. Pero sigo pensando que la ninfa del Emperador no estaba hecha de su misma pasta. Y, si no me creéis, tocad madera al menos para no tropezaros con otra igual.

La noche que me brutalizó las ancas, Chema llevaba puesto un jersey de boutique, y las dos nos habíamos sentado en el sofá, ella en un extremo y yo a su lado frente al televisor, como lo hiciera con Vicky antes de llevársela.

Pese a que eran las tantas de la noche, y no esas de la tarde en que Vicky y yo nos dejábamos ir somnolientas entre caricias y miradas dulces, me fui al extremo contrario, me desprendí las zapatillas y reposé la cabeza en el brazo del sofá y los pies en su muslo.

Siempre he puesto especial cuidado en borrar de mis pies su función pedestre, y esa noche la laca de las uñas no habría escapado a la atención de Vicky como escapó a la de Chema. Como tampoco hubiese dejado de prodigarles un sinfín de caricias, que a mí me satisfacían tanto más por ser aquella la parte de mi cuerpo con la que no podía corresponderle, para acabar cobijándolos bajo su jersey, como dándoles calor mientras los acariciaba obstinadamente debajo de la lana.

Pero esa noche mis pies siguieron recostados ante el jersey de Chema, ansiando el mimo de aquellas manos que ahora se llevaban el licor a los

labios, ahora el cigarrillo, y que sólo dejaban en ellos el aire de su continuo revolotear.

Así que me entretuve con el jersey, que colgaba sobre la curva de la bragueta, lo alcé cuidadosamente con uno de los pulgares, y, alejando los pies del bulto informe que comenzaba a endurecerse, los introduje en el agujero y los oculté bajo el manto amarillo hasta sentir el calor de la piel y el roce del vello.

Chema tensó los músculos, y, como si levantase dos sacos de patatas, los separó del vientre. Y haciéndolos descansar sobre el bulto nuevamente informe, a la distancia que dio de sí la lana que los envolvía, me dijo:

—Anda, que no los tienes fríos.

—Perdona —le dije, un tanto corrida—, pero la culpa es de Vicky. A ella sí que le gustaba que los metiera ahí…

—Pues no entiendo que pudiesen gustarle esas dos neveras. Anda —me dijo a continuación—, písamela un poco, pero ten cuidado.

Hice lo que pedía. Pero su gesto y sus palabras me sonrojaron a tal extremo que bastó su primer mohín de disgusto para hacerme plegar las piernas.

Y aunque la acción del programa me decía que sólo transcurrieron escasos minutos, a mí me pareció que llevábamos mudas más de una hora cuando me incorporé para ir al baño.

La lluvia repiqueteaba en las hojas de jardín, y las ráfagas de viento la precipitaron contra los cristales cuando dejé correr el agua caliente y me senté sin más compañía que los relámpagos y truenos que rodaban afuera como si pretendiesen acabar con el mundo.

Rara vez se me enfrían los pies, en cualquier

época del año y a cualquier temperatura. Pero esa noche los tenía helados. Una secreción los envolvía como sudario cuando los introduje en el bidé, notándolos palpitar hasta que el temor de ser sorprendida me incorporó.

Los sequé dedo a dedo, comprobando la laca y, al abrir el armario en busca de desodorante, vi la caja donde Vicky y yo guardábamos los aderezos. Los anillos de fantasía, las pulseras y collares, las ajorcas, y las cadenitas y medallas que solíamos colgarnos estaban en ella. Pero no me decían nada. Ninguno de ellos, salvo los pendientes de plata, herencia de mi madre, con los que nos engalanábamos Vicky y yo.

Los saqué de la caja, olvidando el desodorante, y cerré el armario. Me puse delante del espejo y probé a sujetármelos en los lóbulos, a los que tuve que aplastar un poco, puesto que la pinza no los abarcaba.

Me observé repetidas veces en el espejo. Los hice balancear a derecha e izquierda. Forcejeé con la pinza para sujetarlos bien, y aunque me estaban coloreando las orejas y no llevaba puesta la falda de volantes, apagué la luz y avancé hacia el salón con los brazos plegados y las manos abiertas, tonta de mí, como si temiera que de un momento a otro fuesen a caer.

Pero en el salón no era Vicky quien me aguardaba, dispuesta de mil amores a seguir el juego, sino Chema. Y si Vicky no hubiese tardado en completar con sus fantasías mi escaso disfraz, arrojándose a mis pies con las manos en el corazón, o besándome el filo de la bragueta como solía hacer, Chema ni siquiera los vio cuando le pregunté, poniéndome ante sus ojos:

—¿Qué te parezco?

—¿Qué me pareces? —me preguntó a su vez.

—Sí, ¿qué te parezco? ¿A que podría cantar con ellos un pasodoble con más salero que Lola Flores? —volví a decirle, abanicándome las joyas para hacérselas más visibles.

—Lo que has de hacer es quitártelos, no vayan a crecerte las orejas como a las de África —me dijo, estirándose las suyas—. ¿No te las ves?

Sí, me quité los pendientes. No creáis que soy incapaz de sentirme tonta, ni que no deseara escapar de ella al introducirlos en el batín. A mí me habréis visto muy pocas veces hacer la mona, y no pensaba cambiar un pelo ni por Chema ni por la Luna.

Guardé, pues, los pendientes en el bolsillo y me sentí avergonzada de aquellos pedazos de metal que tanto hicieron reír a Vicky.

«—¡Te juro que eres de lo más simpática! —me dijo, la primera vez que me los vio puestos, abrazándome y besándome.

»—Pues eres la primera en decírmelo —le contesté, entre asombrada y feliz.

Y ella añadió:

»—Anda, túmbate un poco.

»—Sí, y de esa forma estiraré las piernas. Pero siéntate a mi lado —le dije yo, que había cavado en el jardín y tenía calambres y agujetas de morirme, pese a las cucharadas de bicarbonato.

»—No, no. Yo me pondré aquí —me dijo ella.

»—Mira, si no te pones a mi lado no me estiro —aseguré yo.

»—Sí, mujer, que te sentará bien en las piernas —volvió a decirme.

»—Que no.

»—Que sí, mujer, que sí».

Tal vez fuesen nostalgias de la lluvia, que caía en las hojas de aquel jardín que habíamos mimado

Vicky y yo, las que me hicieron seguir diciéndole que me cubrió las piernas con una manta, porque el calor me sentaría bien, apartándome los dedos de la boca cuando vio que intentaba morderme las uñas.

«—¿No tienes cosquillas? —me preguntó, pues había consentido sentarse en un extremo.

»—Según cómo los toques —le dije yo, con todos los sentidos puestos en los pies.

»—Como te hago así, así, y no los mueves…».

Comprendí que había dicho lo suficiente, y callé. La sofoquina que me había dado su falta de cariño —yo me resistía a creer, en esa segunda noche, que lo hubiese hecho por aversión— había pasado ya y no deseaba huir del salón, ni mucho menos de la casa, como en ese primer instante de bochorno en que deseé ponerme bajo la lluvia y respirar los aires del jardín. Le había cantado cuatro verdades, y estaba orgullosa de mi comportamiento.

Ya sé que vosotras sabéis de qué os hablo, y que si solas bebéis vuestros whiskys y solas os marcháis, es por no dejaros batir el chocolate por esos golfos, pese a tenerlo a punto. Que a mí me enseñaréis a hacer moneda falsa, pero a otra cosa no.

Pues lo mismo que el vuestro estaba mi culo, cuando cambié de canal. Y el de Vicky, durante los cinco años que vivimos juntas. También en ella me amaba a mí misma. Y en su carne prieta y en su cosa erguida me adoraba yo.

De todo esto nada dije a Chema, mientras me entretenía junto a la pantalla en hacer menos rojizos los rostros de «La Clave».

¿Cómo queréis que le declarase el estado de mi fogón, cuando yo ansiaba repetir en el suyo mi

experiencia con Vicky? En el supuesto de que Chema no entendiese una papa —pues sólo fue marica por conveniencia—, ¿iba a abrirle los ojos y hacer que me saltara encima en lugar de clavárselo yo?

Ya sé lo que pensáis: que debía estar ciega al pensar que, ocultando unas pobres palabras, podría torcer el rumbo de las cosas. Pero ¿qué queréis? Una no siempre encuentra a su alcance ese espejito mágico que le diga quién es. Podía el clítoris indicarme que nones, que mi cuerpo agradeciese más un asiento que estar de pie, y pedirme la cama más que el sofá… Pero todo iba a ser tan brutal con aquella loba que esos veinte años en que no di la vuelta a las hojas de mi almanaque transcurrirían en escasos minutos.

Chema, que me tenía enculada tras hacerme perder el equilibrio, había metido las manos por el batín, pues no aguardó que me lo quitase, cuando me dijo:

—¡Vaya tetas!

—Claro —le dije yo—, como que me estoy poniendo como una vaca.

—También lo estaban las otras, y no las tenían así —me dijo, pellizcándome.

Yo había permanecido de pie todo el rato, ajustando el sonido del televisor. Y si me había puesto un batín tan corto y no llevaba slip no fue para que Chema me cayese encima, como me cayó. Yo no sabía en qué ocupaba su malhumor, pero sí lo que estaría viendo un poco por debajo de mis espaldas y del batín. Porque este no me cubría más que los riñones, en posición normal, y no digamos en la que yo estaba, con el cuerpo inclinado hacia la pantalla y los dedos en las clavijas. Y como nunca le he envidiado su birla a ninguna prójima, supuse que algo de ella debía

asomar entre los globos del culo, si acaso estos no eran suficientes para mover el cuerpo de la que estaba detrás de mí.

Así que, al oír la hebilla de su cinturón, estiré los brazos un poco más y seguí con la oreja izquierda el zip de la cremallera y el roce de una tela deslizándose piernas abajo.

Ese cúmulo de ansiedades que yo despertaba en Vicky cuando ponía mis manos en el cinturón haciendo tintinear la hebilla yo lo gozaba tan en carne propia que sólo el inmediato, aquel de la puya entrando hasta la cruz, me lo hacía olvidar.

Pero, escuchando el cinturón de Chema, con mis manos en la pantalla y las piernas abiertas, me sentí tan indefensa y horrorizada como si alguien con una porra me hubiese puesto de cara a la pared.

Y lo más chocante era que aquel horror, lejos de arrugármelo como a Vicky, me lo estaba encabriando de tal manera que, al caerme encima las dos manos de Chema y agarrarme por el batín, yo estaba armada para hacer en su culo lo que la muy bestia me hizo a mí.

—Ven acá, puta vieja, que te voy a dar lo que necesitas —me dijo, derribándome en el sofá.

Chema poseía la intuición del lenguaje. Porque, si llega a decir cualquier cosa que hubiese respetado mi título de médica, mi edad o mi fortuna, no me hubiese arrastrado al sofá, ni me habría tumbado boca abajo, ni puesto de rodillas como a una carne dócil.

Así que, al clavármelo pese a mis protestas, y agarrarme los pechos haciéndose la sorda, empujé su culo contra el mío y dije:

—¡Uy, qué groseras estamos esta noche!

O a Chema la cogí poco baqueteada, o nunca

se había cepillado a alguien como yo. Y hasta puede que se sintiera no poco sorprendida al ver que se estaba corriendo, que se corría ya, dentro de aquel culo que creía estar cabalgando sin gusto y por dinero. Pues, de no ser así, no me explico que aquella noche me cediera el suyo, cuando se desfogó, y que no consintiese hacerlo en adelante sino a fuerza de muchos ruegos.

La noche en que me hizo chis–chis, Chema llevaba pantalón vaquero y una camisa abierta por los costados que le descubría las tetas mientras bailaba, olé de bien. Ni ciega de ambos ojos hubiese dejado de ver semejante perla, y yo entré en la pista con los míos abiertos para no clavarme los huesos de las bailarinas.

Pero no iba a contaros cómo la ligué, sino las consecuencias que tuvo para ella correrse conmigo. Y también para mí.

A Chema todos los lujos le parecían pocos, y para ella lo constituía beber cerveza en el Emperador. Y yo, que había ido por ser el único local de ambiente donde ligar polluelas de su plumaje, no tuve reparo alguno en regresar con ella a los pocos minutos de su bautismo.

No sé con qué frecuencia lo visitaba, ni a quién buscaría. Pero, por su forma de acodarse en la barra y pedir cerveza a la mariquita que la atendió, comprendí que muy de tarde en tarde y que a nadie en concreto. El pantalón que llevaba esa noche le apretaba el mondongo más todavía que el de la primera. Lo que sí os aseguro que no habían cambiado eran el cinturón y el jersey amarillo. El primero era fuerte y ancho, y su hebilla sonaba como la cerradura de un calabozo. Y como jerseys le compré dos más para que tuviese de quita y pon, con el paso del tiempo

llegué a temer que aquellas ropas fuesen mi talismán, y que sólo jodiéndome con ellas se me pondría duro.

O a Chema le incomodaba mi compañía o las corrientes de aire le habían enfriado el culo —y con él la arrogancia— cuando lo desnudó en mi casa minutos antes, porque el hilo de voz con que pidió cerveza a la mariquita sólo fue atendido la tercera vez.

Si conociéseis a la del mostrador sabrías cómo es de palanganera. Allí nadie mira a los ojos como te mira ella, ni da pasos de baile en la pista de acero tan provocadores como los suyos, yendo de mesa en mesa y de sillón en sillón.

Así que, cuando el tercer hilo de voz se le enhebró en la oreja, y le puso delante la cerveza alemana, le preguntó:

—¿Tú entiendes?

¿Quién de nosotras no hubiese interpretado sin titubeos el sentido de aquellas dos palabras, por no decir el deseo de compartirlas? Yo así las tomé. Pero Chema se quedó mirando a la loca de la camisa negra, y no dijo nada.

—¿Tienes pluma? —insistió ella, acodándose en la barra.

Chema siguió mirando aquella cabeza, tan cerca entonces de la suya, y le contestó:

—Yo lo que tengo es un par de leches para ti, si no cierras la boca. ¿Tú cómo lo ves?

Y se fue con botella y vaso camino de la pista, sin mirar si yo la seguía o no.

Por eso os digo que no estéis tan seguras de que poner el culo le había soltado el pelo. Lo que, por otra parte, a mí me daba igual cuando fuimos a sentarnos muslo con muslo al lado de los espejos, donde ensayaban posturas las bailarinas.

Yo acababa de cumplir sesenta abriles, pero el recuerdo de Vicky había detenido mi calendario en los cuarenta. Lo cual llevaba camino de amargarme los que quedaran, pues no veía medio de hacérmelo empinar.

Las que cruzaban sus piernas conmigo estaban como yo, y sólo tropezaba con calvicies, arrugas y desfondamientos. Pues tanto si vestían chaqueta y corbata, como si se echaban por los hombros un suéter amarillo o color azul cielo, tanto si se masajeaban las mejillas con loción Varón Dandy, como si se cubrían con peluquín, el resultado era el mismo: aquella juventud de boutique y cosméticos se marchitaba en las carnes fofas, y el plátano que me daban a comer no pasaba de higo.

Yo, naturalmente, no me veía así, y atribuía la turgencia de mi culo, y de toda mi piel, a la energía con que lo restregaba con manopla de pita. Y como siempre he tenido cara de niña y la gimnasia me había endurecido, yo tenía mis razones para opinar que la vista no me engañaba y que todas parecían ballenas, excepto yo.

Sólo en una cosa no había podido engañar al tiempo, y ya sabéis en cuál. Pues ni los disfraces, ni los baños comunes, ni las películas, ni los excitantes de las destilerías o de la mesa me la empinaban más allá de unos límites que me hubiesen avergonzado de no encontrarse a su misma altura las que me rodeaban.

¿Que cómo creía yo que aquellas carnes blandas eran el origen de mi impotencia, sin concluir que tal vez las mías estaban provocando igual postración? Eso ni me lo preguntaba. Y tanto era así que yo, que siempre me había gustado picar al prójimo, al ver que me estrellaba contra el fogón de turno sin encontrar vaselina que me ayudase, decidí dar la vuelta y ofrecer el culo,

aunque me lo estimaba más que a mi vida.

Pero mal podían picarme el ano aquellos espadines de mantequilla, aquellos vientres que se apretaban con la firmeza de sus muelles rotos, y aquellas manos que me agarraban con la delicadeza de dos nodrizas, por lo que mi clítoris no experimentaba mayores sobresaltos que los inducidos por su propia mano.

No sé el tiempo —los años— que estuvimos así, ni si ellas llegaron a darse cuenta. A mí me dolía la lengua de repetirlo, pero como si no. Y, si seguían desnudándose sin ningún pudor, mostrando yerto lo que diez años atrás lucieron erguido, poco podían hacer por mí. Pero hay evidencias que te ponen mala, y no tuve valor para ver las mías, hasta que una tarde salimos de compras Josi y yo.

Por toda la ciudad se respiraban aires de primavera. A los gruesos jerseys que deforman el cuerpo los habían sustituido las camisas y camisetas que se ceñían al tórax de las más jóvenes, por lo que yo, salida del otoño y contemplando su gallardía, creí estar tocando la felicidad.

Mi convivencia con el otoño jamás ha sido buena. Ni lo es a los sesenta, ni lo fue a los cuarenta cuando Vicky se lamentaba de lo poco que la jodía, hasta que una mañana cualquiera me ponía a husmear el viento, sentía que el jersey me escocía en los pechos, que el pantalón de pana me pesaba en las piernas como una armadura y deducía por todo ello que el calor de la primavera pronto reconduciría al sexo la energía que malgastaba en combatir el frío.

Y esa tarde en que salimos de compras todo el aire del jardín me hizo mudar de ropa, lo mismo

que a Josi, según fue a recogerme en su coche. Yo llevaba una camisa discreta, y nada más. Pero ella, más precavida, se había echado sobre los hombros un suéter azul, cuyas mangas pendían sobre una camisa de otro azul más pálido.

Al principio no presté atención. Yo iba tan ocupada en admirar braguetas de color tejano que no lo advertí. Además, y eso lo sabéis, acostumbradas a que ningún chico nos sorprenda con la mirada en sus partes, mal podía saber si nos miraba alguno.

Caminábamos por la calle Quevedo, recién desembarcadas en el parking de ese hospital, cuando un claxon sonó a nuestras espaldas. Yo la agarré del brazo, empujándola a la acera, y me volví. El coche era un taxi, y el conductor sacaba el brazo por la ventanilla, riéndose con toda la bocaza.

Pero no fue eso lo que más me extrañó, pues algunos reían desde la acera, vueltos a nosotras, con parecidas bocazas a la del conductor.

Dejé a partir de ese instante de explorar braguetas. Y aunque nada de ello dije a mi amiga, solté su brazo y comencé a mirar por el rabillo del ojo.

Pues bien: pocos de los que se cruzaron con nosotras dejaron de mirar, y casi todos se daban la vuelta.

La boutique donde entramos tenía forma de palomar, y no era mucho mayor que eso. No era sitio donde encontrar rebajas, pero dudo que existiera otro con géneros tan finos como los suyos. En eso, Manoli nos tenía bien enganchadas, y a ella acudíamos para renovar nuestro vestuario.

Un rectángulo de cuatro por dos metros era toda la superficie que podía pisarse en la planta

inferior, sin tropezar con los dos maniquíes, el mostrador, o la trepadora. En cuanto a lo que pudiera albergar Manoli en la parte alta, ese era su secreto. Para mí era tan inaccesible su escalera de caracol construida en madera como la punta del sofá beige que se veía a través de los torneados de la barandilla.

Por lo demás, el buen gusto de Manoli nadie lo discutía. Un gran espejo, que era también la puerta por donde se entraba en el probador, donde pisabas una moqueta de color y textura distintos a los que alfombraban el exterior, permitía hacernos creer que su tienda no era tan exigua como cualquier cinta métrica podía mostrar.

Manoli era calva. Y lo era completamente. Como también el ave con más plumas de cuantas trasponíamos la puerta de su boutique. Ahora bien, si en lo que a géneros se refería ninguna ponía reparos a los suyos, en cuanto a sus inclinaciones todas éramos de lo más suspicaces.

Y no porque el trato que daba a sus clientes hiciera temer que nos tomaba el pelo, porque sus zalamerías y cucamonas, el ir y venir de sus manos de aquí para allá, la abundancia y naturalidad de sus femeninos —titi, nena, cariño, corazón— su voz y sus perfumes, el color bronceado y los tonos con que se cubría las arrugas del cuerpo, le daban tales visos de autenticidad que sólo la circunstancia de ignorar el sexo ante el que perdía la compostura nos hacía dudar de la clase de pelo que conducía al sofá, una vez echado el cierre al negocio.

—¡Uy, duquesa! —me saludó al entrar—. ¡Cuánto tiempo sin venir a verme!

—De temporada a temporada, Manoli —le dije yo—. Pero ya sabes que no te fallo.

—¡Ay, sí! ¡Ya sé que nunca olvidas a tu Manoli!

¿Y tú, nena? —dijo a mi amiga—. ¿Pero qué haces con eso encima? ¡O cambias la raya a tu peluquín, o te mudas de sitio la cabeza! ¡Qué horror!

Al decir esto se llevó ambas manos a la cara y cerró los ojos con fuerza. Y mi amiga, que había abandonado su bisoñé de malla poco tiempo atrás, alegando que la luz del sol le producía brillos, se llevó una mano al recién estrenado y lo palpó. Y al tropezar con pelo por todas partes, sin resbalar en la calva que le cubría, miró dudosa a Manoli cuando esta abrió los ojos.

—¡Ven y mírate tú, cariño, y que el espejito te diga la verdad! —le dijo Manoli, haciéndose a un lado.

Lo que el espejo tenía que decirle yo ya lo había visto. El peluquín se le había atravesado en la cabeza como gorro de legionario, y la raya que peinaba al medio, por habérselo aconsejado la peluquera, le hendía el cráneo desde la sien izquierda al occipital contrario.

A la escena vivida en la boutique de Manoli le sucedieron en mi memoria, como los árboles que dejábamos atrás en la carretera, una multitud de otras semejantes. No estará bien que lo diga, pero fue así.

Para Josi, que no había reparado en las risas burlonas, de las que nada dije, el incidente se resolvió imprimiendo a su peluquín un leve giro con ambas manos delante del espejo. E incluso me obsequió con una sonrisa de complicidad, como si todo aquello fuese fruto de la juventud que aún fingía sentir por sus venas. Yo le sonreí también, y salimos al aire de la ciudad, ayudándonos la una a la otra con los paquetes, disolviéndonos en el gentío.

Yo os estaría mintiendo si afirmara aquí que

me gusta pasear sin que nadie me mire, pues la verdad es todo lo contrario. Me gusta que lo hagan, lo deseo, e incluso lo provoco cruzándome ante los ojos de las más guapas, aunque para ello tenga que desviarme.

Y si esa tarde vi con satisfacción que no parecían reparar en nosotras, ni en nuestros paquetes, ni en el peluquín, ni en nuestra indumentaria, se debía a que del cieno de mi conciencia estaban aflorando a la superficie muchas otras escenas, como burbujas de gas.

Así que, al entrar Josi en la perfumería, pidiéndome que la aguardase en la puerta, ni siquiera me vino a la memoria que una de las cosas que echaba de menos en mi tocador la vendían allí. Todos los paquetes quedaron conmigo, pues Manoli y la perfumista se habían peleado recientemente, y me di la vuelta ocultando la cara en el escaparate.

Al llegar a mi casa nos desnudamos y, hechas un ovillo bajo la manta, nos acostamos en el sofá, uniendo los pies y entrechocando nuestras rodillas.

Desde el primer instante supe que quería decirme algo. Y más todavía cuando puso en el cielo la seda de mis pestañas, como si yo ignorase sus escasos méritos.

Pese a que ella había fingido premiar así el beso que acababa de darle en la boca, como si hubiese querido disipar con él los nubarrones de la velada, a mí no me engañó.

Sus pies dejaron de juguetear con los míos, y añadió:

—¿Te he dicho que esta noche cenamos juntas Manuela y yo?

¿Sabéis cómo supe que era eso lo que intentaba decirme? Porque puso los ojos en el techo y apartó sus pies de los míos. Josi era incapaz de tocarte un

pelo, ni dejar que se lo tocaras, ni de mirarte directamente, en esas o parecidas circunstancias.

Y yo, que hubiese necesitado mayores agasajos que los dedicados a mis pestañas para tragar el nudo que me subió, le dije con frialdad:

—¿Cómo es eso?

—Porque es la sexta vez que me llama, y me ha sabido mal decir que no.

Pura palabrería de su mala conciencia, porque la suya era una cita nupcial.

—¿No te gusta mi novia? —añadió, como si estuviese escuchando mis pensamientos.

—Lo que no me gusta es el papel de cabrona —le dije yo.

Creo que, de no haberse levantado ella, lo habría hecho yo. Nunca he podido fingir con nadie y, si me hubiese puesto la mano encima, le habría contestado con un bufido.

Tampoco la miré cuando me abandonó debajo de la manta, porque ver el desnudo de alguien a quien odio me produce náuseas. Y en ese momento la odiaba a muerte. Ya estaba harta de tragar saliva, y no podía más.

Por un instante pensé que iba a dejarme sola Y estaba preguntándome si respondería con un adiós a su adiós, o si lo haría con el silencio, cuando apareció ante mí con su pollita balanceándose de un muslo al otro como el badajo de una campana.

—¿A que te gusta lo que te he comprado? —me dijo, colocando ante mis ojos un pequeño estuche.

Era un cepillo dental de color verde. Uno de esos con prendedor como si una fuese a pasearlos en el bolsillo de la chaqueta. Y como un capuchón cubría las cerdas y volvió a acostarse, me entretuve en abrirlo y cerrarlo, haciendo sonar el clip–clip, mientras me contemplaba con ojos que

parecían salírsele de las órbitas en busca de los míos, obstinados en no mirarla.

Y como además incluyó en su regalo un nuevo tipo de pasta que, al decir de los fabricantes, tenía magnífico sabor y cremosidad perfecta, y me instó repetidas veces que la probara, me levanté del sofá dejándola a solas con sus deseos. Que a mí no se me altera así como así.

Nuestra despedida fue tan breve que ni ocasión tuve de decirle adiós, ni tampoco de comunicarle las excelencias de la tal pasta que me obstruía la boca cuando pasó junto a mí.

Instantes después me dejó oír el ronroneo de su motor de arranque, hasta que escuché los neumáticos en la gravilla y respiré aliviada.

Si la experiencia nos viene diciendo que hay favores que matan y zancadillas que nos hacen andar derechas, el tupé con que Josi me declaró, desnudas y en el sofá, su intención de quilarse a Manuela tras un ágape preparatorio, me decidió a poner en práctica esa misma tarde lo que venía rumiando de tiempo atrás. Pues, si su fogón apenas me lo empinaba, el remedio a mis penas debía buscarlo lejos de sus carnes blandas y su peluquín de bisutería.

Y esa medicina yo sabía dónde encontrarla, que no iba a morirme yo para que viviesen otras.

¿Cómo no creer en la culpa de sus traseros si, al pasear la mirada por mi entrepierna, se me iban las dudas? Me diréis que, conociendo la receta, tonta había sido de no aplicarla antes. Pero a esa opinión, que me parece justa, he de objetar que nunca hasta entonces había recurrido a la vaselina del Banco de España.

Mantuve el dedo junto al botón, hasta creerlo con fuerzas para no huir del timbrazo en el sexto piso, y lo apreté.

La voz que respondió desde el altavocillo parecía estar aguardándolo. Era, por sí sola, una invitación a entrar. Y fue lo que hicimos cuando el clic eléctrico nos abrió el portal.

La madam nos aguardaba a mi dedo y a mí a la salida del ascensor. Y en el silencio de aquel rellano, le supuse veintiséis años de vida y un cuerpo para abrazarse a él.

Vestía traje de chaqueta, y una corbata con alfiler se interponía entre sus pectorales. Y como estos le abombaban las solapas, y los hombros y la nuca que le vi por detrás eran los de una atleta, me dije que de tal masajista sólo cosas buenas cabía esperar.

—Usted dirá —me dijo, sonriente.

Me había hecho sentar en un sillón, frente a una mesa con tapa de cristal, en cuyo centro se alzaba el búcaro con claveles rojos. Ella se sentó al otro lado y miró las botellas de licor y los cubitos de hielo del carro próximo. El salón olía a perfume, a vapor de agua y a gel de baño.

—Pues, nada —le dije—, que he leído su anuncio y he venido a ver.

Un bigote tan denso como postizo, sobre el que resbalaba la punta de su nariz, le cubría el labio. Un adorno del que debía estar satisfecha, aunque no se lo acarició ni una sola vez.

—Muy bien —me dijo, montando una pierna

sobre la otra, como previendo que nuestra conversación podría ser larga—. Usted ya sabrá cómo es esto, ¿no?

Sus ojos eran pequeños, marrones y vivaces. Su cabeza, pequeña también, y la oscuridad deslumbrante de su piel, de poros muy abiertos, le daban cierto aire exótico que me hizo tartamudear:

—No. Verás… Verá. Bueno, yo es la primera vez que vengo a un sitio así.

Era una invitación a dejarme engañar, pero yo estaba resuelta a no salir de allí sin probarlo todo, y no me importaba el billete de más que pudiera cobrarme.

La joven tenía cicatrices a un lado de la frente. Y el aire turbulento que los costurones añadían al rostro, ya de por sí inquietante, y los cuatro pelos de sus fosas nasales que no cesaba de tironear, me produjeron un vaivén en la tripa.

—Bueno, pues es sencillo —me contestó—. Un masaje con ducha cuesta cuatro mil. Un masaje con ducha y coito, seis. Y un masaje con ducha, coito y baño, ocho mil. Puede elegir lo que prefiera. Ahora yo llamaré a las chicas, y usted me indica la que más le guste.

No quise anticiparle «mi elección eres tú», y asentí.

Apretó uno de los botones que asomaban de una caja de plástico sobre el carrito, y me preguntó:

—¿Le sirvo de beber?

Y como no hago nada sin pensarlo antes, me vi a mí misma coger la copa temblándome la mano, y le dije que no.

La primera ninfa que abrió el desfile tal vez tuviese más de diecisiete años, pero no se los vi. Llevaba puesto un bañador rojo y tenía los brazos

y las piernas largos y finos. El cuerpo, que debían habérselo bronceado a fuerza de lámparas en aquel mayo cargadito de nubes, le concluía en una cabeza tan parecida a la de aquella que me la presentó como Paqui que me pregunté si no serían hermanas. Paseó dos veces por delante de mí los perfiles de una y otra nalga, pues el bañador apenas se las cubría, y, al despedirse con un beso en mi boca, vi que no tenía un solo pelo en la piel.

La siguiente en entrar se llamaba Luisa, y era más alta y recia que la anterior. Ancha de hombros, de cabeza fuerte y pelo rizado, grandes cejas en arco, ojos azules, y un par de labios que estimé de primera cuando besó los míos. Si Paqui paseó descalza sobre la moqueta, esta lo hizo calzando zapatillas, muy por encima de las cuales se cubría el sexo con un pantalón de deporte del mismo color. Entre una y otras prendas había vello, ensortijado y rubio, para hacer dos peluquines como el de Josi.

El tórax y los brazos se los cubría una camiseta blanca, sin ningún adorno. Pero era tal el paquete de músculos que se le agitaban al caminar, del pantalón abajo, que bien podía imaginarme los que ocultaba la camiseta.

—¿Qué le parecen? —me dijo, cuando la llamada Luisa cerró la puerta.

Fue una tontería prolongar el desfile, y a mí no me hizo ningún favor. Aquella madam conocía su oficio y debió comprenderme mejor que nadie en cuanto puso sus ojos en mí.

Pulsó de nuevo uno de sus timbres, y oí ruido de pasos en algún lugar.

El nuevo figurín que se me ofrecía entró caminando desde el pasillo. Y si no vestía en la boutique de Manoli, no sé en qué otra podría

hacerlo.

Llevaba traje completo de color caña, corbata a tono, zapatos marrones, tan relampagueantes como dos espejos, y un rostro de *yatchman* encima del cual no peinaba canas gracias al tinte que se las cubría.

Tuvo el buen gusto de despedirse sin el beso protocolario, y se lo agradecí. Por mí ya podía atarse una piedra al cuello e irse a buscar tesoros al fondo del mar, que yo no estaba allí para darme el pico con ninguna anciana.

Volví a escuchar pasos en el corredor, y me dispuse a cerrar los ojos a quien pudiese entrar.

A todo esto yo no podía perder un minuto, pues mi consulta se abría a las cuatro y aún ignoraba el número de ninfas que aguardaban su oportunidad en aquel mundo de puertas y pasillos, el tiempo que duraría la sesión que aún no había pagado y si estaría libre la de mi elección, pues era muy improbable que no hubiese acudido más clienta que yo.

Pronto iba a salir de dudas, puesto que la edad de quien irrumpió en la sala parecía poner punto final al desfile. Pues, si aún no estaba en el acto final de su propia vida, no debían faltarle muchos capítulos.

En su juventud debió parecerse tanto a la llamada Paqui que bien podía tomárselas por madre e hija, llegando su parecido a tal extremo que las dos se llamaban igual.

Francisca, pues ese era su nombre, debía vestirse donde Alejandra, aunque con aire más juvenil. Lo que no servía para disimularle un año de los muchos que le sobraban. En lugar del *complet* que luciera aquella, Francisca se había echado un suéter azul cielo que cubría los hombros de su camisa. Y, a fin de que no le faltara

ningún detalle, se había colgado un collar al cuello cuyas cuentas no parecían de vidrio, aunque tampoco mucho más valiosas.

Un pantalón vaquero, que ella paseaba como de smoking, le cubría las piernas y buena parte de unos zapatos de color violeta con los que yo no me hubiese atrevido a caminar por la calle.

Paseó dos veces por delante de mí, haciéndome admirar su buen estado de conservación, y la imaginé malgastando en ejercicios físicos las fuerzas que no utilizaría poniendo el culo. Yo, desde luego, poco iba a fatigarla. Ni tampoco pude imaginarme quién, hasta dar con los nombres de mis tres pavas.

Y como estaba pensando decirle a Josi que se diera una vuelta por el salón y preguntara en él por doña Francisca, apenas supe si lo que me dio fue un beso de protocolo o un morreo de lo más vulgar.

—Bien —me dijo la madam, cuando dejamos de oír el taconeo de aquella madre de todas—, ¿ha elegido ya?

Creí que sí, y no dudé en decírselo.

—¿Tú trabajas? —le pregunté.

—No, no —sonrió—. Yo estoy retirada.

—Pues con ninguna entraría mejor que contigo —insistí.

—Pero no puede ser —me dijo con firmeza—. Yo estoy jubilada y jodo con quien quiero. Alguna le habrá gustado, ¿no?

Os parecerá extraño, pero en ese instante me serené. E incluso llegué a aceptarle el whisky con hielo, segura de que la mano no me iba a temblar.

—Siendo así me quedaré con la primera —le respondí.

—Muy bien —me contestó, incorporándose—.

Continúe bebiendo mientras digo que se prepare. Póngase a gusto, que está en su casa.

Para mí se limitaba hasta entonces a aquel salón, una de cuyas puertas cerró tras de sí al salir en busca de mi futuro, y a la parte del pasillo que veía desde el sillón. Las dos ancianas de mi misma edad habían salido por la otra puerta, y unas cortinas de paño grueso tapaban el ventanal que debía abrirse, por la derecha, a un patio de luces desde el que llegaban las voces y la música de un televisor. Durante el tiempo que duró su ausencia, que no fue mucho, estuve acompañada por mi propia imagen reflejándose en el espejo de un gran aparador, cuando la puse en pie, sobre el que descansaba un cestillo de cerámica con frutas de cera.

Al regresar con Paqui, esta llevaba consigo dos toallas y el mismo bañador, además de dos zapatillas que sentaban divinamente a sus dos tobillos.

—Bien —me dijo la madam—, sólo falta que usted elija cómo quiere hacerlo. Ya le he dicho de qué va, y los precios. ¿Qué le parece?

Y yo, que hubiese dicho que el máximo y aún más, de habérmela podido llevar del brazo, le dije que lo segundo. Si el coito era lo que me había empujado allí, y no me veía envuelta en espuma con la del bañador rojo, que se me escurriría como jabón, ¿qué otra cosa podía hacer?

El cuarto de aseo donde me condujo estaba provisto de una gran bañera de porcelana rosa, un bidé con los grifos dorados, lavabo y toallero, y dos espejos, uno frente al otro, que comenzaban a los pies de la alfombra y concluían a la altura del cuerpo humano.

—¿Quiere que la desnude? —preguntó Paqui, yendo a colocarse descalza sobre la alfombra.

—Claro —le dije yo, sacando los pies de los mocasines y situándome frente a ella.

Levanté los brazos para que pudiera estirar del jersey, y, cuando comenzó a desabotonarme la camisa, le puse las manos en la espalda y comencé a bajarlas.

Estaba a punto de alcanzar las nalgas cuando alguien llamó a la puerta y entraron la madam y sus cicatrices.

—Perdone —dijo desde la entrada—, pero se me había olvidado que, si quiere tomar alguna cosa, Paquita se lo traerá.

—No, muchas gracias —le dije yo, deteniéndome.

Me sonrió, cerró la puerta y volvió a abrirla.

—Si le pone vaselina, deje que lo haga. Es muy joven.

Yo quedé inmóvil, por si la abría de nuevo, pero Paqui no. Así que retiré las manos de su espalda y me dejé quitar la camisa.

He de confesaros que oír vaselina despertó al que llevaba dormido, y que no parecía querer despabilarse. Amagos de erección los había tenido, pero empecé a perderlos al pulsar el timbre, acabaron por disolverse durante el desfile, y sólo volví a recuperarlos al presentir que podía conseguir que Paqui no olvidara haber jodido con un buen rabo.

Tentada estuve de hacerla volver y darle un toque sin vaselina, como me ordenaba el patrón de abajo. Calculé dónde pondría sus manos mientras se lo hincaba, y vi un punto de apoyo.

Y al ir a soltarme el cinturón delante del espejo me vi a mí misma espolear a Paqui sin el consuelo de la vaselina, y la hice dar la vuelta.

Nunca me arrepentiré bastante de no haberla

montado frente al espejo. Pues allí estaba Paqui —la equis de mis sueños— sorprendida por mí a punto de ducharse, dócil, e incapaz de oponer, no ya un manotazo, ni siquiera un grito que me hiciera forcejear.

Pero ya os lo he dicho: no soy de las que actúan sin pensarlo dos veces, y eso me perdió. Pues si le eché los brazos al cuello dejándome desnudar, no fue por falta de un buen aguijón.

Y ella debió comprenderlo así, porque se incorporó, tras lamer el slip, y dijo:

—Lávese.

Que le dijera eso a una que se bañaba a diario, que se llevaba los dedos a la nariz cada vez que se la palpaba tratando de oler restos de sudor u orinas, que se había cubierto el clítoris de desodorante y el vello de perfume, me sorprendió más por su desgana que por la sospecha de haber olido a cuerno cuando la atraje hacia mí.

Pero fui obediente, y ese fue el principio de que las cosas se pusiesen mal. Porque, al bajar yo misma el slip y mostrarle una lanza de emperadora, en lugar de obligarla a sucumbir ante ella, me senté en el bidé de los grifos dorados, dejando correr el agua sin poner el tapón y sin que la mojase.

Fue una precaución inútil, pues en seguida la vi amustiarse, y ni el agua caliente, ni las caricias que le prodigué, lograrían que impresionase a Paqui cuando caminé hacia la puerta donde aguardaba.

Yo no me había fijado hasta entonces en que el cuarto carecía de inodoro, y que en el rincón donde este debía alzarse había una puerta que la cortinilla que levantaba Paqui me había ocultado.

La habitación contigua no era mayor que la otra, y parecía el resultado de la división de una

pieza más grande. Una mesa de masajista, casi pegada a la pared de enfrente, y una cama con colchón y sábanas, adosada al tabique de separación, constituían todo su mobiliario. De unas perchas de cerámica colgaban las dos toallas de Paqui, y unas ligas de seda con pompones.

—¿Le pongo crema para el masaje? —me preguntó, dejando caer la cortina.

Yo miré su bañador rojo, y pregunté:

—¿Por qué no?

—Porque hay quien lo prefiere sin.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque dicen que huele mucho, y se lo notan en casa.

—Pues por mí no te preocupes, y ponte lo que quieras. Y quítate ese trapo, si es que entra en el programa —le dije.

Ella obedeció. Y, al dejar caer el bañador hasta el suelo, donde lo pisó con los pies descalzos, vi lo que no esperaba. Paqui se había rasurado el vello tan perfectamente que todo su cuerpo, desde la frente a los talones, parecía de cera. Y aunque pasé mis dedos por el afeitado, sólo rocé un poco en los cascabeles.

Mi clítoris se hundió entre las nalgas, blando como una esponja, y la sirenita fingió unos temblores que no me engañaron.

—¿Por qué te has afeitado? —le pregunté.

—Algunas nos prefieren muy jovencitas, y yo siempre lo he llevado así —me contestó.

Le di la vuelta. Me puse de rodillas ante su vientre y me llevé a la boca aquel trozo de carne desprovisto de vida. Lo paladeé mientras frotaba mi nariz contra los poros recién rasurados, y lo abandoné a su suerte con buena parte de mi saliva.

—¿Quiere acostarse? —me dijo, señalando la

mesa.

Si mi espadín hubiese tenido entonces la arrogancia anterior le habría tapado con él la boca. Pero no era así, y quise darle la oportunidad de ponérmelo a tono.

Agarré sus muñecas, le estampé dos besos en una y otra mano, y me acosté en la mesa.

—Póngase boca abajo —me pidió, antes de alejarse.

Yo lo hice así. Y, al regresar con un tarro de color azul, cerré los ojos.

La crema estaba fría, y me estremecí. La extendió lentamente por espalda y glúteos, permitiendo que mi mano izquierda le sobara el clítoris, y, cuando me tuvo bien embadurnada, cerró el tarro y comenzó a frotar.

Durante diez minutos, Paqui prodigó a mi espalda la misma clase de favores que hubiese esperado de un curtidor de pieles. Si todos sus afanes iban dirigidos a que me corriese, del fracaso de sus esfuerzos sólo su torpeza y mi forma de ser fueron los responsables.

Mientras me masajeaba con entusiasmo, y yo le acariciaba el cuerpecillo, estuve pensando si nuestra relación sería la correcta y si no convendría que yo fuese la curtidora. Pues si Paqui no era capaz de despertar en mi cuerpo la menor inquietud, yo me comprometía a suscitarla en el suyo.

El solo pensamiento de aterrorizarla me la empinó. Y, si no llegó a más, fue porque sus dedos empezaron a ocuparse de mis dos nalgas. Por la forma de atacar mis carnes, y por su empeño en separar ambos hemisferios como si quisiera estudiar a fondo los repliegues de su floresta, supuse que su desaliento tenía un límite y que

Paqui urdía el asalto final. Así que, al decirme sus manos que abriese las piernas de par en par, supe muy bien lo que ocurriría a no tardar, aunque sus dedos tornaron a estrujarme las ancas en un movimiento de vaivén, más dirigido a masajearme el coño que a ellas mismas.

Pese a no estar haciéndolo del todo mal cuando se abrió la puerta, siempre tendré la duda de sus resultados. Porque el débil sonido de la falleba, al otro lado del tabique, no sólo destruyó el encanto que nos envolvía sino que me hizo recordar a los enfermos que me aguardaban. Y como la puerta volvió a cerrarse con igual sigilo, y Paqui dejó de calentarme el culo, supuse que sería señal convenida, y que no habría en la casa más duchas y mesas que las ocupadas por ella y por mí. Lo que no dejó de sorprenderme un poco, pues yo no entraría en un retrete recién rociado de vapor de agua ni por todos los culos del universo.

Durante el breve reposo que dio a mis ancas, oí que Paqui abría el tarro. Pero el nuevo acopio de lubricante no les estaba destinado a ellas. Aquella ninfa debió pensar que con mariconas de mi plumero era inútil andarse por las ramas, y me hundió el dedo índice cuanto dio de sí.

Si nunca os ha sucedido quedar expectantes al primer puntazo, ya es hora que lo probéis. Pues eso sentí yo al penetrarme el dedo, y puse de mi parte todo cuanto supe, imitando el vaivén y alzándole la grupa para que lo hiciese a su comodidad, pese a que dedos como el de Paqui yo podía albergarlos de cinco en cinco.

Pero a su mano izquierda no le dio descanso, y en eso se equivocó. Porque, al apoyarse en mi rabadilla y separar las carnes de uno y otro lado, lo hizo con tal fuerza que tuve que cesar todo

movimiento. Paqui no lo necesitaba para calarme a fondo, y a mí me puso de lo más cansada.

—Déjalo —le dije—, o no acabaremos nunca.

Paqui retiró la mano y se quitó un dedil que ni yo sabía que llevara puesto, ni creáis que fue el asco el que se lo hizo usar. ¡A buena hora iba a consentirle que andara con remilgos, la madam!

Paqui había dejado crecer las uñas y se cuidaba las manos de tal forma que bien podía imaginármelas al extremo de unos encajes. Mirándola bien, a poco que enmendaran los mínimos disparates que había cometido la naturaleza, pronto podrían hacerla desfilar como modelo de alta costura. Y si de momento el filo de las uñas le imponían el uso del dedil, puedo aseguraros que deben estar haciéndole un gran papel.

—¿Vamos a la ducha? —me preguntó.

Eché una ojeada a la cama próxima y me palpé la espalda con la seguridad de que ni sus poros, ni un millón más que hubiese tenido, habrían sido capaces de absorber toda la crema con que los regó. Sentí un escalofrío y le dije que sí.

Hice a un lado la cortina y resbalé en el suelo de la bañera, teniendo que agarrarme a los grifos para no caer. Y hasta es posible que hubiese acabado por romperme un hueso, de no apoyarme en Paqui con la otra mano.

—¿Por qué no ponéis algo en el suelo? —le pregunté, pensando en las flores de plástico que pegué en la mía.

—Porque son un engorro, si te han pedido con baño —me respondió.

—¿Un engorro? —dudé.

—Sí, porque, si usted me pide que me acerque, estando las dos acostadas, a ver cómo me escurro yo si hay algo en el fondo…

Me costó asimilar lo que estaba diciendo, pero recordé que de algo parecido se quejaba Vicky en la urbanización, y lo comprendí. De cualquier forma, y no habiendo pagado más que los servicios de seis billetes, seguí agarrada al grifo y le dije, volviéndome de espaldas, que tuviese a bien librarme de aquellas mil pesetas de grasa que la cubrían.

La oí manipular los grifos de la regadera. Y cuando se cansó de salpicarme, probando y reprobando la temperatura, me dejó caer los chorros por la cabeza. Yo los dejé correr, retirándome el agua de los ojos. Y al preguntarme si estaba buena, le dije que sí.

Durante un buen rato me estuvo sometiendo a un masaje más rudo, violento y áspero que el anterior. Debía haberse puesto manopla de pita, en lugar de hacerlo con una esponja, y el gel que combatía la grasa, o no sacaba espuma en el primer momento, o era muy escaso, porque temí que me desollara.

—No aprietes tanto, que no soy de madera —le dije.

Ella obedeció. No creo que en aquel palacio tuviesen libro de reclamaciones, pero la posibilidad de que yo cruzase unas breves palabras con la madam, a propósito del servicio, debió alterar el curso de su mano y restarle vigor.

Paseó después su desengrasante por las dos nalgas que yo ofrecía, habiéndome hecho probar su aspereza alrededor del clítoris y, al intentar hundírmela entre la regata, le dije que no. Por la espuma que vi correr a mis pies yo debía parecer una pepona de nieve.

Volvió a cerrar los grifos, y me di la vuelta.

Paqui había dejado la manopla medio dentro,

medio colgando de la jabonera, y se ocupaba en destapar uno de los frascos de champú.

El champú era pastoso, marrón, y estaba frío, y ella me descargó dos chorros en los pezones, procurando que su mano libre no lo dejase escurrir. Por no ablandar las uñas, o por no hacerme sangrar con ellas, sus dedos formaban ángulo con mi piel y sólo la palma de la mano restregaba el champú. Si era así como me había trabajado la espalda, las razones de mi desaliento estarían más que justificadas.

Mientras parecía absorta en calcular el peso de mis tetas, elevándolas y dejándolas caer, yo centré mi atención en las suyas y en todo su cuerpo, que le bajaba, desde los hombros a las caderas, en dos líneas verticales. La grasa de sus pocos años le redondeaba músculos y tendones, y se agitaba, al llegar al abdomen, con temblores de gelatina. Los pezones, cuyos extremos parecían pequeñas cabezas de alfiler, tenían un tinte rosado, y, lejos de aplastarse contra la carne, que se inflaba en unos pectorales de lo más femeninos, estaban ahuecados igual que costurones. Parecían dos pequeñas bolsas esperando que alguien las rellenase.

Se los acaricié, distendiéndolos repetidas veces mientras hacía lo propio con uno de los míos bien rebozado en champú, y la miré a la cara. Al principio tomé por mancha aquella cosa bajo el ojo izquierdo, en el arranque de la mejilla. Pero, al tocarla, y al esquivar mi gesto, comprendí que no.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—No lo sé. Creí que era un granito y lo arranqué con la uña. Me hice un poco de sangre, y a los pocos días se puso negro y cada vez lo tengo más grande. Me han dicho que es un lunar.

Me dije que probablemente no sería gran cosa

y que una coagulación la libraría de él, pues de lunar no tenía nada, y menos de gracioso. Y así iba a decírselo cuando pensé en las aprensiones que algo así despierta, y decidí explotarlas.

—Pues yo me lo haría ver —le dije.

Había sembrado la semilla, y no tardó en germinar.

—¿Usted cree que puede ser algo? —me preguntó.

El algo a que se refería le produjo un estremecimiento. Si el cuerpo de aquella orate era para mí un hallazgo, el tema de la verruga me lo podía situar en casa sin más ofrecimientos que el de mi ciencia. Estábamos ya a mitad del programa que había pagado con los seis billetes, y la ocasión me venía al pelo.

—¿Usted cree que puede ser malo? —volvió a preguntarme.

—Tanto como eso, no —le dije—. Pero habría que hacerlo analizar, antes de tocarlo.

De nuevo le tembló el abdomen, y la mano se paralizó. Volvió a frotar y me miró fijamente, tratando de adivinar lo que aún callaba. Ni siquiera Vicky hubiese reaccionado así.

—¿Y cómo se analiza eso? —preguntó.

—Bueno —le contesté—. No es difícil. Se corta una porción pequeña y se lleva al laboratorio.

De cosas de mujeres sabréis más que yo, pero no de decirle lo más adecuado a cada enferma.

Y Paqui lo estaba, aunque no de donde temía. Dolencias como la suya no matan a nadie, mas a mí podían hacerme resucitar.

—¿Y tendrían que anestesiarme?

—Un poco de éter. O anestesia local. Ya veríamos —le contesté.

—¿Una inyección en la cara? —me preguntó, haciendo muecas.

Yo llegué a sentir vergüenza de mi propio estoque. Que aquella ninfa estuviese al desmayo y que la erección lo hiciese tropezar con el que ya no era ni dedo meñique, me hubiese subido los colores de no estar ya roja de excitación.

—De una inyección de Novocaína sólo se nota el pinchazo —le dije, dando por seguro lo más espantoso.

No puedo deciros los gramos de terror que le metí en el cuerpo, pero a mí me parecieron tantos que la erección le hizo bajar los ojos.

—¿No me estará asustando? —me preguntó, tirándome el pellejo atrás.

—No, no —le aseguré—. Pásate por mi clínica cuando quieras, y verás qué fácil.

—Es que a mí eso de las inyecciones… —me dijo, sin dejar de arrugar y desarrugar.

—Inyecciones, u otra cosa. Dos bocanadas de éter, y ya está —le dije.

—Pero a mí me han dicho que es peor al despertar —me dijo.

Paqui había sumergido mi pez espada en un estanque de champú, y todas las prisas con que la puerta pareció acuciarla se le habían borrado de la cabeza. Para ella sólo existían la verruga —cancerígena, a no dudar— y aquel monstruo que buceaba en un piélago viscoso.

Se lo paseó repetidas veces por el abdomen con una mano, mientras la otra hacía de cuenco bajo los cascabeles, y, cuando lo vi tan pintarrajeado por el marrón como yo lo estaba, le dije:

—La gente exagera, y no sabe de qué habla. Yo te aseguro que no te enterarás.

Y eso, que hubiese dado ánimos a la más cobarde, pareció dárselos también, demostrándome que sus conocimientos acerca del clítoris eran tan profundos como su ignorancia.

Sus uñas siguieron con el capullo, y pronto me hizo ver que no las llevaba por compromiso. Cada vez que lo rasguñaban, yo sentía tal suerte de convulsiones que cerré los ojos presintiendo que en una de ellas me iba a correr.

Que fue lo que hice cuando adiviné que su onceavo dedo se había endurecido y colaboraba con los otros diez.

Y yo, que le había pasado los brazos por los hombros y apretaba mis pechos contra los suyos, habiendo retirado el culo para no entorpecer sus habilidades, me mantuve así sintiéndome temblar. El blanco de mi flujo y el marrón del champú siguieron combinándose mezclados por ella, quien sólo se detuvo cuando dije basta.

Dejé de estrecharla y le besé la boca, llenándome la mía con el sabor de gel. Y en ese instante, ensopadas de agua, de semen, de champú y de gel, la hubiese sacado de aquel palacio ante los ojos de la madam.

—¿Quiere que vayamos a la cama? —me preguntó.

Ya me había secado, primero con una toalla y después con otra. Y sea por haberme masajeado con esta última, o por haberme corrido sin ningún esfuerzo, mi clítoris no parecía tener bastante y hacía amagos de ponerse tieso. Ni Paqui merecía tanto, ni él era capaz de tanta proeza. Por lo que deduje que sólo lo impulsaba la vanidad y opté por una salida airosa.

—No, no. Ya iremos otro día —le dije yo.

Pero ella, que debía tener en gran estima su puesto de trabajo, no parecía querer dejarme así como así.

—Pero usted ha pagado un coito —me recordó.

—¿Y qué? —le dije.

Al ofrecerme el slip con ambas manos, como diciéndome que de mí dependía la decisión, le puse las mías en los hombros, empujándola hacia abajo, y flexioné las piernas.

Si la sensibilidad de aquella ninfa era algo que aún estaba por ver, pronto me iba a sacar de dudas. El slip comenzó a ascenderme por los tobillos cosquilleando la piel, y las manos de Paqui, que lo empujaban desde el interior, lo ajustaron por detrás a las nalgas, dejando el mondongo al aire.

Hizo que sus dedos descendieran desde los riñones con lentitud, arañando cuanto encontraban en su camino, y, al llegar al cañón, que parecía estar apuntando desde los bordes de una muralla roja, continuaron escurriéndose piernas abajo hasta alcanzar los tobillos. De manera que, al coger los pantalones y meterme una y otra pierna por los agujeros, los cascabeles seguían de codos en el slip.

Procuró hacerme sentir alguna cosa en los pies, rozándolos con la tela y, cuando hubo pasado ambos canales por encima de los tobillos, comenzó a tirar hacia arriba agarrándolos por la cintura. Puso el botón dentro del ojal, me ciñó la correa pasándola por las trabillas y bajó las manos hasta el cierre de la cremallera.

Lo que temí por un instante no sucedió, pues el dorso de la misma mano que la subía hizo de tope, al encontrarse con los cascabeles, como si quisiera librar de estorbos a la cremallera, o a ellos de su mordedura.

Sentí el frío de la cremallera lamiéndome las bolsas y me miré en el espejo. Cascabeles y clítoris asomaban por la bragueta como por el cepo de una guillotina, y de su arrogancia anterior no quedaba ni rastro. Paqui comenzó a ponerme la

camisa, y cerré los ojos. No sólo estaba satisfecha de sus habilidades, sino del sentimiento que se las dictó. Ahora bien: si ella sabía jugar con braguetas y estremecer al que las habita, yo podía arrugarle el ombligo con el tintineo de mi cinturón y que no volviese a cagar duro en su vida tras hacerle dos pases mágicos.

—¿Me lo vas a envolver, o voy así por la calle? —le pregunté.

Yo seguía con los faldones de la camisa colgando, por lo que era previsible que el numerito no hubiese terminado aún. Pero, al meterme Paqui el jersey y abombacharlo con suaves pellizcos, temí que la última operación fuese a mi cargo. Ya me había hecho lavar en el bidé y podía esperarlo todo.

—¿Le gustaría? —me dijo, sonriendo.

—En un bosque, y contigo al lado, no estaría mal —le dije—. Pero en la calle no me iban a dar gusto precisamente.

Para entonces había comprendido ya que lo tenía todo muy bien pensado. Así que, al desaparecer tras la cortina y volver a mi lado con alguna cosa, empecé a deleitarme con el nuevo truco.

Hizo que el papel crujiera entre sus dedos. Dio un mordisco al cierre engomado y sacó una malla negra que, si en principio tomé por bañador, luego me pareció una redecilla de esas que algunas se ponen para dormir.

A mí tanto lo uno como lo otro me parecieron de lo más insólito. Para ser bañador le sobraban agujeros. Y para redecilla que protegiese el peinado yo no conocía cabeza de marica donde ajustarla. Aunque tampoco quien la fabricase para el uso que Paqui iba a darle. Porque,

arrodillándose en la alfombra —no sé si por comodidad o porque yo no perdiese detalle a través del espejo—, me recogió el mondongo en un solo paquete, puso debajo la red, a la que dio forma ahuecándola con los dedos y lo introdujo en tan singular recinto atándolo en la base con los cordoncillos.

Comprendí la gracia y sonreí. Si exangüe como estaba sentía en el clítoris la mordedura de sus cien hilillos, pensar en someterlo a sus alfilerazos durante todo el día, y muchos más que entonces a medida que las cien sensaciones lo desplegasen, me dio tanto gusto que lo sentí crecer. Y como la erección me llegaba envuelta en una nube de caricias que se intensificaban al compás que crecía aquel, y eran tan indefinibles como nuevas, temí por un momento que lo harían girones.

Pero él sabía mucho más que yo, y se detuvo a tiempo. Aquel instrumento lo había pensado un dios, y lo había pensado con su cerebro.

Así, pues, no fui yo quien ordenó que se contuviese, sino que fue él mismo, al sentirse herido, quien supo que no debía expandirse más. Pero en su repliegue le acompañaron nuevas caricias, y de nuevo se lanzó adelante, tropezando con las hachuelas de sus cien verdugos.

—¿Le gusta? —me preguntó Paqui, que había seguido desde la alfombra los cabeceos.

—Mira si me gusta —le dije yo— que voy a limpiarte esa verruga como agradecimiento.

—¡No me la recuerde! —me dijo ella, ajustándome el mocasín derecho.

—Pues, ¿qué quieres? ¿Verla crecer hasta que te tape el ojo?

Por no sé qué razón el zapato izquierdo me entraba más justo que el del otro lado, además de no deslizarse porque el pie no estaba bastante

seco. Así que tuve que ayudarla poniéndole una mano en el hombro y pisando con fuerza. Le levanté la cabeza por la barbilla y rocé la verruga, palpando aquel montículo aterciopelado mientras pensaba en el chisporroteo del electrodo. La imaginé tumbada en mi mesa, con los ojos cerrados y el plomo en el pecho, y le dije:

—Voy a darte mi tarjeta, y vienes a la consulta cualquier día. Pero ven a primera hora.

—¿Lo analizará usted misma? —me preguntó.

—No es necesario. Ya veo que es una simple verruga —le dije yo.

Me incorporé. Hice a un lado la banqueta poniéndola junto al lavabo, y saqué la cartera.

—Toma —le dije, tendiéndole una de mis tarjetas—. Llama un día antes a ese teléfono para que yo me prepare. Y no tengas miedo, que no lo vas a sentir.

—Ya veremos si me decido —me dijo ella, dejando la tarjeta encima del lavabo.

Ver expuesto mi nombre a las miradas de cualquiera que entrase detrás de mí me hizo tan poca gracia que dije:

—Quítala de ahí, no vayas a perderla. Y cuanto antes me llames, mejor. Dos semanas más, y tendré que hacerte un agujero del tamaño de un duro.

Paqui cogió la tarjeta, leyó mi nombre impreso y miró alrededor suyo. Sin más ropa encima que aquella que llevaba puesta al nacer y sin otro armario que el de la habitación contigua, tuve el presentimiento de que al dársela no lo había hecho bien. Ni la casa, ni las cicatrices de la madam, ni los cuatro culos que me había mostrado me inspiraban la menor confianza. Yo no tengo por norma decir quién soy. Y, si con Paqui me había visto obligada a ello, la posibilidad de que mi

nombre circulase de boca en boca por la mansión no entraba en mis cálculos.

—Mira si tienes algo para escribir y te anotaré el número de teléfono —le dije.

Todo lo que pudo facilitarme, tras hurgar en el armario de las pomadas, fue un lápiz de ojos y un kleenex sobre el que garabateé los siete números de la urbanización y el nombre de la calle, apoyándome en el lavabo. Esto ya no lo necesitas —le dije, recuperando la tarjeta—. Llámame a ese número un día antes.

—¿He de ir en ayunas? —me preguntó, tras asegurarse que era capaz de leer mis números.

—No —le dije—. Pero tampoco vayas recién comida.

—Conforme —me dijo, resignándose—. Prométame que no me hará daño.

—Nada, mujer —le sonreí—. Será como si estuviese quitándote un poro.

Todo lo que tenía que hacer allí ya estaba hecho. Y como Paqui debía pensar lo mismo, abrió la puerta y me invitó a salir.

En el corredor no había nadie, y yo me orienté a la derecha. Pero Paqui me retuvo y dijo:

—Venga por aquí.

Paqui abrió la marcha con las toallas colgándole del brazo y un movimiento de músculos en las nalgas que no me produjeron ninguna inquietud. Allí no había fuerzas para cerrarse en banda ni ante la más tímida violación.

El nuevo salón era menos espacioso que el del desfile. Los dos sillones y el sofá estaban tapizados en la misma tela. Y sobre una mesa con tapa de cristal vi algunas botellas de iguales marcas que en el carro del anterior. Lo que no vi fue ninguna caja con pulsadores, por lo que supuse que la madam debía llamar con los nudillos a las puertas

cerradas que observé a la izquierda.

La que abrió Paqui daba al rellano de la escalera. La hice aguardar con ella entornada mientras examinaba el promontorio de mi bragueta ante el espejo de otro aparador, convenciéndome de que no era tan llamativo como las mallas me hacían sentir. Dejó un hueco para que pudiese pasar por él, y antes de que cerrara detrás de mí le acaricié una mejilla y dije:

—No dejes de telefonear, que bastante te has descuidado. Y si puedes mañana, mejor.

—Sí, sí que lo haré —me contestó—. Llame usted misma el ascensor.

Lo último que vi de ella fue que se cubría la parte de abajo con las dos toallas. Pulsé el botón de llamada con los calados de la redecilla andándome en el clítoris como si lo llevase metido en un hormiguero.

El rellano era el mismo. Pero la puerta, no. Miré a la derecha, y comprendí que las masajistas tenían destinada a su negocio toda la planta del edificio. Ni siquiera yo disponía de tanto para mis correrías en la urbanización, a no ser que me expusiese a ser vista desde los jardines.

Y diciéndome que tenían bien merecida su prosperidad abrí la puerta del ascensor.

No sé quién de las dos puso peor cara, porque la mía no me la vi. Pero jamás hubiese superado a la que me miraba boquiabierta desde el interior, a no ser por la armadura del pecho. Todo un pectoral de cuero, ceñido a sus hombros por dos correas, le cubría el tórax. Y como el hombre era pragmático y llevaba su cabeza tan erguida como un romano tuve la sensación de hallarme frente a uno de los que se jugaron la túnica de Nuestro Señor.

—Perdone —le dije—. No sabía que estaba

dentro. ¿Sube, o baja?

—¿Qué piso es? —me preguntó.

—El sexto —le respondí.

—Entonces es aquí —me contestó.

Sujeté la puerta, y me hice a un lado.

—Adiós —me dijo, sin volver la cara.

Yo no respondí y me introduje en el ascensor. Me miré en el espejo de arriba abajo, y me dije que si aquel monstruo iba a ocupar a Paqui motivos le daría para acordarse de mí.

Desperté con un dolor que me impedía mover el brazo aunque sólo fuese para mear. Intenté incorporarme, y el esfuerzo me tumbó en la cama. Y como no creía en mi invalidez, concluí que los masajes de Paqui me habían sentado peor que mal y que sus conocimientos del cuerpo humano no se extendían más allá del sexo. Aún llevaba la redecilla, pues dormí con ella como quien se acuesta con escapulario, y ya no me servía. La buena suerte no me había durado ni doce horas.

¿Podéis imaginar mi desesperación, pensando que podría telefonear esa misma tarde, hallándome inútil para cualquier trajín? Quise incorporarme para saber hasta dónde llegar sin hacer el ridículo, y el dolor de la espalda me tumbó de nuevo. Clavé el codo y sólo logré sentarme tras unos movimientos tan inseguros que hubiesen permitido a Paqui vestirse dos veces. Por lo que me dije que estaba *out*, y que me convenía descolgar el teléfono.

El esfuerzo me había mareado, y cerré los ojos. Intenté inclinar la cabeza, y el dolor la volvió a incorporar. Me eché hacia atrás y quedé contemplando la redecilla y cuanto asomaba por los agujeros. Palpé los cordoncillos, y los desaté. Luego la arrojé a la alfombra. En mi estado podía prescindir de los auxilios de aquel instrumento durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Y eso, me dije, en el mejor de los casos.

Pasé el día aplicándome ungüentos y supositorios, y como tuve miedo de conducir me

hice arrastrar en taxi a la consulta. Sólo me quedaba esperar dos cosas: que Paqui no llamara estando yo así, y que los potingues hicieran su efecto.

Pero el día siguiente no me regaló con la mejoría que yo soñaba. Así que, habiendo heredado de mi madre algo más que pendientes, me fui a los masajes donde curaron en mi niñez algunas indigestiones y torceduras.

Bajé del autobús y dudé qué calle tomar, pues recordaba haber visto por los ventanales casitas con jardín en la acera de enfrente. Y al asomarme a la primera esquina, vi un grupo de chalets detrás de cuyas verjas se soleaban jazmines y ficus, y algún limonero.

—Perdone —dije en la panadería donde entré —, ¿hay en esta calle una clínica de masajes?

—Tres puertas más abajo —me respondió la mujer, sin apenas mirarme.

De las cinco personas a quienes me uní, dos parecían el padre y la madre de los dos niños. Quien completaba el quinteto era una mujer aún más vieja que yo, con un bolso de compras.

—Estoy dando vueltas desde las ocho sin encontrar el sitio —decía—, y ahora no contestan al timbre.

—Pues seguro que están arriba, porque abren a las nueve.

Quien había hablado era la madre de las criaturas, a las que el padre, fornido y con barba, ayudaba a comer pasteles de crema. Si lo que padecían era indigestión, la madre que yo tuve no les hubiese dado una cosa así.

Entré en el portal tras el último de los niños. Y al hacerlo en la clínica, no la reconocí. Habían cubierto las paredes con láminas de plástico imitando pino, y unos silloncitos de madera con

brazos de hierro apoyaban en ellas sus respaldos. Un ventanal dejaba entrar la luz del patio interior. Un vano de puerta se abría en la pared sin sillones. Y cuatro de estos bordeaban otra abertura camino de la clínica donde me ayudaron a cagar más de un empacho.

—¿Quién es la última? —pregunté.

—La última soy yo —me contestó una mujer.

Me senté junto a ella y la miré. Tenía alianza de oro en uno de los dedos, y era de piel tan blanca que en algunas partes se veía cerosa. Pensé en los fermentos que almacenaría y en sus gorgoteos al montarla el marido, y me alegré de no estar casada.

Frente a mí, con la cabeza al aire del ventanal, se sentaba una gorda de piel blanca y tobillos hinchados que, si en aquel momento calzaba sandalias, no siempre lo había hecho así, pues dos gotas de mercromina le escurrían hasta los talones. A su lado se sentaba algo así como un hombre que hacía lo posible por no parecerlo. Las sandalias apenas podían con sus pies. Y al remangarse los pantalones dejándonos ver los gemelos más cortos y anchos que haya podido criar la naturaleza, a mí me produjo un sobresalto del que logré salir diciéndome que no entraría en la cama con aquel hombre aunque fuese mujer.

Si el de las pantorrillas sudaba a mares, el que no hacía más que escuchar parecía tener tanto frío que su nariz se transparentaba como los lentes que llevaba encima. Estaba ya por decir que los dos hilos de alambre que ocultaban sus pantalones no podrían con los ataúdes que llevaba en los pies, cuando se levantó.

Miré el reloj. Habían transcurrido dos horas y empezaba a sentir angustia. Nunca me han gustado los hospitales, y allí había tanto enfermo a

la vista como en el que más.

Pensé en el aire de los ventiladores, y me incorporé. Apreté el botón y las aspas no respondieron.

—Sólo se pone en marcha desde la clínica — me dijo una de las mujeres, de las que se habían juntado más de docena y media.

Por el mismo vano que lo había engullido apareció el enfermo de los zapatones. Las dos puntas del cinturón le colgaban a derecha e izquierda, y su cuerpo parecía a punto de troncharse por la cintura. Las gafas se le habían escurrido. Y las orejas parecían dos manchas de tinta sobre un papel. Arrastró los pies por el suelo color manteca, y fue a sentarse en el sillón. Al de las pantorrillas y a su mujer los habían llamado momentos antes, y él quedó con la cabeza baja y la vista en el suelo, pensando, sin duda, acostarse en él.

Una mujer con batín blanco se asomó a la puerta y dijo:

—La siguiente.

Y como era yo me dirigí a la consulta.

La mujer debía estar en los sesenta años, y su pelo iba del blanco al rubio sin que le faltaran otros muchos colores. Su cuerpo era macizo. Y en cuanto a las piernas no podía quejarse, si sólo las quería para mantener en vilo su corpachón. Pensar que aquel alud de carne podía caerme encima me dio escalofríos, hasta que la vi meterse tras el biombo donde la esperaban.

Una mesita separaba dos sillas, en una de las cuales se sentaba un hombre. En otra igual que las anteriores estaba el masajista. Con una mano le sobaba el vientre. Y con la derecha un cigarro puro.

—Siéntese, siéntese —me dijo, señalando la

silla.

El otro llevaba los pantalones desabrochados y un vientre tan puntiagudo como una pera. Las friegas debían indicar a las heces el camino del recto. Pero me dije que sobraban caricias, y eso me animó.

Sus pies apuntaban a la pared de enfrente, en la que colgaban tres diplomas encima de anaqueles con vendas y pomadas, cajas de analgésicos e inyectables de los que debía intentar olvidarse cerrando los ojos.

—¿Qué le pasa? —me preguntó el masajista.

—Que tengo un dolor en la espalda que no me deja mover el brazo —le dije yo.

—¿Algún esfuerzo? —volvió a preguntarme, sin que su mano descansara un momento.

—No lo sé, porque esfuerzos no he hecho ninguno —le dije.

—Bien, ahora lo veremos, me dijo él. Y añadió: Entonces, ¿no es nada del vientre?

La mujer del batín apareció a mi izquierda secándose las manos, y me estudió.

—Sí, eso también —me apresuré a decirle.

—Bien —me dijo él—, siéntese aquí y vamos a verlo.

Hice como indicaba, soltándome los pantalones, y me dejé tocar. La mano me apretó el ombligo y el hombre comentó:

—Esto va mejor.

Creí que se refería a mí. Pero el otro torció la cabeza y dijo:

—Sí. Ayer hice ya tres o cuatro bolas.

—Con dos masajes lo soltará todo —afirmó el masajista.

Su mano se detuvo. Apretó con fuerza y dijo:

—Debe ser cosa de nervios. ¿Ha tenido algún disgusto comiendo, o recién comido?

Si hasta ese instante no me había pasado por la cabeza que el masajista supiese distinguir lo sano de lo enfermo, sus preguntas me preocuparon.

Así que, uniendo a su diagnóstico la verdad de mi encuentro con Paqui, le dije:

—Seguro que es eso, porque anteayer tuve mucho trabajo.

—Pues ahí lo tiene. No toco nada que lleve retenido más de ese tiempo.

Resbalando sobre los polvos, la mano continuó. Y como su izquierda hacía otro tanto, llevando ambas el mismo compás, tuve que distraerme con la lectura de los tres diplomas. Me era difícil no pensar en el otro. Y sólo su estado físico y las descripciones a que se entregó lograron sacar su clítoris de mi cabeza. Siempre podría justificar mis sonrisas con el cosquilleo. Pero no que a una enferma se le pusiese duro en la silla de operaciones.

En esto salieron las del biombo:

—¿Puedo trabajar en algo?

—Con atender a su hija y a su marido ya tiene bastante —contestó la del batín.

Y la enferma, que había metido la mano en el bolso, dijo:

—¿Cuánto les debo?

—Trescientas pesetas —dijo el hombre, hundiéndome la mano en el mismo punto que a mi vecino.

Aquello me hizo pensar que, si las tarifas de semejante clínica no distinguían sexos, no habría en la ciudad quien rae alegrara el clítoris por tan poco.

La mujer del batín cerró la puerta y se quedó de pie. Así que, al dar el masajista dos golpes en el vientre de mi vecino, comprendí que iba a disfrutar yo sola de las delicias del tratamiento.

El hombre se arregló la camisa, se ciñó la correa y cambió algunas palabras con la del batín, ninguna de las cuales se refirió a dinero.

La mano del masajista no cesó de dar vueltas a los muchos metros de tripas sanas que tenía debajo. Y aún hizo más. Porque si lo suyo era empujar hacia el culo los cagajones, lo que intentó con los míos fue sacármelos por la boca.

—Listo —oí que me decía. Y sin recurrir a las palmadas de despedida, añadió—: Vamos a ver esa espalda.

Dejé mi mente en suspenso y me abroché el cinturón ante la cabeza de una mujer que me lo miraba con sus ojos vacíos. Y como estaba en lo alto de una vitrina, detrás de cuyos cristales se guardaban toda suerte de supositorios, grageas, vendas, pomadas e inyectables ajados por el uso me dije si no serían exvotos de cada una de las agraciadas por la taumaturgia del masajista.

Mientras yo admiraba su colección, el hombre corrió las cortinillas y me hizo pasar al biombo.

—Siéntese aquí —me dijo, poniendo sus manos en una banqueta sin respaldo.

Me miré la cara en un espejo surcado de rayas negras y me quité el jersey y la camisa, dejando que me examinase mientras buscaba donde colgarlos. Cuando hizo que me sentara, coloqué ambas prendas en mis rodillas. Ni yo encontré percha alguna, ni él me dijo dónde encontrarla.

—¿Le duele? —me preguntó, tirándome hacia atrás los dos hombros a un tiempo.

—No. Así no —le dije, haciendo lo posible por ayudarle.

De pronto comprendí que aquel hombre era otro, pues a quien me anduvo por la barriga yo lo recordaba como a mi propio padre.

—Tiene un ligero esguince —me dijo—. Es

muy poco, y creo que con un masaje lo aliviaré.

Calló de nuevo, y volví a pensar en el absurdo que me había llevado a él. ¿Cómo no se me había ocurrido que del brujo de mis empachos no debían quedar cenizas?

—¿Ha tomado analgésicos? —me preguntó.

—No. Sólo me he puesto Tantum un par de veces —le contesté.

Cuando el hombre creyó que todos los músculos estaban en su sitio, pasó la mano sobre ellos repetidas veces y dijo:

—Bueno. Esto ya está. Siga con el Tantum al levantarse y acostarse. Y si la semana que viene nota molestias, venga por aquí.

—Yo debo ser el decano de esta casa —le dije, poniéndome la camisa.

—Puede ser —oí que decía la del batín—. Este mes hace treinta años que murió papá.

Me cobraron cuatrocientas cincuenta pesetas, y me marché.

Paqui tardó en llamarme cuatro días y medio. Dos más de los que necesitó mi espalda para recobrarse de sus dolores, pues el desorden muscular que le produjo lo enmendó el masajista en diez minutos. Podéis reíros cuanto queráis, pero si esa tarde llegué a la clínica por mi propio pie fue gracias a su ciencia y a nadie más.

Para quien admira la piel lustrosa comprenderéis que aplicarse a diario sobre tumores, herpes, eccemas y toda suerte de dermatosis no sea el mejor plato que puedan darle. Las razones por las que había elegido en mi juventud la especialidad me parecieron entonces tan válidas como absurdas después. Yo había soñado con el ideal griego, y los cuerpos que llegaban a mi consulta no tenían la piel de mármol.

Imaginaos por un momento que remangáis las bolsas de quien sufre herpes entre las ingles, y sabréis lo que os digo. ¿Cómo podía entretener mis ojos en los pliegues del ano, si todo alrededor era una mancha de color violeta? Por más que a veces una de esas lesiones me permitiera bajar las manos donde no las había, no eran satisfacciones para hacerme olvidar que en todo sexo puede yacer dormida la sífilis más devastadora.

Nada os he dicho del horror que me producía enfrentarme a un pene roído de pústulas, pero cada vez que entraba alguien en la consulta caminando torcidamente yo me echaba a temblar, preguntándome si sería una llaga en los pies, o si

sería un chancro como la copa de un pino. Con el tiempo me fui habituando a ver glandes deformes, bálanos con llagas, prepucios con herpes y escrotos mordidos por la sífilis, pero no tanto como para librarme de una aprensión que me hacía examinar con ojos de beata cualquier fogón, o a simular un juego con cada polla que me hacía tilín antes de llevármela a ningún agujero.

Así que, al comprender que mi salud dependía de la que gozase el último estoque que se hubiese clavado en aquel trasero, decidí encontrar un culo para mí sola o limitarme a la masturbación. Y como era imposible confiar en ninguna de las que conocía, pues se sentaban sobre el primero sin pensarlo dos veces, pasé más de un año haciéndome pajas hasta encontrar a Vicky. Sólo a ella me confié. Y las dos estuvimos de acuerdo. Vicky le temía a la enfermedad tanto como al trabajo, y no me fue difícil lograr de ella que no se corriese lejos de mí.

Pero a Vicky se la llevaron al África de los moros cinco años después, y yo me vi de nuevo ante el mismo horror. Todo un lustro de convivencia no fue suficiente para borrar de mí el repeluzno que me producía imaginarme atacada por la enfermedad, por lo que no me atrevía a clavárselo a nadie que no hubiese hecho pasar por la cuarentena. El día en que Vicky se licenció, desapareciendo incomprensiblemente en la estación de Córdoba, yo tenía cuarenta y dos años y había perdido el gusto a la masturbación. Por lo que dieciséis meses de castidad forzada, y cuantos me veía llegar encima, me hicieron reflexionar.

Lo pensé detenidamente. Y cuando decidí que la mejor medicina es la que más duele, puse en práctica mi determinación. A partir de ese día no desfiló pene por mi consulta que yo dejara sin

fotografiar. Y cuanto más tumefacto, escamoso, deforme y manchado veía un glande, un bálano o un prepucio, más lo ponía ante el objetivo con la ilusión de obtener una copia en todos sus colores, sin que enfermo alguno pusiera obstáculos cuando me veía con los focos y el trípode. Así que descapullándose, remangando el prepucio, dando la vuelta al glande, o retirando el bálano para dejarme fotografiar las llagas del escroto, me ayudaron a reunir la colección más espantosa de clítoris con que había soñado hasta la fecha. Y eso que tuve pesadillas de mil colores.

Cuando pensé tener fotografiadas todas las formas en que podía hundirme la mala suerte, las hice ampliar sobre papel Kodak advirtiendo al del laboratorio que no dejase fuera ningún detalle. Así que los muslos y los vientres, las nalgas, los esfínteres y los ombligos que rodeaban al actor principal no sólo hacían de telón de fondo, sino que contribuían, con su buena salud, a hacer creer que eran desvíos de la naturaleza y que tenían tanto derecho a existir como el que más. Yo sabía que no era así y que en los planes de Dios no entra fabricar clítoris en semejante estado, pero si mis fotos lograban transformar en congénito lo adquirido por vía de contagio, detrás de eso iba yo.

Algo a lo que al principio no di importancia iba a convertirse en protagonista de esa transformación. Pues, si no les había dado instrucciones sobre el modo de colocar las manos, estas aparecían como el toque genial, y casi artístico, que hacía verosímil la naturalidad del cuerpo tumefacto. Porque aquellas manos que pellizcaban frenillos, retiraban prepucios, elevaban glandes o levantaban escrotos parecían hacerlo por pura diversión. Y como las uñas estaban más o

menos limpias, y los dedos no tenían enfermedad alguna, todo el conjunto parecía una sucesión de pajas.

Construí un panel de madera y pegué las dos docenas de masturbaciones protegiéndolas con una lámina de metacrilato. Desnudé la habitación de cuanto pudiera distraerme. Enfoqué las luces de tal manera que todo quedase en sombra, a excepción del políptico, y coloqué en el centro el sillón más confortable que pude hallar, sentándome en él todas las noches sin que mis ojos perdiesen detalle.

Al cabo de unos meses de hacerlo así me había curado. Por lo que levanté la guardia, me di a follar sin que tuviese que lamentarlo y cubrí el panel con una cortinilla. Y como había adquirido el hábito de visitar aquel oratorio, coloqué en el tabique de enfrente un nuevo panel, con las fotos en blanco y negro de los capullos enviados por Vicky, y di la vuelta al sillón.

Durante el primer año gocé aquellos frutos del ingenio de Vicky noche tras noche, admirando su habilidad y su sangre fría. Porque, si yo, rodeada de instrumentos y a puerta cerrada, me las vi y deseé para conseguir los mejores efectos utilizando el color, que ella hubiese logrado unos glandes que parecían vivos con máquina de paso universal y sin más luz que la del desierto, lo tenía por milagroso. Y un milagro me parecía también que no les hubiese temblado el pulso ni a ella ni a las retratadas, vestidas de militar y con la urgencia de no ser sorprendidas. Siempre me había tenido por mejor fotógrafa, e incluso le escribí más de cuatro consejos cuando decidió ganarse un duro haciendo fotografías por los cuarteles. Pero sus tomas me hacían rechinar los dientes de envidia.

Ya sé que no es lo mismo retratar clítoris, que además de fláccidos estén ulcerosos, que aquellos bastones llenos de vigor que hicieron guiños ante su cámara. También supuse que, en cuanto al tamaño, no serían copia fiel de los originales y que buena parte de su desmesura se debería a la deformación.

Que Vicky hubiese establecido comparaciones en detrimento del mío, y hasta la duda de haberlos usado para algo más que como modelos, me tuvo tan amargada durante dos meses que no pude gozar su contemplación. Yo me sentaba de espaldas a la cortinilla que ocultaba los penes abyectos y dejaba vagar los ojos por aquellas columnas que aprisionaba el metacrilato. Y al no aparecer ninguna mano que las sostuviese en vilo, pues no necesitaban de muleta alguna, me daba la impresión que sólo aguardaban para correrse la ayuda de las mías. Y como mi desnudez se reflejaba en el metacrilato y la soldadesca la acosaba por todas partes, comparaba la hipotética longitud de sus erecciones con la que yo medía en el propio, conseguida a fuerza de muchos sudores.

Pero no creáis que aquellas erecciones me daban placer, pues antes bajaban la cabeza que sobrevenía la eyaculación. Había demasiados factores en su contra, de los cuales mi honrilla de fotógrafa aun era el menor. El primero de todos radicaba en que yo había perdido el gusto por la masturbación. No digo que no fuese capaz de correrme al cabo de algún tiempo, pero sí que me negaba a hacerlo.

Otra de las razones era el recuerdo de aquella novia que despedí en el tren. Porque yo no entraba sola en la habitación. Las cartas que Vicky me había escrito me envolvían con la tristeza de su desaparición y la soledad en que me había dejado.

Aquellas cuatrocientas cartas que releía cuidadosamente, haciendo ir mis ojos de sus descripciones a los retratos de enfrente, no podían sino hacer más odiosa mi situación. Vicky había muerto, y el destino que juntas planeamos para aquellos penes no podría cumplirse. De ser animadores de nuestras veladas, se habían transformado en testigos mudos de mi soledad.

Una de las tardes en que caminaban sin saber dónde ir vi en un escaparate el que iba a ser mi juego favorito durante semanas, y también la causa de que pudiera asomarme al políptico cuartelario sin ninguna envidia ni resquemor.

Se trataba de una de esas cámaras que retratan y entregan la copia en muy pocos instantes. Yo había dispuesto hasta entonces del laboratorio de una buena amiga, a quien llevaba cualquier clase de foto; las de Vicky primero y las de mi consulta después, todas pasaron por su ampliadora. Pero a mi amiga le cerraron la tienda porque uno de los chicos que fotografiaba se lo confesó al padre, cuando este le preguntó de qué mina sacaba el dinero que le veía gastar, y yo, que sabía cómo salir de dudas sobre si aquellos que veía enfrente eran más largos que el mío o no, me quedé sin su auxilio. Sólo a otra que fuese como ella podía llevarle los frutos de mi ingenio. Y yo no la conocía.

Así que me hice explicar el funcionamiento del aparato, compré también numerosas cargas y otras tantas bombillas, y esa misma noche me encerré con ella. Y si por un momento tuve la duda de que no me viniese ninguna erección, o de que no aguantase lo suficiente, pronto comprendí que no había cuidado. Pues desde el momento en que desplegué las patas del trípode y atornillé encima

la cámara, y durante el proceso de colocar la película y llevar el obturador hasta el automático, me sobrevinieron tales espasmos en la bragueta que lo elevaron como un bastón en cuanto lo saqué de los pantalones. Por lo que sin más magreos enfoqué la cámara, pulsé el automático, y me apoyé, de pie y en cueros, en el sillón.

La luz de la bombilla no me dio tiempo a componer la pose. De manera que, al tirar de la película, lo hice temblando. Muy lento al principio, mi cuerpo fue dibujándose en todos sus colores y vi que me había situado ante la cámara con menos improvisación de la que temía, puesto que, en lugar de colocarme de frente, lo había hecho de perfil, y el clítoris emergía como una viga a punto de ser cargada, proyectando su sombra sobre el sillón. Algunos segundos más y me tuve en las manos tal como la cámara me había visto: sonriente y medio calva, contenida la respiración para ocultar el vientre, y con un miembro de bálano oscuro y glande rojo que me apresuré a llevar junto a los militares.

Comparé el mío con los que me habían hecho pasar los peores ratos y, aunque fue difícil con algunos de ellos, no tardé en concluir que, si bien había uno o dos como él, ninguno lo superaba.

Ya más sosegada y segura de mí, volví la noche siguiente. Y como no hacía más de dos fotos, llegué a invertir tres semanas en agotar las poses que me sugería la imaginación. Compuse un nuevo panel con las cincuenta imágenes de aquel que no parecía cansarse nunca, y lo clavé en el tercer tabique, entre los otros dos.

De pie junto al asiento, asomándome detrás de su respaldo, tumbada sobre él con las piernas al aire, o frotándome en la tapicería, todo lo ensayó mi ingenio y el resultado estaba allí.

Yo iba de un panel a otro, incorporándome con presteza si algo que hasta entonces no creía haber visto me reclamaba junto a uno de los dos. Y, cuando volvía al asiento, otro detalle se había incorporado a mis fantasías. Y no creáis que era el cuartelario el que me atraía con mayor frecuencia, pues sus imágenes podían verse desde una distancia en que las mías eran puros borrones. Ya comprenderéis que la ampliadora de mi buena amiga no anduvo con rodeos a la hora de centrarse en los obeliscos, por lo que estos no necesitaban ser mirados con lupa para ser captados en toda su extensión.

Vosotras me diréis que bastante visto lo tendría ya. Y, si es así, os sugiero que hagáis la prueba. Porque no es lo mismo bajar la vista que admirarlo en postal. Para mí era tan distinto al que venía manipulando desde que tuve uso de razón, como si acabasen de injertármelo por aquellos días. No os extrañe, pues, que yo visitase con mayor frecuencia el panel de enfrente que aquel que entonces tenía a mi derecha, ni penséis que lo hacía así por miedo a las comparaciones. A aquel trozo de salchichón no podían negarle su grandeza las pésimas condiciones en que fue retratado, y ya me hubiese gustado ver en qué quedaban los otros sin los prodigios de la ampliadora.

Así que con una panorámica en tres dimensiones, desnuda y pasando de una carta a otra, no sabiendo si admirar el ingenio de Vicky o su constancia en crearme la ilusión de joder con ella salvando los dos mil kilómetros que nos separaban, concebía la idea de darlas a publicar. Porque, así como el clítoris me parecía más admirable en las fotografías, también las cartas iban a salir mejor en la copia impresa que en el original.

Noche tras noche, aquellas lecturas hicieron el milagro de que Vicky acompañase mi soledad. Y si por un momento pensé completar las fotografías con otras dos de ella, pronto lo descarté. Vicky y yo siempre habíamos vivido entre fantasías, y era más fantástico alterar sus rasgos a mi voluntad que tenerla colgada como había sido. Ella seguía existiendo en aquellas cartas, y en ellas debía continuar.

Sin proponérmelo, las cartas de Vicky fueron convirtiéndose en la razón de mi vida, al tiempo que despertaban en mí ciertas inquietudes que, si al principio procuré atender con aquello que tenía a mano, muy pronto comprendí que era perder el tiempo, pues bastaba que Manuela, Josi o Rafaela me pusieran delante sus zapatones para que la horma se me fuese al suelo sin apenas rozarlos. Y como Paqui fue otra decepción, el día en que Chema entró en mi vida esta se mantenía a flote sobre puro papel de cartas.

En resumen, que yo no leía una sola palabra durante el día sin ver congregarse alrededor de ella todo el mundo excitante en que me sumergía al llegar la noche. Porque no sólo Vicky renacía en aquellas cartas, sino que su lectura, y los tres paneles que la rodeaban, me producían tales erecciones que me hacían creer que el tiempo no pasaba por mí, y que yo me encontraba tan joven como aquella tarde en que logré sustraerla del Seminario. Así que, lejos de irme a dormir con buen ánimo, yo abandonaba aquella legión de clítoris diciéndome que estaba al borde de la neurastenia y que sólo podía salvarme de ella un culo donde descargar.

Recurrí entonces a los más próximos y me encerré sucesivamente con Josi, Manuela y la otra, haciéndoles sitio frente a los paneles. Y bien por no tener el hábito de verse rodeadas por tanto demonio, o por hacerles las cartas el efecto que a mí, pronto me di cuenta que no me había

equivocado. A las pocas líneas de una lectura que yo decía espaciadamente comenzaban a rebullir. Y sin asomarme a sus desnudeces podía imaginar sus rabos recorridos por igual hormigueo que atravesaba el mío.

Pero ahí acababa todo. Porque, en el instante en que se incorporaban para comprobar las maravillas de que hablaba Vicky, y veía el temblequeo de sus carnes y los hoyuelos de la celulitis en los globos terráqueos que me ponían delante, todo se me hundía. Y no digo nada cuando las veía mover las caderas, tratando de saber si mi clítoris estaba tan en forma como sus culos pedían, o tan mustio como lo sentía yo.

A nadie culpo por llegar a vieja, pero cada cual es responsable de su vejez. Y en eso ninguna de las tres había acertado.

Rafaela era mucho más baja que yo, al igual que Manuela. Y si en su juventud había disimulado con andares de bailarina que sus pies eran planos, su obesidad de entonces y la debilidad de sus pantorrillas la hacían caminar a pasitos cortos y arrastrando los pies. Era el suyo un andar suave, ya que apenas movía los brazos, pero tan estruendoso al llegar al suelo como las ruedas de un coche sobre alquitrán mojado. Sin otro ruido que la disimulase, a Rafaela se la oía llegar a treinta metros. Nunca atravesó el sendero de mi jardín sin que yo supiese que se trababa de ella. Y hasta las piedrecillas parecían hacerse a un lado sin que las golpeasen las puntas de sus pies. Os estoy hablando, naturalmente, de la sesentona. Porque la Rafaela de sus años mozos tenía músculos para dar y vender.

Ver su cabeza y la de Manuelita cuando paseaban era ver una y la misma cosa, pues

apenas se las distinguía en que el pelo de una era blanco y el de Manuela tiraba al amarillo, no sé bien si a consecuencia del agua oxigenada o de los tintes, porque eso nunca lo confesó. Su tipo no se parecía al de Rafaela. Pero no creáis que esa diferencia la favorecía, puesto que ni una ni otra me lo ponían duro, ni vestidas ni en cueros. Mientras que a Rafaela la habían redondeado las mantecosidades como a una vejiga, a su socia se le habían puesto en el vientre y en el trasero que, aplastado y muelle, le bailaba al caminar sin que sus brazos, rígidos a lo largo del cuerpo como dos contrafuertes, pudiesen hacer nada por evitar el desmoronamiento. Y como su vientre venía a sumar cuantiosos centímetros a los que medía entre cadera y cadera, no había cinturón a su medida que no fuera abrochado en el último ojal.

Mas todos estos rasgos, excusables por ser producto del envejecimiento, aún los veía peor en ellas que en mí. Puesto que, en lugar de exprimir el seso intentando adaptarse a su realidad, no hacían más que agravarla con modas juveniles y aires veinteañeros, que, si a mí me hacían sonreír, excuso deciros lo ridículas que parecerían a las demás. Yo desde luego procuraba no presentarme en su compañía. Y si en alguna ocasión me reprochaba haber sucumbido a la tentación de enfundarme un suéter que no iba con mis años, o unos pantalones que me hubiesen caído de maravilla en la juventud, no tenía más que volverme a ellas para asegurarme de mi discreción.

Tal vez por haber seguido parte de mis consejos, tal vez porque el tiempo no había sido tan cruel con ella, las carnes de Josi aún no se habían reblandecido como las de Manuelita y Rafaela, de quien había sido amante hasta que

pasó a mi cama tras la desaparición de Vicky. Y aquel triste suceso fue la suerte de Josi, pues en tanto las otras vivieron sus cuarenta años como si no fuesen a terminar nunca, ella y yo nos sometimos a un régimen sin más grasas ni calorías que las necesarias para tirar de clítoris. No digo que, de haber perseverado en la gimnasia, hubiese tenido a los sesenta años un cuerpo que galopar, pues, si colocaba el mío delante del espejo, acababa cerrando los ojos convencida de que con alguien así tampoco quilaría yo, y a Josi no le habría ido mejor que a mí. Pensándolo entonces, casi me alegraba que sus devaneos de hacía diez años con algunas parásitas me hubiese hecho tirármela de encima. Ya conocéis la aprensión que me daba cualquier contagio. Y el miedo a que Josi me transmitiera un chancro, tras haberla corrido con cualquier pelandusca, me hizo romper nuestra relación con la firmeza que no hubiese tenido a los sesenta años. Y, si he de seros franca, primero hubiese abandonado mi propia casa que seguir con ella. A Josi podía intentar comerle el culo una vez al año, pero no tenerla de postre todos los días.

El ridi en la boutique de Manoli fue la chispa que me hizo estallar. Aún tenía en los oídos sus lamentaciones de diez años atrás, cuando me reprochó que quisiera abandonarla en la vejez tras haberme dedicado su juventud. Y si entonces no fui capaz de confesarle que lo hacía por repugnancia, tampoco esa tarde le hubiese dicho que era la aversión a sus peluquines y sus disfraces lo que no soportaba, porque tenía las lágrimas demasiado fáciles.

Así que, al arrojarme al rostro que había aceptado cenar con Manuela, como diciéndome que no era yo la única, y que las tenía así, me vi el terreno libre. Aún no habría llegado Josi a la

carretera cuando ya tenía ante mí la página de anuncios, memorizando la dirección que me interesaba.

Seguía yo haciendo planes acerca del futuro que se abría ante mí cuando sonó el teléfono. Era Josi, diciéndome que había decidido anular la cita y que así se lo pensaba decir a Manuela en cuanto colgásemos. Que no había tenido intención de herirme y que eso de cabrona ni hablar. Que no le había gustado que lo dijese y que todo continuaba como hasta entonces. Por mi parte todo lo que dije fue que hiciera su voluntad.

Creo que fue prepararme una cena fría lo que me ayudó a olvidar que de nuevo era yo la responsable de abandonar a Josi, pues sólo pensar que todo seguiría como hasta allí me puso lágrimas en los ojos. Si la continuidad que me había propuesto significaba cenar y acostarme sola, ya podía darme por muerta. Tras haberme abierto las puertas del cielo aquella idiota las volvía a cerrar, dejándome con la miel en los labios y con tal congoja que apenas podía ver las rodajas de salchichón que puse en el plato.

Cuando me levanté de la mesa y vertí las migas de pan y los restos de fiambre en la basura había decidido ya dar por no oída su confesión. Y, más que eso, dar por seguro que Josi no cumpliría. Y si el banquete les daba fuerzas para intentar follarse, que lo probaran. En cuanto a mí, estaba hasta el gorro de no poder hacerlo. Y, si os parece, me llamáis quisquillosa.

Os decía que el chico que me trajo Antonia dos tardes después que Paqui me moliera era hijo suyo y de su mujer, siendo el segundo del matrimonio y el único con vida. Y si de momento sus relaciones no iban más allá de las propias del parentesco, Antonia lo tenía tan consentido que más parecía hacerle la corte que oficiar de padre. Cosa que su mujer no tenía empacho en divulgar sin que con ello nos asombrara. De todas las maricas que he tratado en mi vida no digo que Antonia fuese la peor, pero sí la que más lo llevaba de tapadillo.

Antonia era un baúl de huesos, a los que ni siquiera sabía vestir pese a haber comenzado ganándose la vida con una sastrería y almacén de paños muy cerca del Carmen, donde hizo trabajar a su mujer hasta que tuvo un hijo al que amamantar. Y como las razones de aquella boda habían sido ocultarse tras el paripé del varón casado, como si no llevara el sello en la frente, al desaparecer Conchita de la tienda, Antonia dio la vuelta al negocio llenando con detergentes, lejías y desinfectantes los mismos estantes que contuvieron la ropa. Debió pensar que, de modista y sin mujer al lado pronto daría que hablar, y esa determinación dejó a muchas amigas sin el concurso de su aguja. Y entre ellas a mí.

Dos años después opinó otra cosa. Y cuando al mes siguiente reabrió la puerta, había convertido el negocio en un salón de recreativos comprando a buen precio una docena de futbolines y dos mesas de billar. Para quienes seguíamos de cerca sus

maquinaciones, el que Antonia tuviera por clientes a chicos de quince años en vez de bregar con mujeres tras el mostrador nos pareció tan lógico como descabellado. Puesto que, si había huido de la aguja primero y del trato con las mujeres después para que nadie descubriese sus aficiones, no creíamos que pudiera pasarse el día entre aquellos pollitos sin que más de uno se las comprendiera.

La picardía de los que iban detrás de sacarle una convidada, y lo mucho que sus manos tiraban de ella hacia los pantalones de la golfería, pronto les hizo ver de qué pie cojeaba la ninfa del local. Y como más les convenía dejarse querer que tomarla a risa, decidieron entre dos repartirse el trabajo arrimándole uno la bragueta mientras el otro hacía sudar a la máquina de cambios un chorro de monedas sin haber introducido ninguna.

Este fue el período más triste en la vida de Antonia, a quien alelaban los dos cuernecillos que de tanto en tanto le daban a chupar, encerrándola en el retrete por turnos, hasta que Conchita tomó sus medidas y determinó que necesitaban un hombre de pelo en pecho que pusiese orden en el local.

Conchita era flaca, pero nunca había pasado hambre y no estaba dispuesta a conocerla entonces por haberse casado con un sarasa. Eso solía decir a las amigas con que se acostaba, a las que echaba el Tarot encima de la mesa poniendo en boca de la baraja lo oído previamente al borde de la cama.

—A Antonia no le des más que cama o silla — les comentaba, poniéndola de holgazana, cuando no de maricona, como si la gente estuviera boba.

Antonia temía más a la lengua de su mujer que a todas juntas. Y si un día fue sorprendida llevándose a la boca la pilila del hijo por puro

juego, tanto se lo restregó Conchita por las narices tratándola de mariconaza que, cuando descubrió los tortilleos de su costilla y que meaba donde los hombres subiéndose la bragueta como uno más, se veía ya tan escasa de fuerzas para responderle que siguió dejándose llamar marica por la bruja con quien se casó y que esta le acusara de querer tirarse al hijo porque todo quedaría en casa.

—Oye, ¡cómo ha crecido este! —dije a Antonia aquella tarde, poniendo la mano en la cabeza del chico.

—No creas. Ahora le ha dado por fumar —me dijo ella—. Y yo le digo que se va a quedar hecho un enano.

El chico no tenía entonces más de trece años y su cabeza montaba ya sobre los hombros del padre. Yo no quise quitarle autoridad diciéndole que otros también fumaban y no por eso dejaban de crecer, y le dije:

—Lo que ha de hacer es estudiar mucho para hacerse hombre. A ver, ¿qué os trae por aquí?

—Pues que quiero que le veas la fimosis, porque me parece que habrá que operarlo —me dijo.

Tengo que advertiros que Antonia se había hecho circuncidar en una clínica del barrio chino al volver de la mili y que buena parte de su quiero–y–no–puedo era el temor a que su clítoris no diese la talla. Eso Vicky lo sabía muy bien, pues fueron amigas en el Seminario, y a mí me describió numerosas veces el prepucio de Antonia como un embudo sin más agujero para mear que el de una jeringuilla.

—Eso no lo sabré hasta que lo vea —le dije yo —. ¿El chico descapulla?

—Sí, pero mal —me respondió—. Tal como lo

tiene ahora no creo que le sirva de mucho cuando sea mayor.

—Bueno —les dije, mirando al chaval—, vamos a verlo.

Los ojos de Tonín eran muy verdes. Y por la forma que tuvo de mirarme y la decisión con que dejó caer al suelo los pantalones, comprendí que en casa de sus padres no le habían enseñado a tener remilgos. Se bajó los calzoncillos a medio muslo, se subió los faldones de la camisa sin que su padre le echara una mano y me preguntó:

—¿Me dolerá mucho?

—Todavía no sé lo que hay que hacerte —le dije yo—. Pero sea lo que sea, no te preocupes.

—Eso es —apoyó el padre—. Ya le estoy diciendo hace más de un año que no tenga miedo.

Y menos contigo. Su madre dice que no está para que lo operen, pero ya sabes cómo son ellas.

Ahí podía haberle dicho que también nosotras somos como somos y que, en ese tema, antes nos pasamos que hacemos corto, pero me agaché ante el renacuajo que el chico me mostraba y lo tomé en la mano. Le retiré el prepucio y apareció el glande, minúsculo y rojizo como un madroño.

—No está tan mal como dices —le comenté, dejando que lo viera.

—Ya se lo hice ensanchar a los cuatro años —me dijo ella—. No sé qué opinarás tú, pero a mí me parece que, tal como lo tiene, no puede ir a ninguna parte. Yo ya lo habría hecho circuncidar el día que nació, pero su madre no quiso.

Recordé que por aquellos días el matrimonio andaba torcido y que lo habían visto salir de casa con la maleta, porque sentó a la misma mesa a su amante de entonces y a la mujer preñada, y comprendí que la futura madre no le consintiera hablar de penes a la hora de darlo a luz.

—Yo creo que con hacerle el frenillo será suficiente —le dije.

—¿No crees que sería mejor cortar en redondo, como me hicieron a mí? —me preguntó.

—Hombre, el chico no lo necesita. Y con eso le haríamos perder sensibilidad —le contesté.

—¿Y qué? —me dijo ella—. Eso no es malo.

Conociendo a su mujer lo que estaba diciendo no era un disparate. Pero si no quería malograr al chico, lo que yo opinaba era lo mejor.

—No es malo, según para qué —le dije. Y no queriendo ser más explícita delante de Tonín continué—: ¿No recuerdas lo que Vicky decía de ti?

Antonia miró a su hijo, que nos miraba a las dos. Y debió pensar que la inclinación sexual de su retoño iba a estar en función de la longitud que dejara al prepucio, porque me dijo:

—¿Qué quieres? ¿Qué pase por los mismos tragos que he pasado yo?

A mí que no quisiera repetir en el hijo su propia experiencia no me pareció mal, porque entre las mil maneras de ser marica no las había peor que la suya. Pero que lo dijera delante de mí no me cayó bien.

Bastantes chaparrones llevaba ya.

—Mira —le dije—, si tu hijo ha de ser feliz, lo será de una manera o de otra. Yo no me siento más desgraciada por no tener mujer. Y, por otra parte, quítate de la cabeza que eso tenga nada que ver con la circuncisión, si es que lo estás pensando.

—Eso es lo que dicen, ¿no? —insistió.

—Lo dicen, pero no saben por qué. Anda, no me seas judía y déjame a mi aire —le contesté.

En muy pocas palabras Antonia acababa de confesar la razón de que se encerrara en el

Seminario, creyendo tener una vocación que se resumía en vergüenza con los chicos, primero, y en impotencia con las chicas después. Porque, si tuvo que renunciar a pajearse en común a los catorce años, no pudiendo confrontar su pene, la impotencia a que lo reducía la estrechez del prepucio le hizo abandonar el trato con las chicas recluyéndola en el Seminario dos años después. Y como de este salió cuando tuvo que decidir entrar en quintas o seguir de cura, al regresar de la mili tras cuatro años de no ver más que hombres, decidió darse a operar. Porque aún era tan virgen como el día que la trajeron al mundo y no quería continuar así.

De haber tenido Antonia un clítoris fetén, todos sus miedos a ser marica, y hasta su matrimonio, no hubiesen existido. Pero seguía dándole apuro sacarlo ante las otras.

—Me ha dicho mi padre que han de ponerme una inyección —me dijo Tonín.

—Sí —le dije yo, yendo a limpiarme con algodones y alcohol—. Pero no te preocupes, que apenas lo notarás. Cuando quieras, vienes con él, y en menos de una hora terminamos.

—A ti ¿cuándo te vendría bien? —me preguntó Antonia.

—Por mí cuando quieras. Lo que he de hacerle es muy poco, y no necesito que me ayude nadie —le contesté.

—¿Pues por qué no lo hacemos ahora, ya que estamos aquí? Yo estoy decidido. Y él también. Quien no lo está es su madre. Y si se entera es capaz de impedirme que lo traiga.

Antes de contestarle pensé en el dolor de mi espalda, y también en que Paqui estaría al llamar. Pero, viendo que podría aguantar el trabajo, decidí que lo mejor sería terminar cuanto antes.

—Pues nada, chico —dije a Tonín—, dentro de una hora, pililа nueva. Quítate los pantalones y los calzoncillos, y túmbate en esa cama.

El chico se acostó donde le había dicho, y yo junté a su lado todo el instrumental. Y al darme cuenta que la vista de lancetas, agujas y jeringuillas no parecía tranquilizarle, las cubrí con un paño.

Tapé las piernas con una sábana, y el pecho con otra, dejando el lugar de la operación bien a la vista, y cargué de anestésico la jeringuilla.

Tonín se cubrió los ojos, y le pinché.

—¡Me cago en la hostia, pues no duele esto ni *ná*! —dijo, al sentir la aguja en el frenillo.

Su padre, que se había alejado donde no nos viese, ni escuchó la blasfemia. Por lo que yo sabía, las enseñanzas del Seminario no habían echado raíces en la familia.

—Nada, hombre. Tú que eres un quejica —le dije.

—Joder —me dijo él—, pues podía doler más.

—Verás como el próximo no lo sientes tanto —le animé.

—¿Pero es que aún tiene que pincharme más? —me dijo, volviendo a cubrirse la cara.

Limpié la sangre con una gasa y volví a pinchar. Esta vez el chico se retorció, aguantándose las ganas de decirme algo. Enjuagué la sangre y le inyecté cuanto me quedaba. El pene se infló hasta alcanzar el doble de su tamaño, y le di diez minutos.

—¿Ya está? —me preguntó Antonia.

—No. Ahora hay que dejar un tiempo para que actúe la anestesia —expliqué—. Si no te sientes bien, podías salir. Aquí no te necesito.

—No, no —me dijo ella—. Eso faltaba, que además de llevárselo operado supiese mi mujer

que no había aguantado.

Pese a sus temores, no se acercó más de lo que estaba y se puso a ojear una revista sentada en el sillón. Yo lo prefería así. Aquel era un trabajo para el que no me gustaba tener testigos.

Algún día trataré de explicaros qué impulso me animó a embarcarme en estas operaciones, pues ni yo misma lo sé. De todas las razones que me he dado sólo he podido descartar dos: su extrema sencillez y el dinero que podían darme.

Probé el efecto de la anestesia pellizcándole el bálano con las pinzas, y decidí que el prepucio siguiera cobijando el glande de Tonín. Lo descapullé con una mano y di el corte donde me pareció. Cosí la herida con cinco puntos, introduje una gasa en terramicina y la cubrí con el prepucio. Si al chico le daba por ahí, no tendría que pasear un clítoris mutilado entre los de su sexo, como venía haciéndolo su papaíto.

—Ya está —le dije, acabando de limpiar la sangre—. ¿Te he hecho daño?

—No, ¡casi nada! —me dijo él—. Usted hace como los dentistas, que primero te dicen que no te harán mal y luego te dejan muerto.

Yo me reí mientras envolvía el pene con otra gasa, ayudándole a ponerse los calzoncillos, y dije a Antonia:

—Ya puedes acercarte.

—¿Qué le has hecho, por fin? —me preguntó, poniendo a su hijo los pantalones.

—El frenillo —le contesté.

—Pues sigo pensando que mejor hubiese sido hacérselo todo —volvió a insistir.

—Tú piensa lo que quieras, pero no compares. No has visto nunca el David de Miguel Ángel, ¿verdad? —le contesté.

—No sé qué quieres decir —me replicó—. Pero

yo lo que temo es que se le ponga como unos zorros, si se llega a casar.

Los temores de Antonia tenían muy poco que ver con un prepucio más o menos largo. Y si su hijo llegaba a ser tan sarasa como su padre, no sería a causa de mi intervención. Pero gracias a ella tampoco tendría de qué avergonzarse, si le daba por ahí.

—Déjate de eso —le dije—. ¿A quién de nosotras le ha sucedido semejante cosa? ¿No te das cuenta que lo mejor de todo es poder enseñarlo? La circuncisión es cosa de salvajes que no saben mirar.

Todo se lo dije aprovechando que al chico le dio un desmayo, al ponerse en pie, que nos hizo acostarlo en el sillón.

—¿Ya estás mejor? —le dije al poco.

La mano que le cogí estaba fría como la nieve. Pero el chaval, más animoso que el padre, se incorporó y dijo:

—¿No me molestará?

—Claro que no —le aseguré—. Lo que no podrás es correr en unos días.

—¿Hasta cuándo? —me preguntó.

—Una semana —le dije yo—. En seis o siete días se caerán los puntos, y a jugar.

—¿Tenemos que volver? —me preguntó Antonia.

—No es necesario, si todo va como espero —le contesté—. Cámbiale la gasa todos los días con una pomada que voy a darte, y nada más.

—¿Y no me dolerá? —insistió el chico.

—Ahora os daré supositorios. Y si te molesta, te pones uno.

—¿Cuánto he de pagarte? —me preguntó Antonia.

—Lo mismo que nos cobrabas en la sastrería —

le respondí.

Yo no quería acompañarla a semejante sitio, pero tanto insistió que no pude negarme. No digo que no hubiese placeres en aquel lugar dignos de ser contados. Pero estaba tan lejos de mi imaginación que yo pudiese saborearlos como pensar que Antonia los tendría con su mujer. Lo que puedo deciros es que no hubiese caminado sola por aquellas calles, como venía haciéndolo ella, y que su atrevimiento le hizo ganar mi estima. De ser la marica tonta y sin ningún valor que todas conocíamos se transformó en una aventurera de lo más excitante. Así que, al dejar al chico narrándole a su madre la operación, y antes que me echara el Tarot del que nada bueno iba a sacar, atravesé con Antonia las cuatro callejas y la avenida y me hundí en el foco de la infección con la certeza de no ser la misma al salir de él. Yo soy asquerosa de nacimiento. Así me parieron, y así moriré.

El malestar que me producían aquellas casas, cuyas habitaciones nadie ventilaría entre polvo y polvo, sólo era comparable con el que me daba pisar sus calles o rozarme con la mugre de sus paredes. Y si creéis que exagero, seguidme una tarde y lo comprobaréis.

Quizá penséis que Antonia sólo la clavaba donde huele mal. Ya en una ocasión le había dicho a Vicky que sólo los soldados le olían a hombre, y ya sabéis en qué cloaca se hizo operar. Pero si era también mi opinión, a medida que las casas perdían color y las calles se hacían más húmedas y

negras, pronto iban a sacarme de ella las mañas de aquella zorra, y por donde menos podía esperarlo. Porque no solamente caminábamos hacia la enfermedad, sino que en aquel criadero no había más que almejas con las que quilar, y de las más sabrosas. Y si no la creía capaz de clavarlo en el chocho de una princesa, mucho menos en el de una puta.

El vientre de la primera que vimos debía estar en su décimo mes, lo cual no le impedía mantenerse firme. Llevaba zapatillas de paño, aunque en chancla porque los pies no le cabían dentro, y un vestido de raso tan ceñido al cuerpo que el punto del ombligo parecía un botón. Yo pasé junto a ella con la vista baja, y del escalofrío que me dio pensar que tuviesen el capricho de regar con semen las narices de la criatura que estaba gestando me fui a la otra acera.

—Mira —me dijo Antonia, señalándome el primer balcón—, ahí me operaron a mí.

Yo no le dije nada, pues si la suerte la favoreció y seguía teniendo con qué follar, no era cosa de ponerle mal cuerpo. Ahora bien: puedo aseguraros que se jugó el mango de los cascabeles con todas las de perderlo, puesto que el cartel anunciaba que la especialidad de la casa eran las venéreas.

El cuerpo de otra mujer obstruía la acera, y bajé a la calzada. Se había sentado en una silla de anea, y sus carnes flotaban a uno y otro lado de las cuatro patas como dos cortinones. Llevaba un vestido rojo, aunque no tanto como los labios y las mejillas, y los dos cetáceos que tenía por pechos nadaban garganta arriba como si quisieran salirse del escote. Si bien no era calva, saqué la conclusión de que no tardaría en serlo.

—¿Y a estas quién se las folla? —pregunté a mi

amiga.

—¿Quién se las folla? Quien tenga ganas —me respondió.

Había metido la cabeza por una puerta sobre la que leí la palabra Bar, y no me dio más respuesta. Yo tampoco la necesitaba. Me asomé por detrás de su hombro. Y entre brumas de color rosa vi un cuerpo de mujer acodado en el mostrador. Detrás había un espejo con botellas de marca, y delante las piernas de otra con tacones altos. La luz roja les amanecía desde dos farolillos con los cristales pintados de ese color. El suelo del local era más bajo que el de la calle, por lo que las bacterias que anidaran en él tendrían que pegar un salto para salir afuera. Me dije a mí misma que mejor que allí no estarían en ninguna parte, y le pregunté:

—¿Qué es esto?

—Un bar. Pero no está la que busco —me dijo.

Y yo, que había empezado a alejar mi cuerpo de aquel contagio, le volví a preguntar:

—¿Pero es que buscas a una mujer?

—Tú calla, y ya verás —me contestó.

Lo que vi en la próxima esquina fue otro bar, con más aspecto de lechería que de prostíbulo, y a la chica que mordisqueaba semillas de girasol sentada en el umbral. El bar tenía puerta a una y otra calle, y las dos estaban de par en par. En el interior no había nadie, y la muchacha leía su novela entre bocado y bocado. Si se ganaba la vida poniendo el mejillón, no lo daba a entender. A nosotras ni nos miró. Por cuanto vi de su cara no le eché más de veinte años. Era lo más potable que llevábamos visto, y por un momento temí que Antonia hablase con ella. Pero no lo hizo, y pasamos de largo dejando un jardincillo a nuestra izquierda, detrás de unas verjas de hierro por las que asomaba un jazminero. A mí me hubiese

gustado ser como él y respirar como la planta. Pero cada cual es como es, y yo no las tenía todas conmigo.

Otra mujer joven, con la cabeza vacilante y los ojos cerrados, se apoyaba en una canalera que había criado ortigas a la altura del cuarto piso. De todos los seres que vi esa tarde aguantándose en pie, el más enfermo fue aquella chica. La piel de los tobillos y de las manos se veía traslúcida a consecuencia de la hinchazón. Y no la creí capaz de abrir los ojos ni ante un billete de mil. Dio dos pasos de través, y volvió a apuntalar el hombro en la canalera. Creí que nadie acudiría a preguntarle nada, aunque la viesen muerta, y se lo dije a Antonia.

—Pues tenías que haberla visto hace un año —me contestó—. Entonces trabajaba más que ninguna. A mí me ha hecho pasar muy buenos ratos.

—Eso lo dirás en broma —le dije yo.

—¿En broma? —me dijo ella—. Espera un poco, y ya me contestarás.

Qué queréis que os diga. Nadie en su sano juicio se metería allí, y Antonia no era ninguna idiota. Si ella se lo pasaba en grande no sería mojándose el clítoris en ningún chocho, y detrás de eso iba yo.

La calle donde entramos tenía más de salón que de vía urbana. Puede que midiera cuarenta metros, pero tan atiborrados de gente y luminosos que no los parecía. En las puertas de los bares y en los portales dos hileras de putas lucían sus carnes ante los hombres que las miraban. Y como estos iban por la calzada, aquella separación de sexos no sólo me chocó sino que me hizo pensar que tal vez Antonia la iba buscando. Porque entre las dos aceras había pollas para todos los gustos, y a

punto de gotear.

Dejé que mi amiga se mezclase con ellas y me recosté en la esquina. A mitad de la calle se perdió entre el gentío que sudaba semen y dejé de verla.

Una hembra de pelo oscuro surgió de un semisótano vestida de blanco y encendió un cigarrillo. Tenía las piernas de color ceniza, con una mancha de nacimiento en la pantorrilla, y llevaba zapatos negros con tacones tan altos que le quebraban el hueso de los tobillos cada vez que se meneaba. Las bragas eran negras también y le clareaban bajo el vestido, cuya falda apenas le cubría un tercio de las nalgas cayendo sobre los muslos los cuatro flecos que le colgaban. Y como ella los hacía bailar moviendo el culo, los estuve mirando hasta que un ciego pasó junto a mí pregonando su mercancía:

—¡La rata! ¡La muerte! ¡Arriba y abajo! ¡La *ejcalera* y el *pejcáo*! ¡*Yevo loj* premio para hoy!

Seguí mirándolo mientras se abría paso con su bastón, y vi llegar a Antonia.

—Debe estar de faena —me dijo, poniéndose a mi lado.

—¿Pero vas en serio? —le dije yo.

—¿Que si voy en serio? Y tú también, cuando lo pruebes. No te muevas de aquí, y espérame —me contestó.

En eso se acercó la del vestido blanco y me sonrió. Tenía una costra seca en los labios y se había pintado un lunar en la mejilla derecha.

—¿Qué? —me dijo, dejando de sonreír—. ¿Cómo estás?

—Bien —le dije yo, sin descruzarme de brazos.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarme.

Yo estaba subida a la acera, con sus pechos debajo de mi cara, y no aparté mis ojos de los suyos en ningún momento.

—Sí —le confirmé.

—¿No quieres que pasemos un buen rato? —me dijo entonces.

—No, no. Gracias —le dije yo.

—Bueno, pues otra vez será.

Ya se marchaba cuando Antonia le dijo:

—¿Ya no te acuerdas de mí, ni de lo que me debes?

—Claro que me acuerdo —le dijo ella—. Cuando quieras te lo cobras en carne. Pero de la mía, que estoy hasta el coño de tus numeritos.

La verdad es que Antonia se hacía valer lo que una colilla. Al revés que yo.

No hay clítoris casado por la Iglesia que no acabe dando la vuelta a su partener. Y el de mi amiga lo estaba. Así que, al decirle aquel pendón lo que acabáis de oír, comprendí que Antonia había ido a procurarse un ano donde menos pudiesen sospechar de ella. Y las pocas esperanzas que aún mantenía de darle por el culo a algún cachondo se me vinieron abajo. Puesto que Antonia no parecía querer aprovechar la plétora de semen de aquel gentío, a mí se me cayó el alma a los pies. Porque hay culos, y culos. Y yo no podía cerrar los ojos ante el de una mujer. Y menos todavía en semejante sitio.

Yo seguía temiéndole a la sífilis casi lo mismo que al ponerme en cura, y tanto las caras como los cuerpos que veía allí no me tranquilizaban en absoluto. Y si ya dudaba que tuviese estómago para tirarme a uno de aquellos devoradores de mejillón, para qué deciros lo que opinaba de las idas y venidas de Antonia al portal de la prójima, a la que hacía depositaría de cuantos gonococos pudieran existir. Por lo que, viendo que no cejaba en su idea, dejé que se alejase lo suficiente la del vestido blanco y le dije:

—Pero ¿tú sabes lo que estás haciendo? De aquí lo único que puedes sacar es un chancro para toda la vida.

Ella sonrió, sin dejar de cubrir con sus ojos el portal de marras, y me dijo:

—Sí que estás equivocada. ¿Tú no sabes que no hay sitio más seguro para quilar?

—¿No creerás eso que dicen de la inspección médica, verdad? Además —le previne—, que a mí no me haces joder con estas ni con ninguna.

Y entonces me dijo algo que cuadraba muy bien con la ignorancia que yo le atribuía:

—¿Y por qué no he de creer que las controlan, como dicen ellas?

—Porque, aunque haya sido verdad alguna vez, que ahora no lo es, podían encontrarse bien en un momento y al minuto estar cagadas —le aclaré.

—Y eso ¿por qué? —me preguntó.

—Parece mentira que alguien como tú sea tan ignorante —le dije—. ¿Tú no sabes que, si el que las jode, tiene una mierda se la pasa a ellas y ya está? ¿O les hacen un control entre polvo y polvo?

—¡Ja, ja! —rio ella—. ¡Mucho que me importa a mí!

—Pues a mí sí. De manera que ya nos podemos ir.

Hice ademán. Pero me retuvo por el brazo y dijo:

—¿Qué prisa tienes? Espérame aquí, y sabrás lo que es bueno.

Volvió a dejarme sola y se perdió entre aquellos salidos rumbo al portal, quedándome en la esquina como un espantapájaros. La verdad es que yo me sentía de lo más estúpida y sin saber qué actitud tomar.

Bajé la vista de los balcones al ciego, quien regresaba tentando los culos con su bastón. Y de él

a la puta que salió a su encuentro.

—¿*Yevas* la rata? Estoy *tol* día detrás *dese* número sin poderlo encontrar.

El ciego le tendió una de las tiras que llevaba en la mano. Su boca era redonda, y tan pintada como un bote de Titán recién abierto. Llevaba pantalón corto, una blusa que le dejaba al aire lo más airoso de sus dos pechugas y un chicle en la boca con el que insinuaba no supe qué delicias a quienes se atrevían a mirarla, que no eran todos. A pesar de haberle abovedado el vientre los continuos polvos, no creí que tuviese más de veinticinco años.

Ya empezaba a tomarla por loca, cuando vi al que hablaba con mi amiga. Era un chico más alto que ella, con una cazadora de cuero echada por el hombro y cara de caballo. Ni eso, ni su labio inferior blando y descolgado parecían molestar a Antonia, que hablaba con él animadamente. Era el primer hombre que cruzaba su vida con las nuestras. Pero su estampa no me consoló.

Vi regresar a Antonia, tras despedir al otro con palmaditas en la cazadora. Y ya le estaba preparando un rotundo no cuando empezó a contarme los milagros del que llamaba Julio, desde que se la chupara en los recreativos. Porque Julio había sido uno de aquellos dos que la habían hipnotizado en el retrete hasta que Conchita llevó al local un ángel custodio. Desde entonces al día que volvieron a verse transcurrieron seis años. Y ya llevaban dos ayudándose con sus conocimientos.

Antonia me contó haber ido a la playa con cierta amiga a ver las últimas vergas de la temporada y que se sentaron en el merendero frente a una mesa y un par de cervezas, bajo el sol de septiembre. La amiga de Antonia usaba muleta.

Lo que no le impedía ser la primera en sentarse al sol no bien empezaba el verano, por lo que tenía el cuerpo como un tizón.

Una vez sentadas, la coja se desprendió del zapato de su único pie, hizo lo propio con el calcetín, extendió la pierna sobre la silla y se embadurnó los pelos con crema blanca. Cuando logró que la piel le brillara por sí y por la que había perdido al otro lado, se esparció la crema por vientre y pecho, sin quitarse la camiseta, encendió un cigarrillo y entornó los ojos. Y así estuvieron, Antonia mirando al mar y la otra bronceándose, hasta que oyeron decir a sus espaldas:

—Canaria, que llevo la suerte. Cómprame un décimo.

La Canaria, pues era de las Islas, abrió los ojos y dijo:

—Anda, Bartolo, olvídame que ya juego tres mil pesetas.

—Pero no del mío, que es el Gordo.

Antonia se volvió. Y al mirar al llamado Bartolo vio que no era otro que el mismísimo Julio de los recreativos.

—Que no, Bartolo, que eres un cenizo —siguió diciéndole la Canaria.

De momento mi amiga no le dijo nada. Aún le dolían las tomaduras de pelo, y lo dejó marchar. Y es muy probable que para siempre, si la Canaria no hubiese dicho:

—Ven acá y corta dos estampas aunque me arruine.

—Ya has picado, ¿eh? —dijo Julio, volviendo.

—Ya he *picáo*, sí. ¿Por qué leches me lo has *tenío* que enseñar? —y, volviéndose a Antonia, añadió—: Tú, alcánzame los pantalones, que le pague a este.

Los pantalones de la coja habían quedado encima de la mesa, y Antonia se los tendió por la pernera que no estaba doblada con imperdibles. Al hacerlo, volvió a mirar a Julio, y este la miró también.

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó.

—Claro que me acuerdo —contestó Julio.

Para otra que no fuese Antonia, la vida de Julio no le hubiese parecido digna de mención. Pero mi amiga andaba siempre buscando algún provecho, y se la hizo contar.

Desde que la firmeza de Conchita se atravesó entre ellos, el cuerpo de Julio había rondado dos veces el reformatorio y cuatro la cárcel. La última de ellas largándose de casa cuando la policía lo esperaba a la puerta en compañía de la denunciante, con el contenido de cuyo bolso pudo vivir la siguiente semana, pasándola oculto en la misma pensión donde ahora trabajaban para él. Porque si Julio ofrecía el Gordo no lo hacía sólo para comer.

La furcia que guardaba las llaves de su madriguera, en la que no tuvo habitación segura hasta que su lengua se la hizo ganar, le tomó tal cariño en los siete días que duró el dinero que, al acabarse este, le propuso tenerlo a mesa y mantel. Nadie olvidaba en el barrio que había gozado los favores de un perrillo faldero mientras le vivió, y echarse a cuatro patas haciendo guau–guau no era el porvenir que Julio soñaba. Por lo que, si la necesidad en que se veía le hizo doblar, poco a poco se fue incorporando hasta dejarse practicar el francés. Había empezado siendo el hazmerreír del barrio, y antes de seis meses tenía el sudor de tres chochos llenándole los bolsillos.

Nadie sabía qué le encontraban para dejarse

dominar por él, ni cómo lo hacía. A la naturaleza bien poco debía. Y como las drogas lo tenían desmejorado, Julio no podía ponerse delante de quien tuviese ojos, ni levantar un grillo. De todos los macarras que echaban cuentas en los portales, el menos indicado para vivir del coño era él. Pero sus chicas estaban tan ciegas de drogas que les venía justo subir la escalera. Y ese era el secreto de Julio, y la razón de su Lotería.

Si Julio hubiese sido más ambicioso, en vez de pasearse en velomotor lo habría hecho en coche. Pero, no creyéndose apto para empresas mayores, nunca puso los ojos en los bombones que veía en la arena, sino en las medianías. A él le bastaba una cara joven y unas piernas con carne. Y primero ofreciendo la suerte, y después un cigarrillo de marihuana, raro era el estío que no hacía derivar alguna chavala rumbo a la pensión. Ese fue el trato con su fulana: primero en su casa, a cinco mil el polvo, y después al portal. Un convenio que creyó muy justo, pese a que de los beneficios de ese primer año tocaba muy poco.

Era justo porque, sin pasar por ello, su oficio de macarra se hubiera quedado en ciernes, y él condenado a hacer con la vieja el sesenta y nueve. Y era también muy puesto en razón, como asesoró la vieja, porque no podía caber en caletre humano que un chocho más o menos virgen consintiera en hacer la calle así como así. Primero en la pensión, y con ciertos clientes, y luego a la calle y con quien fuera. Llegaban ellas con demasiados humos para dejarse comer el coño por cualquier maloliente que las solicitara.

Laurita tenía diecisiete años, la cabeza llena de pájaros y algunas piedras del río de su pueblo por todo bagaje cerebral, cuando la conoció Julio y se

la llevó de la playa prendida en el extremo de un cigarrillo que debía contener algo más que yerba, puesto que tuvo que subirla al taxi y a la pensión poco menos que en brazos.

Dos años antes el pelo de la chica le colgaba negro y sedoso por mitad de la espalda, y no había piernas en todo el pueblo que pasearan mejor y más veces la discoteca. Y como la música llegaba con aires de ciudad y ella contaba con la admiración de todas las pollitas que la cortejaban, pronto se dio a soñar fantasías que ni entraban por la puerta de su término municipal ni tenían cabida en él. De la casa del padre —la madre había muerto— a la ciudad de sus sueños sólo había cuarenta kilómetros. Y Laurita los recorrió por etapas en los asientos de los coches que la arrastraban de baile en baile los fines de semana. Así que, al llegar a la gran discoteca un año después, ya se había dejado la virginidad en sus tapicerías sin que ella se diese cuenta.

A los socios del nido donde recaló no les faltaban chochos con que follar, ni a buen precio. Una copita gratis y la entrada libre se los abrían de patas. Pero a Laurita le ofrecieron más. Algunos pases de modelo —alta peluquería— y la ilusión de protagonizar una película que nunca se rodó hicieron que Laurita se sintiese enjaulada en la casa del padre, de la que echó a volar doce meses después diciendo a todo el mundo que tenía trabajo detrás de la caja de un restaurante.

Laurita perdió su pelo al otro lado del mostrador, porque le hacía cara de adolescente y a la legalidad de la discoteca no le convenía, y muchas de sus ilusiones. Los pases de modelo apenas le servían para engañarse. Y de la película sólo le hablaban en horas de follar. Y aunque esto lo hacía de buena gana, a pesar de no haberse

corrido ni una sola vez, no era tan tonta como para seguir creyendo que aquellos dos mamones tenían la llave de su porvenir. Sin otra carta de presentación que su propio cuerpo y sin querer dar la vuelta desandando los cuarenta kilómetros, se dejaba hacer la faena sin protestar.

Había alquilado un piso con otra amiga que estaba en su misma situación. Y entre los cigarrillos, los trajes y la renta apenas les quedaba dinero para comer. Dos veces al mes, y aprovechando el día de descanso, viajaba al pueblo a dar un beso al padre, a contarle grandezas, a lavarse la ropa en la automática y a llenar el estómago y los bolsos con los productos que daba la tierra y los que compraba su progenitor. De quedarse con él no quería ni hablar. Ella se había ido de una vez por todas, y no pensaba rectificar.

Ya tenía echado el ojo a las promesas de un industrial, cuando la discoteca cerró las puertas de un día a otro y se encontró en la calle. Y no sabiendo cómo dar con él para que le hiciese bueno el trabajo de encuadernadora, se guardó los escasos billetes con que los socios le taparon la boca y se pasó del Marlboro al Ducados, de los que estaba fumando el último cuando Julio la abordó en la playa.

La acogida que tuvo en la pensión por parte de la fulana fue la de una madre. Menos dinero con que pagar los tres meses de renta que ya adeudaba, todo se lo ofreció: una habitación con baño y la mesa puesta. Y si no llegó a considerarse como su hija, no fue porque la vieja no lo rogara con todo su amor.

Durante quince días estuvieron paseando juntas, yendo al cine y comiendo en la playa, evitando los aires de la pensión. Pese a lo cual, la

tarde en que la vieja la sentó junto a un hombre no le vino de nuevas.

Entre sorbos de café y bocaditos a las galletas, Laurita decidió que por donde habían entrado otros también entraría aquel. Así que abrió las piernas cuando llegó la hora, fingió perder el trocito de cielo —definición del que la estaba montando—, unió sus convulsiones a los espasmos del desvirgador y recibió tres billetes de a mil de manos de la vieja, junto con un consejo: que no a todos les vendría bien follar con un virgo, y que aprendiese a distinguir.

La chica abandonó a la vieja y a su pensión, instalándose en un piso con dos habitaciones para ella sola, y todos los días pasaba Julio a recogerla en su velomotor, depositándola ante el café y las galletas y desapareciendo a continuación. Y como la devolvía pasadas las dos, y aún se fumaban un par de canutos antes de dormir, Laurita no vio más caras durante ese tiempo que la de él, la de la vieja y otras dos docenas que le sonrieron con el café.

Una vez cada quince días Julio la dejaba irse, lo cual hacía ella abandonando en el piso la ropa nueva y vistiendo la usada. Y como había comprendido que la chica quería ocultar al padre su repentina prosperidad, utilizó el mismo argumento para no entregarle la dosis de droga que ella necesitaba, asegurándose con ello su retorno.

Había en todo esto algo que tenía confundido a Julio y que lo confundiría aún más cuando, transcurridos otros seis meses, la bajó al portal donde tenía ratos que apenas podía tenerse en pie. El se sentía tan violento como un caracol y sólo sabía hacerse obedecer cortándoles la droga. Pero no comprendía que alguien tuviese ganas de

echarles un polvo cuando las veía ofrecerse en la calle. Y por mucho que la vieja le asegurase que lo hacía muy bien, siempre se recostaba en la pared de enfrente temiendo que esa tarde no se iba a estrenar. Así que su propia preocupación y las estadísticas le enseñaron a distinguir entre tanta polla cuáles eran aptas para pegar fuego al chocho que explotaba, y cuáles no.

Y fue la conclusión a que le llevaron sus muchas horas de cabildeos, porque eso nadie se lo enseñó, la que empujó a Antonia a uncirse a su carro, como veréis.

Las primeras medidas que adoptó Julio al hacerse la luz en su cerebro fue vestirlas con pantalón vaquero, en todo tiempo, y con camisa y suéter según soplara el aire de la estación, introduciendo una moda que de puritana no tenía un pelo y sí mucho de astuta e inimitable. Porque si las otras lo enseñaban todo excepto el mejillón, los uniformes con que cubría las carnes somnolientas de sus putillas les daban ese toque de chicas locas capaz de engatusar a ciertos clientes.

Julio tenía bien puestas sus redes. Y a ellas iban a dar los que regresaban de las discotecas sin haberse podido pasar por la piedra ninguna chorva. Y en ese ardid no había macarra que pudiese igualarlo. Puede que ellas no supiesen ver lo ganado con la receta, como no eran capaces de comprender otras cosas, pero lo cierto es que no pasaba polla sabiendo leer que no quilara con alguna de ellas. Pues, si ya era raro que subiese a picarlas un gallo viejo, aún lo era más que les pidiese precio uno joven sin título de bachiller.

Seguía yo sin saber adonde iría a parar con tan larga historia cuando la interrumpió. En ningún momento había descuidado el portal de sus

inclinaciones y, agarrándome un brazo, dijo:

—Ahí está. Ven conmigo, y conocerás a Laurita.

Bajé a la calzada sin tropezar con la borrachera de un jorobado y tiré detrás de mi amiga. Vi que del bar de enfrente surgía el de la cazadora, y pronto estuvimos los tres junto a la chica.

Visto de cerca, Julio no se parecía en nada al lince que acababan de describirme. Era bajo de estatura, flaco y doblado de espaldas. A no ser que esto último lo debiera a la dosis de droga que se las cargaba. Tenía orejas grandes. Y una cara sumida y amarillenta que decía muy poco de su prosperidad. Y como sus piernas estaban en continuo baile sin ritmo ni compás, más daba la impresión de un pobre desnutrido a punto de desmayarse que la de un industrial. Yo sabía que las ganancias de Antonia se habían contado siempre en calderilla y que cualquier cosa le parecía mucho. Así que, al meter Laurita tres billetes de cien en los bolsillos de Julio, me dije que, si era aquel su porcentaje por el último polvo, su negocio dejaba mucho que desear. Yo desde luego no se lo envidiaba.

Se alejó con su cazadora al hombro, haciendo eses entre culos y espaldas, y nos quedamos junto a la chica Antonia y yo.

—Ya te veo, Laurita —le dijo Antonia—. Creí que no bajarías nunca. ¿Le has hecho pompito español, y no te encontraba el agujero?

—No digas chorradas, Antonia, y calla la boca. A mí no me dura veinte minutos ni el caballo del Cid —le dijo ella.

—Di lo que quieras, pero con el último se te ha parado el reloj. ¿Era maestro y te ha enseñado a multiplicar?

—Pues, mira, te equivocas. Porque era pintor y

me ha propuesto que le haga de modelo. ¡No sabes la que te has perdido!

—¡No me digas! ¡Con lo aburridas que hemos estado!

—Pues a ese lo he probado yo y te digo que le cabe un puño —siguió ella.

—No nos digas más, que nos va a dar algo —le dijo Antonia—. Mira, voy a presentarte a una amiga. Puedes llamarla Vicenta. Y si alguna vez viene por aquí trátala como si fuese yo.

La chica me tendió la mano y dejé que me estrechara el índice. No creáis que todo lo dijo tan de carrerilla como lo cuento yo, pues las palabras se le salían de la boca como babilla, y no dijo ninguna que no tuviese que repetir. Si ya era milagro que aquel cerebro tuviese lucidez para abrirla de piernas, el que además de eso fuese capaz de pensar tantas cosas me maravilló.

Tal como me había descrito Antonia, la chica llevaba pantalón vaquero, suéter azul y camisa blanca. Era una muchacha más bien bajita, con un buen culo y un par de ojos, no sabría deciros si grandes o pequeños, porque eran como dos cucharas según el rímel que llevaban encima y, según la droga, eran tan pequeños que no se le veían. También la boca la tenía pintada. Y los dientes enrojecidos por el carmín. Un bolsito de cuero le colgaba del hombro. Y cuando dejó de rozarme el dedo, volvió a jugar con una cajita de chicles. Y como sus piernas se asentaban en el suelo con igual firmeza que las de Julio, me dije que el mismo líquido que corría por las venas de uno paseaba por las de la otra. Muy ciegos debían ir los que no habían podido ligarse un coño en la discoteca para que Julio pudiese sacar partido. Pues, si Laurita se asemejaba a las discotequeras en lo exterior, las enfermedades que en las otras

sólo podían presumirse en ella eran visibles hasta a media luz.

—¿Qué, subimos? —me preguntó.

—Esta tarde, no —le dije yo, que aún no sabía lo que Antonia se llevaba entre manos.

—Puedo hacerte un francés mejor que nadie —me sugirió, sin dejar de dar vueltas a su chicle—. Aunque a ti te iría mejor el pompito español…

Me puse a mirar con qué par de tetas contaba aquella loba para cumplir lo que prometía, y no se las vi. Para lo segundo no estaba mal.

—De eso estoy seguro —le dije—. Pero otro día lo probaremos.

Laurita dio dos pasos alrededor nuestro, que fueron otros tantos zig–zag, y, tendiéndome la misma mano con que ya había intentado contagiarme, me dijo:

—¿Me das quince pesetas para chicles?

—¿Cómo puedes trabajar estando tan dormida? —le pregunté.

—¿Tú crees que para follar mejor que ninguna necesito estar despierta? Si cada vez que el pico me pone así no pudiese joder, apañada iba yo.

—Pero si estás que te caes… —seguí diciéndole—. Yo creo que el de hoy te ha sentado muy mal.

—Mal me ha caído, sí que es *verdá*. Pero me vas a dar las quince pesetas, ¿no?

Metí la mano en el bolsillo y seleccioné tres monedas de duro, guardándome el resto.

—Toma —le dije.

Era el primer dinero dado por mí a una prostituta, y lo hice consciente de que la chica me tomaba el pelo. Pero si pensaba estar engañándome al recibir algo a cambio de nada, era mejor que lo creyese así.

Laurita bajó de la acera y compró una caja de chicles al hombre que vendía tabaco, cerillas y

caramelos junto a la puerta del bar. Habló con alguien que apoyaba la suela de su zapato en la pared de enfrente, cuya cabeza le dijo no, y dando una vuelta sobre sí misma regresó a mi lado.

—Toma —me dijo, alargándome la cajita recién comprada—, todos para ti.

Al estuche le faltaban dos pastillas blancas. Me llevé a la boca una de las que quedaban y di las demás a Antonia, quien aprovechó para decirme por señas que nos alejásemos del portal. Por un momento creí que abandonaba cualquiera que fuese el asunto que nos había llevado allí. Pero ella primero, y yo después, nos apoyamos en la pared de enfrente bajo el luminoso del bar.

El chicle me escocía en la boca, pues era mentolado, y mi propio aliento me hacía lagrimear los ojos. Pensé en la necesidad que tenía Laurita de llevárselos a la boca de dos en dos, y lo comprendí.

Por las rejillas del acondicionador de aire surgían las bocanadas calientes del bar, cortándome la respiración, y me cambié de sitio, dejando a Antonia a mi izquierda, y a mi derecha y enfrente hedores de solar.

Una mujer rubia, con un bolso que manejaba como una honda, se acercó al jorobado y le dijo:

—Oye, Xepa, ¿es *verdá* que vas diciendo por ahí que aquella y yo somos boyeras?

—Mira —dijo el jorobado cerrando los puños como un boxeador—, déjame en paz o te meto el puño por la boca.

—Lo que me vas a meter es la jiba por el coño, *desgraciáo* —dijo la rubia, haciendo molinetes con su honda.

Hizo el jorobado ademán de echársele encima. Pero se detuvo a tiempo al ver llegar el bolso por encima de su cabeza, y rezongó ciertas cosas que

no llegué a escuchar. Porque, en ese instante, alguien que había oído el roncar de dos motos dio la voz de alarma y no quedó fulana sin escurrir sus carnes por el portal más próximo, o en las profundidades del bar. De manera que, cuando los dos policías se abrieron paso entre aquella multitud de pollas, estas estaban tan inmersas en su propio caldo como si hubiesen ido a batirse consigo mismas.

Cabecearon las motos de la pareja en tanto sus tripulantes buscaban a quién morder. Durante breves momentos la calle quedó a mi gusto, y supuse que al de mi amiga.

Una mujer asomó la cabeza por un balcón y lo cerró. Era la única que podía traerme a la memoria su maldito sexo. Y yo veía ante mí tantos rabos tiesos a los que echar mano como si la ley escrita viniese al fin a darme la razón. Pero la sensación de estar viviendo en un mundo propio duró lo que tardaron en apagarse los pistonazos de los motores. Porque del bar primero, y a continuación de los portales, las carnes de mujer volvieron a envenenar la calle, y mi amiga y yo volvimos a ser la excepción en aquel universo de clítoris encoñados.

Antonia me tocó en el brazo y me hizo mirar hacia un chiquito rubio que había puesto sus pantalones junto a Laurita. Uno y otro debían estar en la misma edad.

El chico tenía el talle demasiado largo para sus piernas. Y yo, que ya lo había visto rondar a mis espaldas mientras hicimos perder el tiempo a la chica con nuestra conversación, me puse a calcular la longitud de la verga que pretendía descargar en Laurita las secreciones de su decepción. Porque de eso no tenía la menor duda: o la noche anterior, o aquella misma noche, el rubio habría suspirado

desde la barra de una discoteca con pegarse un filete, y aún llevaría las bolsas llenas. Por lo que, no viendo más diferencia que un billete de mil entre la drogada de los vaqueros y las que dejó en parecido estado en la mesa del disco–bar, el nerviosismo con que la miraba, y miraba a su alrededor, como temiendo que alguien pudiese birlarle el coño, tenía una explicación tan clara como imposible de entrar en mi cabeza. Que aquel alma en pena tuviese la vocación de envenenar su clítoris en el caldo de cultivo de la fulana me resultó tan desagradable que dejé de mirar.

Julio estaba de pie en la esquina, junto a otro socio de su mismo pelo pese a que llevaba traje de chaqueta y un bigotito de lo más bien. Correspondía a la esencia de su negocio que mirase adonde había dejado de hacerlo yo. Y, al pasar el rubio de los vaqueros, nuestros cuatro ojos coincidieron en él: los míos en el culo que un pantalón estrecho le redondeaba, y los dos de Julio en adivinar cuál de los bolsillos contendría el billete en que valoraba el chocho de Laurita.

El rubio no fue muy lejos. Pero, de haberse ido a la otra parte del barrio, ni a Antonia ni a mí nos hubiese engañado. Que subiese con Laurita en seguida, o que lo hiciera veinte minutos después, sólo dependía de que otra minga tan decepcionada como la suya se le anticipase. Y en ese momento yo no la veía por parte alguna. Así que, al verlo regresar con ademán resuelto, supuse que no pasaría de largo sin husmear a la chica. Y Antonia también.

Vestida con un traje verde cuya falda apenas le cubría dos muslos blancos en los que había carnes para hacer otros tantos cuerpos como el de Laurita, la rubia que había intentado enderezar la espalda del jorobado hablaba con la chica. Aquella

loba la había arrastrado al hueco de la escalera, de donde la devolvió al trabajo cuando las ruedas de los motoristas dejaron de pisar la calle. Y al acercarse el rubio, se mudó de portal. No creo que lo hiciera por sentirse inferior al retaco que acompañaba. Pero ver la cara de panoli que llevaba el rubio debió bastarle para intuir que aquel pajarito no era cosa suya.

Si el tiempo transcurrido hubiese despejado la mente de Laurita como despejó las dudas del chaval, este no habría tenido que hablarle dos veces, ni llevársela del brazo hacia las tinieblas del interior.

Aún veía yo los pantalones del chico a través de la reja que ventilaba los escalones, cuando me dijo Antonia:

—Bueno, vamos a subir.

—¿A subir? —le dije yo—. ¿Quieres decir por esa escalera?

—Claro —me contestó—. ¿A qué crees que hemos venido?

—Yo no sé a qué habrás venido tú —le dije, soltando la mano que me empujaba—, pero si crees que voy a perder la salud por verle a esa tía el coño, te equivocas.

—Qué coño, ni qué niño muerto —me dijo ella —. Lo que vamos a ver es un plátano que dice cómeme.

Desde que Antonia empezó a cosernos en su sastrería todas coincidimos en que era mamona. Y que siguió siéndolo en los recreativos era de dominio público sin que ninguna lo criticase. Ahora bien, que fuese capaz de llevarse a la boca un clítoris encharcado me hizo sentir tal asco que repliqué:

—¿Cómo eres capaz de meterte en la boca un plátano así? Porque no irás a decirme que cogerás

al chico recién lavado…

Otra que hubiese ido a lo que saliera no le habría hecho tales preguntas. Pero yo era entonces de las que querían saber el final de la historia, y todo me decía que aquel desenlace no me iba a gustar. Lo único que veía ante mí era un portal más negro que la muerte y un chocho que, además de meado como los demás, sería un depósito de microorganismos. Y yo no estaba dispuesta a salir escaldada.

—¿Y qué, si no lo cojo recién lavado? —me dijo—. Además, que no sé de dónde te has sacado esa idea. ¡Como si el chico no tuviese una boca y un culo, lo mismo que nosotras!

Si yo hubiese sabido entenderla entonces, Vicky seguiría mariconeando en Tánger y no poniéndome verde donde Dios la tenga. Y si no niego que la bragueta me dio una coz al oír mencionar los agujeritos, también os digo que fue mi cabeza quien la frenó.

—O sea —le contesté— que lo que me propones es que, una vez rebozado en caca, nos tiremos sobre él.

Una mano cerró los balcones del segundo piso, y Antonia irguió la cabeza. Las rayas amarillentas de las rendijas debieron parecerle más seductoras que a mí, porque dijo:

—Bueno, ahora no tengo tiempo para más detalles. ¿Vienes conmigo, o qué?

Y yo le dije que primero me lo dejaba cortar que subía con ella.

—Entonces tómate una copa, que no tardo ni veinte minutos —me dijo.

Antonia cruzó la calle en cuatro zancadas y subió los escalones de dos en dos. Lo que para una maricona en sus años me pareció una proeza, ya que no una prueba de las exquisiteces que la

esperaban arriba.

Así que al quedarme sola me refugié en el bar y pedí una cerveza de botellín. Sólo había entrado para eludir que otra guarra me contagiase, y no era cosa de tentar la suerte bebiendo todas en el mismo vaso.

El mostrador daba vuelta al local, cerrándose en sí mismo, y dos hileras de sillas arrimadas a las paredes ofrecían asientos de madera a las que quisieran tomar respiro entre polvo y polvo. Una abertura en la pared del fondo daba acceso al pasillo aclarado por un neón que iluminaba cuatro puertas cerradas a cal y canto. Un conglomerado de botellas poblaba los estantes sobre los rizos del camarero. Y como al entrar con la cabeza gacha no me fijé en el tocadiscos, la primera noticia que tuve de él fue el sonar de su música a mis espaldas.

Yo creo que la puta que le dio marcha lo hizo en mi honor, porque al darme la vuelta comenzó a moverse por la cintura. Yo cerré los ojos para evitar que fuera hacia mí creyendo que me lo estaba empinando, y también por temor a sus malas pulgas si se daba cuenta de lo contrario.

Tanto ella como la loba del vestido verde, que yo seguía viendo a través de la puerta, tenían las carnes blancas y unos muslos capaces de aplastar el pecho de cualquiera. Pero la del bar se cubría con un vestido entre cuyas mallas se clareaban los dos pezones, y unas braguitas de color blanco que no pasaban inadvertidas. Era el ejemplar más opuesto a Laurita de cuantos quilaban en el lugar, y de dormida no tenía nada. Pues viendo que sus contoneos no me arrancaban del taburete, me dio la espalda y los dirigió a la calle.

Debía estar el disco en sus últimas vueltas cuando entró uno de los que pasaban. Y como la

puta lo recibió en la máquina y él puso las manos en el ingenio para hablarle al oído, poco faltó para que follaran a orillas de la música.

En cuatro palabras se pusieron de acuerdo. Atravesó ella el bar, arrastrando tras sus meneos a quien acababa de comprárselos y, al llegar al pasillo, los perdí de vista.

Volví a mi cerveza, llevándomela a la boca de vez en cuando. Y en los diez minutos que tardé en bebería nadie se acercó al pasillo ni salió de él.

Dejé la botella y me fui a la calle sin despedirme del camarero. Ya le había pagado la consumición, y él estaba de palique con otra furcia que había echado la cabeza sobre el mostrador.

A quien no parecían quedar rastros de su somnolencia era a Julio, que estaba tan próximo al portal como se lo permitían la rubia del vestido verde, otra de piernas flacas y boca de hombre, y los tres zánganos que las miraban.

—Qué, pollos —les dijo la rubia—, ¿subís los tres con nosotras dos?

—Estos no vienen más que a reírse —dijo la ronquera de la otra—. ¿No ves que tienen cara de maricones?

—¿Cómo vamos a subir con vosotras, si dice mi amigo que tú eres travestí? —le contestó uno de ellos.

—Claro que soy travestí —le replicó ella. Y llevándose las manos a una pelambrera que parecía de origen africano, aunque era bisoñé, añadió—: ¿No te das cuenta que soy Orsouei?

Pese a lo mal que lo pronunció, el chaval debió recordar el personaje que pasaban por aquellos días en televisión, y dijo:

—¿Pues qué haces aquí? Cualquier día de estos te van a cortar el pito…

—Para meteros por aquí abajo a ti y al maricón

de tu papaíto no necesito que me corten *ná*.

Y al terminar de decirlo se levantó la faldita a dos palmos de los tres sujetos, y les mostró una mata de pelos tan salvaje como el de la cabeza, pero natural.

—Cabrones —añadió, chasqueando los dedos —, largaos por ahí a reíros de vuestra puta madre.

Yo me hubiese marchado, pero mucho más lejos. De momento eran tres, y ellas sólo dos. Pero había demasiados mirones para no suponer que al menos la mitad eran de navaja, y debieron pensar que no valía la pena enfrentarse a ellos ni siquiera por una madre. Julio no abrió la boca. Ni la lagarta del vestido verde, ni la flaca con voz de hombre eran, según Antonia, mujeres para él.

Y pensando en mi amiga apareció Laurita en el fondo de la escalera. A mí no me pareció más dormida que antes, pero menos tampoco. Así que me di a pensar en qué habrían pasado el tiempo, y no encontré respuesta satisfactoria.

Lo que tampoco podía sospechar es que Julio tuviese en la cabeza las mismas cosas, porque fue verla y tender la mano sin dar tiempo a que se apoyara. Y como ella volvió a llenarla con tantos billetes como la otra vez, comprendí que su trabajo no sólo consistía en verla salir sin ningún rasguño. Cualquiera que hubiese subido con la idea de pegar un polvo e irse sin pagar no habría pasado de la escalera. Porque Laurita era siempre la primera en bajar, y nadie la abandonaba sin su visto bueno.

Yo me acerqué al portal, en el momento en que Julio doblaba los billetes y se alejaba de él, dejando el campo libre para más braguetas. Y como la mía tampoco era válida para su negocio, me recosté entre Laurita y un bar como si nada tuviese que ver con ella.

El primero en asomar instantes después fue el rubio, quien la despidió con besos en la mejilla. A continuación lo vi marcharse moviendo el culo con la misma gracia, y quedé tan a oscuras de lo de arriba como antes de verlo. Cualquier cosa que pudiera contarme Antonia sería verdad, y todo lo contrario. Y era tonto preguntárselo al chico, porque no querría hablar de otro asunto que no fuese del coño, y eso a mí no me interesaba.

Una fulana paseó por delante de mí. Y sus ojos me miraron dos veces por detrás de sus gafas. Dejé de mirarla para evitarme peores males. En ese momento apareció mi amiga, con la cara congestionada y las ondas recién hechas. Pasó junto a Laurita sin decir palabra y, bajando la acera, se fue hacia el bar. Compró una caja de chicles al de los tabacos, se llevó uno a la boca, me hizo señas que la acompañase y nos fuimos las dos. Dejamos atrás un bar en el que sólo vi a hombres jugando a las cartas, y en menos de un minuto salimos del barrio.

Ya en la Avenida llené los pulmones y dije:

—¿Qué, cómo te ha ido?

—De primera —me contestó—. Esa chica vale lo que pesa en oro.

Yo conocía demasiado a Antonia para saber que no pagaría ni en kilos de carbón, pero la dejé continuar.

La idea que explotaban las tres comadres, si es que Julio intervenía en ello, no era original. A mis cuarenta años de maricona no podían sorprenderlos con nada aquella prostituta sin más méritos que su disfraz, ni Antonia con sus remilgos. Pero que hubiesen puesto en práctica algo tan viejo, y que les fuese bien, me dio tres patadas en los ovarios. Yo sólo lo había pensado. Y ellas, más ignorantes, lo habían convertido en un

sistema cuyo éxito aseguraba la intuición de Laurita.

La casa del segundo piso disponía de una habitación pared con pared con el mismo retrete que ocupaba Antonia no bien la chica y su cliente entraban en ella. Y como habían hecho un orificio, cuya salida disimulaba el papel pintado, mi amiga sólo tenía que pegar el ojo para tener una panorámica en tres dimensiones de la cama y sus ocupantes.

A otra le hubiese bastado disfrutar las posturas que ensayaba Laurita para su recreo. Pero era una loca con alianza y quiso saber si también a los otros se les abría el culo lo mismo que a ella. Y si Conchita le metía el dedo para conseguir que la empitonara, logró de Laurita que hiciese otro tanto con los clientes de su elección.

Durante algún tiempo todo se redujo a disfrutar del coito, tabique de por medio, y de un orgasmo que soltaba el grifo sin más salpicaduras fuera de él.

Yo conocía lo suficiente a Antonia para saber que no se hubiese atrevido al siguiente paso sin que la empujasen. Pues una de esas tardes en que la chica calibraba un culo la interrumpió el labriego que minutos antes la había dejado, quien al parecer extravió entre las sábanas el billete del autobús. Pero sea porque a su culo aún le escocían las picaduras, sea porque el otro las tenía recientes, compusieron una escalera en que la polla del viajero hizo de tercer peldaño.

A partir de esa tarde bastaba que Laurita hiciese una seña para que Antonia supiese que podía entrar por el sitio indicado. Ni siquiera tuvieron que forzar la mente: la excusa les pareció tan buena que mi amiga no utilizaba otra. Y como tampoco tenía que esforzarse mucho para poner

por las nubes la erección del de turno, de tres veces que entrase dispuesta a todo en dos de ellas sacaba su parte.

—¿Y el rubio de hoy se ha dejado dar? —le pregunté.

—Qué coño. Ni yo a él, ni él a mí. Dice que del culo no quiere saber nada. Y yo le he dicho que por mí podía guardarlo en alcanfor.

—¿Entonces?… —pregunté de nuevo.

—Has hecho bien en no subir conmigo, porque tú no se la habrías mamado, y otra cosa no he podido hacer —me contestó.

Se llevó una nueva pastilla a la boca, y seguimos hablando.

Paqui me telefoneó a casa dos días y algunas horas después que Antonia me condujese junto a Laurita. Y al sonar los primeros timbrazos yo estaba en la bañera pensando en la chica.

Me envolví en la toalla y abandoné la nube de vapor, diciéndome que, si era una de las tres mosconas, buena la llevaba. Yo había roto de una vez por todas con aquellos paquetes de mantequilla y no pensaba volverme atrás.

Porque ya no era Paqui quien ocupaba el lugar de Vicky, sino cualquiera de aquellos culos que se tiraba Antonia siempre que podía. Yo no me tenía por más tonta que ella. Y si Laurita los ponía en trance mientras la jodían, más gusto iba a darles yo con mi dedo que ella con el suyo, pues no conocía a nadie que habiéndolo probado se hubiese vuelto atrás, y sí a muchos que repetían. Para mí era tan buena la cama del burdel como mi propia cama, y allí tendría donde elegir.

En esas estaba cuando fui al salón con los pies descalzos. Era mi forma de andar por casa cuando la estación me lo permitía y me dije al descolgar el teléfono que en la habitación de Laurita no podría hacerlo sin una buena fumigación.

—¿Sí? —pregunté a quien quiera que fuese, dispuesta a decir que no.

—¿Es usted? —me dijo una voz que parecía haberse equivocado.

—¿Y quién es ese usted? —volví a preguntar.

La voz no sonó a ninguna de las que recordaba. Ya estaba por colgar, cuando volvió a decirme:

—¿No es usted quién me dijo que la llamase? Soy Paqui.

Todos los pensamientos que yo tenía se vinieron abajo al oír el nombre. Así que cambié imágenes y tono, sustituyendo el burdel por el cuarto de los masajes y la brusquedad por una voz amable, y dije:

—¿Eres Paqui? Creí que ya no ibas a telefonear.

—Pues la llamé al día siguiente, pero usted no estaba. Yo me lo veo igual, y no sé qué hacer. ¿Cuándo podría verla?

Yo sabía que me estaba mintiendo. Y su disculpa no me disgustó. Si lo que deseaba era quedar bien, no sería yo quien se lo impidiese.

—Es posible, porque no estuve en casa. Un momento —hice como que consultaba mis compromisos, y añadí—: Mira, hoy es jueves y a partir de las siete lo tengo libre. ¿Por qué no pasas por aquí?

—¿Por su casa? —me preguntó.

—No, no. Vé a la clínica. La dirección te la escribí en el papel. Aquí no tengo nada con qué mirarte —le contesté.

—Como usted me dijo que fuese a casa…

—Pues lo entenderías mal. Ven a la clínica, y ya hablaremos.

—Entonces, ¿a las siete?

—Sí, eso es. Llama al timbre que te estaré esperando.

Paquita me respondió con un hasta luego del que perdí las últimas sílabas, y me colgó. Supuse por la hora que alguien estaría reclamando su sesión de masajes y lo comprendí, diciéndome que, si conseguía sacarla de aquel palacio, pronto aprendería a vivir con mayor sosiego.

La mujer que venía ocupándose de la casa desde que Vicky dejó de hacerlo se había ido ya, y me dispuse a prepararlo todo empezando por la bañera. Retiré de esta todo rastro de vello para que Paqui no le hiciese ascos, cambié las toallas por otras secas y me perfumé. Y diciéndome que podía meter las narices donde quisiera, elegí uno de los suéters de la Manoli y me fui a la ciudad. No era mi costumbre comer fuera de casa, de la que salía con el tiempo justo para atender la clínica, y la mujer dejaba en la nevera comida suficiente para tres como yo. Pero el olor de sus guisos se pegaba a la ropa, y no quise entrar en la cocina.

Así que me senté en el restaurante de un par de locas, y respiré un ambiente tan perfumado que se podía etiquetar.

—Chica, lo veo y no lo creo —me dijo una de ellas, sentándose al otro lado de la rosa blanca—. ¿Dónde has dejado a Josi, que vienes sin ella?

Aunque no lo creáis, Feli llevaba smoking y cuello de pajarita, lo mismo que su socia, y ambas habían recibido local y decoración de un industrial que respiraba aires de medio mundo y que rara vez se acostaba con ellas.

—Deja a Josi que vaya por donde quiera —le dije yo—. Al fin y al cabo no somos siamesas.

—¡No irás a decirme que habéis terminado! —me dijo ella, intentando abrir muchísimo los ojos.

—Eso el tiempo dirá —le contesté.

—¡Uy, uy, uy! ¡Pero qué mal os veo! ¡Qué mal! ¡Con las veces que hemos dicho que erais la pareja ideal! —me dijo, haciendo a un lado la flor.

—Ni que hubiese sido Josi mi primer amor —le dije.

—No seguirás pensando en Víctor, ¿verdad? ¡A ver si lo que tienes es nostalgia, y nos estás

engañando a todas! —me dijo ella.

—¿Y qué, si la tuviese? Yo a nadie obligo a venir conmigo, ni hago promesas que no vaya a cumplir. Y tráeme el menú, que tengo prisa.

Si cuando Vicky me reprochó en sus cartas el que fuera por ahí ofreciendo fortunas hubiera conocido las mañas de Feli, no habría escrito así. A mí de esos reproches podía hacerme pocos. Y comparada con ella, ninguno.

—¿Desde cuándo necesitas conocer el menú? —me preguntó.

—Pues, mira, desde hoy —le contesté.

—¿Ya has dejado las sopas y los pescados de tu dieta? ¡Cuándo se lo diga a Josi no se lo va a creer! —me dijo, alargándome el menú de la mesa contigua.

Abrí el cartapacio por la mitad. Y antes de ensimismarme en su lectura le dije:

—A ver si crees que tengo que dar cuentas a nadie de lo que como.

—¡Bien que le exigías a ella que tuviese cuidado! ¿O ya no te acuerdas? —me dijo, haciendo señas a su socia.

—Anda —dije a la recién llegada—, tráeme almejas y un entrecot. Y llévatela de aquí, que me está dando la tarde.

Ella anotó en su libreta por formulismo, y me preguntó:

—¿Agua mineral?

—No. Una botella de vino, fresas con nata y café —le dije, cerrando el menú.

—¿Todo para ti? —dijo Feli, llevándose la flor —. ¿No tienes miedo que te dé el infarto?

—No, si Dios quiere. Ojalá tuviese el clítoris como el estómago —le contesté.

Salí del restaurante como lo calculé: con el

rostro encendido y con tantas reservas en el estómago como si fuese a enfrentarme con las cumbres del Everest. Con la carne y el vino que llevaba dentro incluso mi cuerpo parecía más joven. Y desde luego mucho más potente.

Anduve a paso lento el kilómetro largo. Y al llegar a la clínica me tragué un analgésico. A consecuencia del paseo, o de la comida, notaba en las sienes un par de martillos. Pero en modo alguno me sentía enferma.

Durante las dos horas que duró la consulta diagnostiqué chancros y psoriasis y alguna dermatitis en ingles y axilas, de las que me lavé cuidadosamente. De las aprensiones que había padecido no quedaba rastro, a excepción de su triste recuerdo. Así que, al restregarme con jabón y cepillo, yo sólo pensaba en lo de después. A mí me bastaba un simple catarro para ocultarme de las demás, y nunca he tocado ni besado a nadie con la ligereza que he visto en otras. Yo no me hubiese atrevido a pasarle a Paqui las manos por la cara sabiéndolas sucias. Y no tenía muy seguro que fuese capaz de hacerlo pese a los restregones que les prodigué. Ya creo haberos dicho que pocas cosas me gustaban tanto como dejar que Vicky jugase con mis pies, y también el cuidado que yo ponía en dejárselos cerca sin ningún reparo.

A las seis y media receté una pomada al último glande que cayó en mis manos y llamé a la enfermera.

—¿Queda alguien por visitar? —le pregunté.

—No. Había dos más, pero no han venido —me respondió.

—Entonces, puede marcharse —le dije—. De las luces ya me encargo yo. Ha venido un enfermo sin boletín. ¿Se lo ha dicho usted?

—Sí —me dijo ella.

—Pues pásemelo mañana, en cuanto lo traiga, o no nos pagarán. Buenas tardes —le dije, poniéndome a revolver papeles.

—¿No quiere que le ayude con las fichas? —me preguntó.

Era su trabajo de todos los días, y casi su única justificación. Pero esa tarde la privé de ella.

—No se preocupe, ya las ordenaré —le dije—. De todas maneras tenía que quedarme. Hasta mañana.

Oí sus pasos en el corredor, y el ruido del cerrojo y el portazo, quince minutos antes de las siete.

Aguardé la aparición de Paqui moviendo papeles durante diez minutos. Y cuando creí haber hecho lo suficiente, me incorporé.

Un conductor maniobraba con su vehículo entre otros dos. Y en ese momento llamaron a la puerta. Me restregué el sudor de las manos en la bata, encendí la luz del pasillo iluminando las cerámicas de las paredes, los cuadros y las salas de espera, y al llegar al recibidor prendí la luz sobre el paisaje al óleo. Eché un vistazo. Volví a secarme las manos y abrí la puerta.

Paqui se había echado por encima el jersey, anudando las mangas, y sus rizos parecían de laca. Había levantado el brazo para tocar el timbre, y al verme lo bajó.

—¿Cómo estás? —le dije, cogiendo casi al vuelo la mano que descendía.

La arranqué del rellano de la escalera, y cerré la puerta.

—Creí que no había nadie —me dijo ella—. Le he preguntado al portero y me ha dicho que no sabía.

Yo le solté la mano. Y poniéndole la mía en el hombro izquierdo le dije:

—¿Cómo no iba a estar, habiendo quedado contigo?

Me puse junto a ella, tras hacernos un pequeño lío, e hicimos juntas, y casi abrazadas, el camino del corredor. Yo estaba orgullosa de todas las piezas, pero ella no se detuvo ante ninguna. Miré de reojo su pantalón, y dejé de hacerle cualquier reproche.

—¡Qué pasillo tan largo! —comentó, estrechándose contra mí para que su hombro derecho no derribase nada.

La coloqué un poco delante, sin que pareciese que caminaba tras ella, y le dije:

—Veintidós metros. Así que quien llama ha de tener paciencia.

—Yo sólo lo he hecho una vez —me aseguró.

La apreté un poco más al pasar por la puerta de mi despacho, y cerré al entrar. Tras la soledad que habíamos dejado a nuestras espaldas, a Paqui debió parecerle que la introducía en el sepulcro de la pirámide. Y lo primero que alcanzó a ver no pareció confortarle el ánimo. Porque, señalando las tres calaveras que yo guardaba bajo cristal, me dijo:

—¿Qué es eso?

—Un regalo —le dije. Y sonriendo, añadí—: Pero no te preocupes, que están muertos.

Ella sonrió también. Y sin mirar las docenas de libros que ocupaban los estantes, encima de los huesos, me preguntó:

—¿Aquí es dónde ve a sus enfermos?

—No —le respondí—. Aquí sólo pasan los que tienen prisa.

Paqui miró la bata de la enfermera, y los zapatos al pie de la percha, y dijo:

—¿Trabaja alguien con usted?

—Claro —le dije yo—. Una chica. Hace quince

minutos que se ha marchado, y hasta mañana no volverá.

—¿Y por qué una chica? —volvió a preguntar.

—Porque no quiero mezclar el trabajo con el placer —le respondí, recordando las veces que Vicky me reclamó el puesto.

El timbre de la puerta me hizo enmudecer, cuando me disponía a soltar mis ideas sobre el asunto, quedándonos en silencio. Paqui bajó la vista, tal vez creyendo que iba a dejarla sola. Al sonar el timbre por segunda vez, me preguntó:

—¿No abre?

Pensé en los enfermos rezagados, y dije:

—Ya se cansarán. Estas no son horas de venir a la consulta.

El despacho de la enfermera, o más bien de mi archivadora y bibliotecaria, pues de medicina sabía tanto como yo de música, comunicaba directamente con mi consulta a través de una puerta. Y por ella pasamos Paquita y yo.

Visto desde la entrada, mi lugar de trabajo tenía más aspecto de quirófano que de cualquier cosa, con su sillón metálico abatible, la cama donde tendía a los enfermos, y un potro tan articulado como si fuese a quebrar los huesos de quien subiera a él. La mesa de caoba, el sillón giratorio y los estantes de libros estaban a la izquierda, y sólo se veían inmediatamente cuando se llegaba por el corredor.

Paqui se acercó a la vitrina, detrás de cuyos cristales conservaba yo más instrumental del que necesitaría el servicio de urgencias de un hospital, y me dijo:

—Todo esto no será para mí, ¿verdad?

Dejé por unos instantes que se mortificara. Y en lugar de respuesta, di un golpe al sillón y dije: ¿Aún no lo he visto, y ya quieres saber lo que voy

a hacerte?

—Mire que yo no he ido ni aun al dentista —me advirtió.

Dejé que volara su imaginación, y dije:

—Siéntate, y no te preocupes, que en esta clínica aún no he matado a nadie.

Para verle la verruga yo necesitaba tanto sentarla al sillón como la luz de la lámpara que le enfoqué en el rostro. Pero, de haber tenido la mínima excusa para hacerle probar los hierros del potro, la hubiese sentado en él.

Ella crispó la cara bajo la luz y cerró los ojos. Le estiré la piel. Le rocé la verruga. Se la apreté.

Y cuando me pareció oportuno, le dije:

—Eso lo quitamos ahora mismo con el bisturí. Levántate, que no tardaremos ni media hora.

Apagué la luz para que pudiese abrir los ojos. Levanté el sillón, y le di unos golpecitos en el hombro.

—Entonces, ¿es verdad que hay que cortarlo? —me preguntó, sin el menor asomo de abandonar el asiento.

—Yo no he dicho que haya que cortar —le dije —. Lo que voy a hacer es quemarlo. Si lo que te da miedo es la sangre, te aseguro que no saldrá ni gota.

—A mí me da miedo todo. La última vez que me pusieron una inyección le rompí la aguja al practicante —me respondió.

Yo tenía para ella otros planes, y en ninguno entraba su pasado. Así que diciéndome que de allí a la noche ocasión tendría de acobardarla más, le apreté el brazo con resolución y, tirando de ella, le dije:

—Anda, baja de ahí y tiéndete en la cama. Y no seas miedosa. Pórtate bien, y esta noche cenaremos juntas.

—Sí, para cenas estaré yo —me dijo, levantándose.

Yo extendí la sábana y ordené con mayor gravedad:

—Desnúdate el pecho y acuéstate.

Dejó suéter y camisa sobre el sillón y tendió a lo largo su adolescencia. Y como yo sabía que debajo de los pantalones no tenía más vello, me dio la impresión de habérmelas con una pajarita de aguas antes de echar las plumas.

—Coge esto —le dije, tendiéndole la pastilla de plomo.

Paqui se la apoyó en el pecho, y miró con aires de alelada la jeringuilla.

—¿Qué va a hacer? —me preguntó.

—Anestesiarte —le contesté. Hice salir un par de gotas por la aguja, y añadí—: Anda, cierra los ojos y ya te diré cuándo tienes que abrirlos.

Clavé la aguja y apreté el émbolo con lentitud. Diez minutos más tarde me aproximé a aquel rostro que parecía de cera y le apliqué el bisturí. La carne chisporroteó, desprendiendo volutas de humo sobre los rictus y muecas de Paqui. Desprendí las partes quemadas con el punzón, y penetré en la carne hasta verla limpia.

—Te he hecho un buen boquete —le dije, al concluir.

—¿Me quedará cicatriz? —me preguntó, abriendo los ojos al sentir la pomada.

—Ponte esta pomada todos los días —le dije, mostrándole el tubo—, y no te preocupes. En cuanto cicatrice y te dé el sol nadie lo notará.

Dejé que Paqui saliera del susto sentándola en mi sillón y borré el olor de asado abriendo la ventana. Puse todo en su sitio para evitar deducciones de la enfermera y, cuando creí tenerlo en orden, le tendí la camisa y el jersey. Y como la

vi bañada en sudor le dije que se abrigase.

Pese a que ella me pidió un espejo, no se lo di. Las había visto más valientes perder la cabeza, y lo de Paqui no tenía mejor aspecto. El pozo abierto por el bisturí se había tragado doble pomada de la normal, escurriéndose mejilla abajo sobre la hinchazón, y el párpado le cerraba el ojo casi por completo.

—¿Te duele? —le pregunté.

Ella se llevó la mano a la mejilla, y la detuvo a un centímetro.

—No —me dijo—. Lo que noto es un peso muy grande.

—Eso es la Novocaína —le dije, cogiéndole la cara con ambas manos.

Me devolvió el beso que le di en la boca con menos energía que voluntad, y me preguntó:

—Y, ¿qué ocurrirá cuando pase el efecto de la anestesia?

—Pues no ocurrirá nada —la calmé—. Porque, como entonces estarás conmigo, ya te daré un remedio.

No sé si por Paqui habría pasado en algún momento la idea de decirme adiós al salir de la clínica, porque me preguntó:

—¿Usted cree que me dolerá?

—Mujer —le respondí—, el agujero que llevas no se lo hemos hecho a la pared —y viendo que mi reflexión iba por buen camino, añadí—: Ahora vamos a cenar juntas, y más tarde veremos. No creo que surjan complicaciones, pero en casa tengo lo indispensable, y una cama no te faltará.

Volvió a llevarse la mano a la cara, y fue entonces cuando me pidió el espejo.

—No estás tú ahora para ponerte delante de un espejo —le contesté—. Deja que pasen diez días, y olvídate.

—¡Diez días! —exclamó—. ¡Cuándo lo sepan las del Acuario me matan! Yo que les he dicho que sólo iba a que me lo viese…

—Pues eso se arregla muy fácilmente —le dije—. Te despides de los masajes durante quince días, y te vienes a vivir conmigo todo ese tiempo.

Le di la espalda, dejando que entrase en su cabeza mi proposición, y la invité a seguirme desde la puerta.

El ascensor bajaba de vacío. Dejé pasar a Paqui y me puse a su lado.

Descendimos uno tras otro los cuatro pisos mirando las paredes del artilugio. Y al salir tropezamos con la cara de una mujer y los hocicos de un perro.

—Perdone —les dije yo, haciéndome a un lado.

La mujer no contestó. Paqui salió detrás. Y mientras caminábamos por el suelo de mármol oímos las ruedas del carrito y el estrépito con que la vecina cerraba el ascensor.

Pasamos junto al portero, que estaba en el umbral hablando con otro, y le saludé. Yo llevaba veinticinco años ejerciendo la medicina en aquella casa, y de todos sus moradores sólo sabía que este practicaba el celestineo con hombres y mujeres de la misma calle. Con el resto de los vecinos sólo había cruzado saludos corteses, y débiles sonrisas con los muchachos, a algunos de los cuales estuve espiando de piso a piso, viéndoles crecer hasta que se mudaron.

Anduvimos algunos metros. Y cuando los perdí de vista, hice parar un taxi. Nunca me había importado dejarme ver con Vicky. Pero de aquello hacía ya la friolera de veinte años, y no quería llamar la atención.

Di la dirección del restaurante y puse mi mano en el muslo de Paqui.

—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—Ya te he dicho que, si te portabas bien, te invitaría a cenar —le contesté.

—Pero en el Acuario me estarán esperando… —me advirtió.

—No creo que a estas horas haya mucha gente con ganas de masajes —le dije yo.

Ella me miró con su ojo más abierto, y retiré la mano. Si lo que esperaba eran seis billetes, debía tener cuidado con mis galanteos.

—A estas horas, no —me dijo—. Pero siempre hay quien cae, después de cenar.

—Pues haz una cosa —se me ocurrió—. Llamas por teléfono desde el restaurante. Y si hay alguien preguntando por ti, te vas.

Ahora que sabía cuánto esperar de mí, tampoco era cuestión de enfriarle el ánimo haciéndole creer que eran los ascos a su pomada lo que me hacía hablarle así. La verdad es que su cara no tenía muy buen aspecto, y que esa noche ni siquiera el jorobado de Notre–Dame se hubiese dejado masajear por ella.

Paqui debió comprenderlo tan bien como yo, porque me dijo:

—Sí, ¿adónde voy yo con esta cara? ¡Cualquiera se mete en la bañera conmigo!

Imaginé el efecto del agua caliente sobre la pomada, y asentí.

—Ya sé lo que quieres decir, pero a mí no me importaría —le dije.

—Usted porque sabe que no es un mal malo —me dijo ella—. ¿Pero, a quién le digo yo que es una verruga?

Le di dos golpecitos en el muslo y le dije que no se atormentara.

—Ya se encargarán de atormentarme las otras, no se preocupe —me respondió.

Lo de tomarse unas vacaciones de quince días viviendo conmigo, no lo repetí. Aquella ninfa estaba tan inútil para su trabajo que, si las del Acuario no querían darle comida gratis, tendrían que cedérmela. Al menos hasta ponerse de mejor ver.

Entré en el restaurante y dejé que Feli se me acercara. Y no precisamente para sentarnos, pues todas las mesas estaban vacías, sino para que viese de cuerpo entero la princesita que me acompañaba.

—¡Ah, amiga! —me dijo, estrechándome la mano—. Vísperas de mucho, fiestas de nada. Hoy has venido dos veces, pero ya veremos cuándo vuelves.

A Feli le había crecido un clavel rojo en la solapa y, al fijarse en Paqui, se llevó la mano a la cara y exclamó:

—¡Jesús Bendito! ¿Qué le han hecho a esta moza en la cara?

La estreché más aún, y dije:

—Nada que yo no arregle, excepto llegar a vieja como tú y yo.

—Ya me gustaría tener sus años, y lo pasado, pasado —dijo ella—. Con su cuerpo y lo que yo sé…

Y como esto último lo dijo dándome un codazo, me encogí bajo el golpe. Y llevándome la mano a la billetera le respondí:

—Pues menos mal que no está en tu pellejo. Anda, tráenos un aperitivo antes de cenar, que acabo de operarle una verruga y un poco de alcohol le caerá bien.

Feli miró a Paqui y me miró de nuevo, moviendo la cabeza como si acabase de ponernos en los dos platillos de una misma balanza, y nos abrió paso hacia una mesa en la que sólo seríamos

vistas por quien se acercara. Y aunque estuve tentada de decirle que nos sacase de aquel rincón, no lo hice así. Más pronto o más tarde correría la voz de mi nuevo apaño sin que las marmotas que frecuentaban su restaurante tuviesen que envidiármela esa misma noche.

Cuando la socia se acercó con los aperitivos, mi mano y la de Paqui estaban juntas sobre la mesa y siguieron así.

—No sé si lo encontraréis muy fuerte. Feli me ha dicho que tengas cuidado con la criatura —me dijo, poniendo las copas a nuestro alcance.

—Y eso ¿por qué? —le dije yo, revolviendo la aceituna con el palillo.

—Como es tan niña, a lo mejor no tiene experiencia y le sienta mal —me respondió, dejando en la mesa un plato de mantequilla en porciones y otros dos con saladitos.

—Pues dile que, si no tiene experiencia, ya la tengo yo —le contesté.

Yo no había buscado aquello, puesto que mi único propósito fue cenar con Paqui y hacerlo bien. Pero me dije que, si las socias deseaban divulgar el chisme, lo mejor sería que lo hiciesen pronto. Así que, desde el momento en que mi protegida hizo entrar la aceituna en su boca hasta que se limpió la crema del café con la servilleta, mis manos hicieron tantos viajes a su mejilla como si la salud de la princesita dependiera de sus sortilegios.

—¿Qué tal la cena? —me preguntó Feli, poniéndome la cuenta ante los ojos cuando se la pedí.

—Buena, pero os habéis pasado con la pimienta. ¿Cuánto te debo? —le pregunté.

—Míralo tú misma. Ahí tienes la nota —me contestó—. Pero mírala bien, no me haya

equivocado.

Y yo, que conocía poco menos que al céntimo lo que podía costar una cena así, en lugar de dejar los tres billetes y aguardar el cambio, me puse las gafas, cogí la nota y leí lo que alguien había escrito debajo de los números. Volví a leer de nuevo los dos renglones y, sin mirar a nadie, le tendí el papel junto con el dinero.

Aguardé que Feli me trajese las vueltas, tanteando con el pulgar la mejilla de Paqui y, al incorporarnos las dos, me quedé rezagada y dejé caer en la oreja de Feli:

—¿Has oído hablar de la Magdalena? Pues recuerda que el mundo está lleno de arrepentidas.

A pesar de haber iniciado mi aventura con tan mal pie, no sabía de qué asombrarme más: si de la discreción con que Feli me había puesto bajo los ojos los orígenes de mi princesa, o de la calma con que yo lo había tomado. Y como estaba segura de que no dejaría pasar la noche sin divulgarlo por la ciudad, su cautela en el restaurante me tenía confusa. Y lo mismo la de su soda, porque eran tal para cual.

Caminamos hacia el parking por unas calles mojadas por la lluvia y, al llegar a la entrada, le dije:

—No has llamado por teléfono.

—Es verdad —me contestó—. Pero con esta noche no creo que vaya nadie.

Ni la noche estaba tan fea, ni a mí me engañó con su supuesto olvido. Y yo, que tampoco me había quitado de la cabeza a las del Acuario mientras estuvimos devorando el filete, recordé de pronto la imagen de Feli hablando por teléfono desde la barra, y su forma de mirar a Paqui ocultándome tras el auricular.

—Llámalas desde casa, si te parece —le dije yo —. Por lo menos que sepan que no te has perdido.

Entré en el coche y abrí la puerta del otro lado. Puse en marcha la radio para seguir pensando y salimos del parking en el momento en que volvía a llover. Si Feli había hablado de mi pareja, lo más probable era que hubiese pasado la descripción y que, habiéndole confirmado su identidad, me la hubiese hecho conocer a espaldas de ella por alguna razón.

Conduje el coche hacia la carretera sin saltarme ningún semáforo y, cuando me situé en la recta, había llegado a la conclusión de que fue el miedo lo que había movido a Feli a actuar así. A nadie nos gusta protagonizar un escándalo y, si a Paqui le habían dado a comer en una de sus mesas antes de hacerlo yo, bien podía ser que la comensala hubiese advertido a Feli que no le convenía que se hiciese público que andaba por la vida engordando culos con billetes de mil. Ni a mí tampoco.

Miré a la ninfa, que no cesaba de palparse el bulto, y la creí capaz de haber puesto el restaurante patas arriba.

—Déjatelo —le dije, poniendo mi mano sobre la suya—. Lo único que vas a conseguir es que te duela.

—Por ahora no noto nada —me dijo ella.

Tampoco a mí me convenía que las dos socias corriesen la voz, y menos aún aparecer como una boba que no sabe con quién se acuesta. Pues una cosa es hacer un regalo, y otro pagar un culo donde todas puedan mojar. Y aunque yo no era más que una mediquilla contratada por un par de seguros, estaba en condiciones de ofrecer a Paqui mejor comida que las del Acuario, con una condición: que cerrase su ventanilla al público. Si

en los quince días de baja forzosa la trasladaba de los masajes a la urbanización poco me importarían las reticencias de las dos socias. Todo el mundo tiene derecho a rectificar, y Paqui sólo contaba diecisiete años.

Sonreí, pensando que algo de eso le había dicho al mencionarle la Magdalena, y le apreté la rodilla.

—¿De qué se ríe? —preguntó mirándome.

—No sé —le dije yo—. De la cara que pondrán mis amigas cuando te vean de jardinera.

—¿De jardinera?

—No me hagas caso —le dije yo—. Algunas veces no sé lo que digo.

Quizás atraída por los pinos de la urbanización, la lluvia había caído con más fuerza que en la ciudad. Y cuando rogué a Paqui que bajara del coche para ayudarme, seguía lloviendo. Chapoteamos en el reguero que discurría junto a la tapia, mientras empujábamos la plancha de hierro cuyo riel habían obturado las agujas de pino. Al entrar en casa, parecíamos dos tortugas de mar recién salidas del agua.

—¡Y pensar que hace menos de diez horas estaba regando! —le dije, a modo de disculpa.

Paqui se había echado el jersey por encima, intentando protegerse la herida del rostro, y estaba como yo. Se miró las ropas y los zapatos a la luz del recibidor, y me dijo:

—Y ahora ¿qué me pongo?

Respiré el olor de su cuerpo y el mío. Y aquel aroma de animal mojado despertó en mi memoria el recuerdo de Vicky. Todos los rincones, incluso los más fúnebres, parecieron iluminarse al oírme decir:

—Lo mejor será que te des un baño, mientras

busco ropa.

—¿Y qué ropa puedo ponerme yo? —me dijo ella, mirando mi cuerpo.

—No te preocupes, que algo habrá por ahí —le dije. Y cogiéndola del brazo añadí—: Pasa, pasa: no vamos a estar aquí toda la noche como dos tontas.

La empujé al salón y al baño, y encendí la luz desde fuera. Hice a un lado la cortina de la bañera, y le sugerí:

—Pon el tapón y llénala mientras te busco ropa.

Dejé a Paqui frente al espejo, explorándose la mejilla, y fui a revolver cajones en el armario de Vicky.

Sus chaquetas y pantalones colgaban en las perchas como ella las dispuso. Y sus pañuelos, sus calcetines y su ropa interior reposaban en el fondo de los cajones, doblados y ordenados como ella los colocó. Corbatas y cinturones colgaban del larguero. Y al abrir el cajón de abajo, vi los suéters que no quiso llevarse a África. Sonreí pensando en los reproches que hacía en sus cartas, y me apresuré a olvidarlo. Nunca he sido de las que soplan en caldo frío, y quien da lo que tiene no está obligada a más.

Paseé mi mano por las prendas colgadas y me miré en el espejo. El rostro de viuda que me devolvió me hizo cerrar el armario. Sus ropas estarían secas por la mañana, y uno cualquiera de mis albornoces le bastaría para salir del baño.

Y así lo hubiese hecho, porque ceder las ropas de Vicky era poco menos que profanarla, de no haber pensado que ese era el sentido que cabía dar al culo de la bañera. O Paqui me ayudaba a encontrar el pulso de mi vida, o ya podía hacerme el ánimo de seguir arrastrando nostalgias por las

habitaciones hasta que me sacasen de una de ellas con los pies por delante.

Así que cerré los ojos a los reproches que me hacía la viuda del espejo, elegí pantalones, un cinturón en la parte alta, un jersey, calzoncillos en los cajones y una camisa que parecía recién planchada, y regresé al sonido del agua que caía en la bañera con murmullos de manantial.

Paqui seguía al borde del lavabo, con la nariz pegada al espejo y el dedo índice con una caperuza de pomada. El ventanal del jardín continuaba abierto. Colgué las ropas en la percha y cerré el grifo de la bañera.

—¿Qué haces ahí sin meterte en el baño? —le pregunté.

Ella se volvió con su dedo pringado y me preguntó:

—¿Cómo es que huele tan mal?

Olfateé el ambiente y atranqué la ventana.

—Es el incinerador municipal —le dije—. No voy a decirte que aquí pueden comerse sopas, pero donde yo entre sígueme que no te ensuciarás —y añadí—: ¿Qué piensas hacer con la pomada?

Ella se miró el pegote que comenzaba a escurrirse y me contestó:

—Ponerme un poco, ¿no?

Me acerqué a su cara y la levanté. La pomada se había embolsado en el borde inferior, dejando al desnudo la parte alta. Restañé la gota de la mejilla, y dije:

—Deja eso para después del baño y límpiate el dedo. Quítate esas ropas antes que te enfríes. ¿O estás esperando que te desnude yo?

Paqui me dio la espalda y se deshizo de la pomada. Yo le saqué los faldones de la camisa y, al darse ella la vuelta, comencé por los botones de abajo.

Fue una lástima que se pusiese a hacer lo mismo con los de arriba, porque de haberme dejado continuar, pronto hubiésemos estado las dos para sumergirnos en la bañera.

Pero su gesto me paralizó. Yo había decidido que nada sucediese sin su voluntad. Ya se lo había dicho la tarde en que me trastocó los músculos, y no pensaba cambiar de actitud.

Así que dejé salir parte del agua mientras se desvestía, y dije:

—Pon agua fría, no vayas a abrasarte. Yo estaré al lado haciendo café.

Me fui a la habitación y me quité las ropas, abrigándome con el albornoz. Encendí fuego en la cocina y puse la cafetera.

En el baño contiguo no se oía una mosca. Y como estaba pendiente de cuanto sucedía, al escuchar el grifo, salí al soportal por la puerta de la cocina.

Las llamas del butano rugían en el calentador. Di dos golpes en el cristal, y dije:

—¡Abre el agua fría!

—Ya he abierto —me respondió su vocecita.

—¡No, mujer, esa es la caliente! —volví a gritarle.

Pensé irrumpir en el baño con el pretexto de su torpeza. Pero las llamas se extinguieron súbitamente, haciendo chirriar la cubierta metálica del calentador.

Detrás de la ventana seguía escuchándose el estrépito del agua. Dirigí mi voz a la sombra rosácea de Paqui, agachada al borde de la bañera, y grité:

—¡Ahora sí!

Aguardé que la cafetera iniciase sus gorgoteos, mirando la sombra que se movía. La cortinilla coloreaba con su rosa fuerte las piernas, los brazos

y la cara. Y no dejé de verlos hasta que Paqui los anegó.

Puse la cafetera junto a dos tazas y un azucarero, y me dirigí con la bandeja a mi santuario, empujando la puerta con la rodilla al entrar en él. Hice a un lado el paquete de cartas con el servicio y lo dejé en la mesa. Di la vuelta a los dos sillones y giré el interruptor.

La luz dio de Heno sobre los dos paneles y sobre la cortina que tapaba el tercero. Lo demás permanecía en sombras. Detrás de su metacrilato, los clítoris de militar hacían guiños en blanco y negro. Y los míos a todo color. Había imaginado dos golpes de efecto. Uno era colocar a Paqui ante los dos paneles y encender la luz.

Entorné la puerta y salí al soportal, cuyas tejas rezumaban la lluvia. Un viento cálido barría las nubes del cielo, donde comenzaban a asomar estrellas. Sentí frío en los muslos y pantorrillas. Y al ver que las llamas del calentador volvían a rugir me refugié en la cocina.

Escuché los latigazos de la ducha contra la cortinilla. Y al oír que cesaban los golpes me incorporé. El cuerpo rosa de Paqui estaba en el espejo. Y la toalla, rosa también, se agitaba como bandera. La dejó caer al suelo y vi que se acercaba. Retrocedí cuatro pasos y me volví a sentar.

Aguardé su inmediata aparición fingiendo poner en orden algunos vasos, pero no salió. Los hice chocar mientras se secaba. Pero antes perdí la paciencia que la vi salir.

—¿Has terminado ya? —pregunté, golpeando la puerta.

—¿Sí? —preguntó.

Creí que me invitaba a entrar y abrí la puerta.

Paqui había comenzado por los pantalones, que

naturalmente le quedaban cortos.

—Que si has terminado —le repetí.

—Sí, ya estoy —me respondió, acabando de ocultar su pecho bajo la camisa.

—Date prisa, que el café se estará enfriando —le dije yo. Y añadí—: Abre la ventana, que te vas a ahogar.

—¿No me mira esto? —me dijo ella.

—En cuanto se pueda entrar —le contesté—. Tú abre la ventana.

Dejé la puerta sin cerrar y volví al taburete. Al poco apareció ante mí, con los pies desnudos y el jersey en la mano. El agua de la ducha y el calor le habían reblandecido los bordes del pozo.

—Ya está —le dije, guardando la pomada.

Fue al acercarle las zapatillas cuando descubrí que tenía hongos en el empeine. Me asombró mucho no haberle visto aquellos puntos blancos en los masajes, pero no dije nada. Ni yo estaba para detenerme en ellos, ni el asunto lo merecía.

—¿Te duele? —le pregunté, bordeando con el dedo la inflamación.

—No —me contestó.

—Pues vamos a tomar café, que quiero enseñarte algo.

Y la cogí por el hombro.

Volví a entornar la puerta y la situé ante las dos sombras que colgaban de las paredes. Paqui se apretó a mi brazo y me hizo sentir su aliento cuando me preguntó:

—¿Qué va a hacer?

Me alejé de espaldas, asegurándome que no me seguía y, al tiempo que giraba el interruptor, cerré la puerta.

Un torrente de luz inundó desde cuatro puntos la multitud de penes, que saltaron hacia nosotras como seres vivos.

—Caray —dijo ella, cuando se recobró del deslumbramiento.

Paqui se había puesto la mano ante los ojos y, al retirarla, se encontró con las monumentales ampliaciones de Vicky y con las erecciones, más modestas pero a todo color, que les daban réplica desde el otro lado. Y como estaba en el ángulo de los dos paneles, y estos parecían cerrarse sobre ella, retrocedió aturdida hasta que sus piernas tropezaron con la mesa de los cafés haciendo tintinear las cucharillas. Un ruido que pareció devolverle la lucidez, porque se dio la vuelta y dijo:

—¿Qué es eso?

Yo me acerqué entre los dos sillones. Cogí su cabeza con ambas manos y dije:

—Tú sigue mirando, que ya te explicaré.

Le di un leve empujón y me quedé mirándola.

Paqui se cruzó de brazos ante los militares. Pareció estudiar la longitud y el filo de los machetes que tenía ante sí, y alargó un brazo instintivamente. Vi la imagen de su propio rostro ir de un clítoris a otro, como si los besuquease con avidez. Siguió con sus dedos las rectas y curvas que la fascinaban. Paseó la mano por todos los cañones como si quisiera trasponer la barrera de metacrilato. Y, al acercarse a los cincuenta míos, me acerqué yo también.

—¿Qué te parecen? —le pregunté, abrazada a su cintura.

—Es fantástico —me dijo sin volverse—. ¿De quién son?

—Esos de la derecha los fotografió una amiga —le dije. Y apretándole y frotándole una pilila que no daba señales de conmoción, añadí—: Y ese es el mío.

Tiré de la cremallera de sus pantalones y hundí

la mano.

—Pues ahora que lo dice, es verdad —me respondió—. Pero con esos colores no parece el mismo.

—Pero lo es —afirmé yo, soltándole el botón de los pantalones.

Me agaché mientras ojeaba glandes y prepucios, y en un momento la tuve en camisa. Y como los faldones le colgaban tanto como a mí el albornoz, le hinqué entre las nalgas el original.

Paqui abrió las piernas al sentir el puntazo y las cerró otra vez empezando a sobar la rosa de fuego que emergía por la otra parte. Yo hice lo mismo con algo que parecía goma de mascar. Y al sentir que los espasmos me llegarían de un momento a otro, me retiré. Ya me había corrido sin darle por el culo, y eso no estaba bien.

—Espera, espera —le dije, apartando la boca que descendía.

Me puse junto a ella. Hundí el dedo en su caca, cerciorándome que no iba a fallar. Volví a limpiarlo en el albornoz, y dije:

—Ven, que voy a enseñarte el infierno por un agujerito.

No sé qué imaginó que quería decirle, porque fue a los sillones y apoyó los codos dándome el trasero. Le solté un cachete en las nalgas y la puse ante el cortinón.

—Ponte aquí y no abras los ojos hasta que te diga —le ordené.

Puse el pie en el interruptor de la estufa Siemens, y una corriente de aire nos lamió las piernas.

—¿Qué ha hecho? —me preguntó.

—Nada —le dije—. Calentarte el cuerpo. Tú cierra los ojos y mira al frente.

Juntó las manos. Orientó la cabeza conforme le

pedía. Y al verla con los ojos cerrados tiré del cordón.

Las anillas chirriaron sin que Paqui parpadease. Y unas tras otras aparecieron las imágenes de mi tormento. Y diciéndome que, si la afectaban la mitad que a mí, pronto la tendría temblando como un flan, me puse a su espalda y murmuré:

—Ya puedes mirar.

Paqui abrió los ojos. Los volvió a cerrar. Alargó la cabeza abriéndolos de nuevo. Se fue hacia ellos y retrocedió. Pasó la mano por uno de los glandes. Examinó las llagas de un escroto. Miró hacia lo alto, donde parecían chorrear su lava los cráteres abiertos por la sífilis, y vino hacia mí.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

Yo hundí la mano entre los faldones. Y agarrándole un clítoris que el viento de la estufa había caldeado, le contesté:

—Lo que va a ocurrirle a esta lagartija, si no dejas de putear.

Al oír mi respuesta, la colita de Paqui se incrustó en sí misma. Palpé los cascabeles, y se le fueron ingles arriba. Y agarrándola por la cintura, no fueran a doblársele las piernas y se partiera un hueso, le dije:

—Pero conmigo puedes joder tranquila, que este que tengo aquí aún no ha cagado a nadie.

Y diciéndoselo le puse en las manos la misma columna que le iba a clavar. Ella bajó los ojos.

Y sin pararse a ver si lo que yo aseguraba era cierto o no, se desasió del que le apuntaba directamente al pubis, frotándose las manos en la camisa.

—¿Y como sé yo que lo tiene curado? —me preguntó.

—¿Cómo dices? —me asombré yo.

—Sí —dijo ella—. Porque he oído decir que eso no se cura.

—Claro que se cura —le dije yo—. Pero ¿qué tiene que ver conmigo?

Paqui seguía agarrada a los faldones de su camisa, y no los soltó.

—¿No ha dicho que las fotos en color son del suyo? —volvió a preguntar.

—Pero no estas, sino las de allá —le dije. Y agarrándola por el brazo la llevé ante ellas—. ¿Tú crees que se parecen en algo?

Mi clítoris no sólo no tenían ninguna de las llagas, costras y supuraciones que deformaban las otras, sino que la turgencia de su erección contrastaba de tal manera con las arrugas y pliegues de los apestados como si no se tratara del mismo órgano.

Pero a Paqui debieron entrarle por la retina todos a un tiempo, confundiéndosele el sano con los enfermos, las llagas de unos jalonando la erección del otro, o como quiera que fuese, porque se soltó de mí, dejándose caer al suelo, y casi a cuatro patas y enredándose en la estufa, abrió la puerta y me abandonó.

Desconecté la estufa, que bramaba en el suelo, y salí tras ella. Si verla caer me había dejado sin aliento, verla abrir la puerta y salir huyendo acabó con los restos de mi erección. Por lo que avancé por el pasillo con el ánimo de espetarle cualquier barbaridad.

Había decidido ya no quilar con ella en el santuario, si no era su deseo, cuando la encontré de bruces en el inodoro. Urgida por las arcadas, Paqui no había podido encender la luz y estaba en penumbra. Una fuente, aromatizada por las hierbas del stroganov, brotó de su seno para derramarse con ímpetu sobre la porcelana, sin

darme tiempo a girar el interruptor. Lo hice así. Y acercándome a ella, conseguí que el agua se llevase tubería abajo aquella metamorfosis del menú de Feli. Le puse la mano en la frente y palpé el sudor frío que la bañaba. Un nuevo temblor le dobló la cintura. Tiré de la cadena, sacando a la cisterna un reguerillo insignificante, y le pregunté:

—¿Qué te ocurre?

Paqui no respondió, y se lavó la cara y la boca.

Volvió precipitadamente al inodoro. Vi que sus pies resbalaban en las gotas del suelo. Y quitándome el albornoz se lo eché por los hombros.

—¿Qué te pasa? —volví a preguntarle.

Ella pareció convencerse de que las arcadas habían concluido y se volvió hacia mí. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y gruesas gotas de sudor, o de agua, la mojaban desde la frente al mentón. Cortó un pedazo de papel higiénico y se limpió los labios.

—¿Eh? —insistí, acariciándole la cabeza.

Paqui vio en mi cuerpo algo que la puso peor.

Porque hay erecciones que no llegan oportunamente, y yo había vuelto a empalmar.

—No lo sé —pudo contestar.

—Quizá te haya sentado mal el aperitivo —le dije yo—. O la cena. Vamos a la cama, y te daré algo para el estómago.

Volvió a mirarme. Entrecerró los ojos, que destilaron una materia acuosa, y al abrirlos de nuevo dijo:

—No. Lo que quiero es irme a casa.

—¿A casa? —pregunté yo—. ¿Quieres decir al Acuario?

—Sí —me aseguró, mirando su ropa.

—¿Cómo vas a ir a estas horas?, —le dije yo—. Además, lo más seguro es que no haya nadie.

Duerme esta noche aquí, y mañana decidirás.

Paqui había dejado su ropa en la balanza del baño y empezó a recogerla.

—¿Has oído? —le insistí.

—Sí —me respondió—. Ahora llamaré por teléfono y vendrán a por mí.

—¿No te digo que no es nada, y que una infusión te pondrá bien?

—Ya lo sé —me respondió—. Pero quiero irme.

Hizo un paquete con toda su ropa, al que añadió los zapatos, y me tendió el albornoz. Me cubrí aquello que parecía enfermarla y dije:

—Como quieras. Pero no hace falta que llames, que yo misma te llevaré. Y no te pongas ropas mojadas.

Me vestí a toda prisa, saqué los pantalones y el jersey que habían quedado de muestra en el santuario, le tendí una bolsa para meter la ropa con que había salido de su palacio, y la hice subir al coche vestida con lo de Vicky.

—Abre la ventanilla, si te encuentras mal —le dije.

Conduje hasta la ciudad rogando a Dios que no vomitase en la tapicería. Pero preferí ese riesgo a dejar que irrumpiesen en mi jardín las monas de los masajes.

Me encontraba a las cuatro al pie del ascensor para subir a la clínica, cuando el portero me puso en las manos un paquete envuelto en periódicos dentro de la misma bolsa que había dado a Paqui la noche anterior. Subí al ascensor diciéndome que no necesitaba abrirlo para saber qué contenía. Y cruzando con él por delante de mi enfermera lo puse en el suelo, detrás del sillón.

Dejé transcurrir varios minutos preguntándome a qué puerta acudir para que me saliesen las cosas bien. Y al decir a la enfermera que podía pasar el primer cliente aún no sabía a cuál. Porque, si era cierto que podía habérmela tirado en el Acuario o en la urbanización, también lo era, y sin la menor duda, que nunca accedería a volver a mi casa sin una soga de billetes atada al cuello. Y mi desesperación no llegaba a tanto. A mí no me iban a pasar recibo por cada polvo, ni ella ni ninguna. Y menos aún sabiendo que Feli la conocía. Bastante me había burlado de las otras, para que se carcajeasen a mis espaldas.

Atendí esa tarde las diversas mordeduras y escoriaciones que acudieron a mí en busca de remedio y, al abandonar la clínica, paseé de nuevo el paquete ante los ojos de la enfermera.

Abrí el contenedor de basuras y lo deslicé entre los envoltorios que se le habían anticipado. Cerré la tapa con la indiferencia de un enterrador y me alejé. Tanto mi pasado como mi futuro iban a viajar esa noche al incinerador.

Por un momento pensé hacer una pira con

todas las reliquias del armario, quemándolas en el jardín. Completé la hoguera con las cartas de Vicky, a las que vi arder y esparcirse en el aire, y regresé a la urbanización.

Todas las huellas de lo ocurrido en el santuario habían sido borradas por la limpiadora: las cartas sobre la mesa sin la compañía de los cafés, y el cortinón cubriendo los penes.

Maldije el instante en que se me ocurrió llevarla ante ellos, dejando pasar la ocasión de quitármela frente a los otros o en los sillones y, al ir hacia estos, vi la estufa. Y como la mujer había enrollado el cable en torno el aparato por primera vez en el invierno, lo conecté. Eso, y no dar señales de vida por mucho que pisé el interruptor, eran los únicos testigos de mi fracaso. Así que confiando en el silencio de todos, volví a meditar sobre la pira fúnebre.

Dejé de dar vueltas por la habitación y me senté.

Como siempre ocurría, mis manos se fueron hacia las cartas. Pero en esa ocasión con ánimo distinto, porque las cogí como quien finaliza la lectura de un libro que ya no ha de leer.

Me puse las gafas. Y al comprobar que el respaldo del sillón me producía sombras, lo ladeé. Era un testigo más, y me sumergí en la lectura.

Y fue cosa de azar, o de mala suerte, que mis ojos cayesen sobre aquella en que Vicky ofrecía su clítoris al otro Víctor, su novia del cuartel, como tapón de la colitis que padecía.

Leí la carta repetidas veces. Y diciéndome que era imaginación y no una pira lo que necesitaba, pensé en Antonia.

Dos tardes después me dirigí a su casa. Eran más de las siete, y el cielo estaba oscuro.

Bajo las luces de la Avenida transitaba la multitud, parte de la cual se dispersaba por las callejuelas. Reconocí en la mujer de gafas que entraba en un salón con máquinas de premio a una de las rameras, y entré tras ella.

En la barra distribuían gratis cafés y Coca–Cola. Cambió un par de billetes por las monedas que llevaba una moza en el delantal, y miró en torno a sí. En el local no había menos de cincuenta máquinas que escupían y devoraban duros, al tiempo que trinaban melodías en sus cajones.

La puta comenzó a introducir monedas por la ranura y a hacer girar las peras y los tomates, las fresas, los plátanos y las campanas. Me acerqué a ella y vi la cicatriz que le corría de oreja a oreja.

Un chino llenaba su tarrina con el caudal de monedas que escupía su máquina.

—Ya tienes las diez mil, ¿no? —dijo la fulana, mirándolo con envidia.

—Sí —contestó el chino, sin dejar por eso de pulsar botones.

—¿Cuánto te ha *costáo*? —volvió a preguntarle.

—Seis mil —le respondió.

—Seis mil, ahora —dijo una torre humana detrás de mí—. Pero esta mañana metió veinte mil.

Era un hombre de cincuenta años y noventa kilos, parte de los cuales anidaban en su bigote. Me devolvió la mirada y desvié los ojos. Si el chino le llegaba por la cintura, a mí me sacaba toda la cabeza.

Cuando me fui, a la puta no le quedaban más monedas que las del bocadillo.

Volví a caminar por la Avenida, pensando en el rubio y en la tarde que Antonia se la chupó. Pensé también que tenía las piernas demasiado cortas. Pero eso me daba igual. De coincidir en la

habitación, ya me las arreglaría para que me diese el culo. Apreté el paso. La de gafas me había hecho perder más de treinta minutos, y temí que mi amiga no estuviera en casa.

Fue al cruzar una calle cuando casi tropecé con ella. Antonia venía hacia mí. Pero antes de llegar se metió en la farmacia.

Al principio pensé introducirme por la misma puerta. Luego sentí curiosidad y aguardé semioculta. Al verla aparecer con un paquete en la mano, la seguí. Por el tamaño deduje que debía tratarse de medicamentos. Lo que me llevó a pensar en Laurita. Y si era cierto, ya podía despedirme de los rubios del barrio. Por lo menos aquella tarde.

No me fue fácil seguir a Antonia. Alguien debía estar esperando las medicinas, porque sus piernas no daban más. Y las mías tampoco.

Dejó una tras otra las callejuelas de sus amores. Y al llegar al jardín lo cruzó por en medio. Dio la vuelta a la fuente, mientras yo bordeaba las verjas para no descubrirme, y al llegar a la calle donde vivía corrí tras ella con el tiempo justo para verla meterse en su portal.

Me aposté en la esquina durante diez minutos. Y viendo salir a Concha me decidí a entrar.

El portal de Antonia no debía cerrarse en todo el día. Y aunque parezca mentira, su suelo era de mármol.

Un niño hacía rebotar su pelota de pared a pared. Aguardé que las botas dejasen de patearla y empecé con los escalones. Antonia y Conchita tenían instalado su nido de amor en el primer piso. Me introduje por la puerta entornada en un olor de frituras y colchón de lana, deteniéndome ante la mesa del comedor, ocupada por los platos sucios y un despliegue de cartas de Tarot. Las paredes

estaban pintadas con cierto color gris al que ninguna mancha podía afectar.

—¿Antonia? —dije, tocando la corona a la reina de espadas.

Cuando mi amiga asomó por la puerta, comprendí que la enferma, quien quiera que fuese, estaba al otro lado. A ella la vi sudorosa y desencajada, y sus pulmones jadeaban aún.

Cerró la puerta y dijo:

—¿Qué haces por aquí?

—Nada, que te he visto cuando entrabas en el portal.

—Pues vienes como anillo al dedo. Conchita acaba de salir a buscar un médico. Pasa, pasa —me dijo, dándome la espalda.

Abrió la puerta y me introdujo en la habitación. Y aunque de momento no vi gran cosa, apreté la nariz.

Antonia fue al balcón y abrió las contraventanas, como si se fuese a filtrar por ellas el sol de mediodía. Pero eran las ocho de la tarde, y la luz pública apenas se notó.

El interruptor de la bombilla que colgaba del techo debía estar en la cama, porque la encendió desde ella y dijo:

—¿Qué te parece la que nos ha caído?

Miré hacia la cama y al principio no supe qué pensar. Porque si el rostro que reposaba en ella era el de Tonín, no se parecía al de la otra semana. Tenía los ojos fijos en el techo. Y una sonrisa anormalmente amplia le abría la boca de oreja a oreja. Los dientes le brillaban como teclas de pianola. Y los tenía encajados.

—¿Qué le ocurre? —pregunté a mi amiga.

—No lo sabemos —me contestó—. Está así desde anoche.

Yo me acerqué al enfermo. Le puse las manos

en la frente y recibí el latigazo de la calentura. Tanteé sus brazos a lo largo del cuerpo y no los encontré. Retiré mantas y sábanas, y el bulto surgió ante mí.

Las piernas del chico estaban encogidas y sus brazos también. Le puse la mano izquierda en la rodilla y, agarrándole la pierna por el tobillo, tiré de ella al tiempo que la empujaba. Lo hice con más vigor, y la pierna se desplegó unos centímetros sin que a la cara de Tonín se le moviese un músculo. Hice lo mismo con los brazos, y desistí. Por mi parte había visto lo necesario. Así que lo dejé con los puños cerrados a la altura de las orejas, cubrí hasta el cuello aquel manojo de músculos agarrotados y me volví.

—¿Habéis vacunado al chico contra el tétanos? —le pregunté.

—No lo sé —me respondió—. Siempre ha sido su madre quien lo ha llevado al médico.

Pensé si la bruja habría tenido tiempo de acompañar al chico a la policlínica entre dos preguntas a su Tarot, y lo dudé.

—Siempre, no —comencé a decirle. Pero inmediatamente me detuve. Calculé los días transcurridos desde la fimosis, y añadí—: ¿Se ha hecho alguna herida en los últimos días?

—¿Cómo una herida? —me preguntó a su vez.

—Sí, una herida. Un pinchazo, un corte, una caída. Algo que le haya hecho sangrar, por poco que sea —le aclaré.

—Cualquiera sabe, si se pasa el día en la calle y en el colegio —me respondió.

—¿El no os ha dicho nada? —le insistí.

—¿Cómo, si ni habla ni siente desde anoche? —me contestó. Y mirándome, y casi sin atreverse, añadió—: ¿Por qué lo dices?

—Porque creo que tiene tétanos, y eso llega

siempre por una herida —le contesté.

Antonia pareció repasar todas las narraciones que le habían hecho desde la infancia. Y sus recuerdos la horrorizaron.

—¿Tú crees que se salvará? —me preguntó.

—Depende de dónde esté la herida y lo que haya avanzado —le dije. Pero, al ver que estaba a punto de desplomarse, añadí—: Yo creo que sí. Aunque habrá que llevarlo al hospital para que le examinen y lo duerman.

Entonces recordé que el chico era tan consciente de lo que sucedía como ella y yo, y añadí en voz alta:

—Pero no te preocupes: Tonín es joven y saldrá adelante.

Eso fue lo que dije, pero no era verdad.

Había empezado a sospechar si no sería yo quien le había metido el tétanos con el bisturí. No era un caso frecuente, pero no sería el primero en ingresar para quitarse un quiste y morir a los siete días con los músculos agarrotados. Y lo peor de todo era que, de ser así, veía tan inútil informar que el bacilo podía tener la entrada por el frenillo como que era peligroso para mí. A aquellas alturas debía tener tan invadido el cuerpo que no podía soñarse con amputar.

Así que callé mis temores, y dije:

—¿Tardará mucho Conchita?

—No creo, porque el médico vive ahí, al lado —me respondió.

—¿Y viviendo ahí al lado habéis esperado hasta ahora? —le reproché.

—Eso díselo a ella. Yo no he dormido en casa y, al llegar esta tarde, me encuentro con la papeleta. Le han estado dando friegas ella y la vecina con un ungüento, pero como si nada —me contestó.

No le pregunté en qué cama pasó la noche. En ese momento escuché pasos en la escalera, y una conversación en la puerta de entrada que sacó a mi amiga de la habitación.

Yo me acerqué a Tonín, que seguía con la mirada fija. Y poniendo la mano en la tapadera de sus pensamientos, le dije:

—Lo siento, hijo, no hemos tenido suerte con la operación.

Cuando salí de la alcoba, me crucé con el médico.

Tonín murió cuatro días más tarde en el hospital. Yo cerré la clínica, anunciándole vacaciones a la enfermera, y me deshice del instrumental rociándolo con gasolina en un descampado.

Aunque me hubiesen señalado más de un millón de heridas en el cuerpo del chico, no habrían podido quitarme la pena de que la muerte le había entrado por el frenillo. Y de eso la responsable era yo.

Así que propuse a las dos compañías de seguros que buscaran a quien me sustituyese y me encerré en la urbanización con las cartas de Vicky. Lo de hacerlas desaparecer en un mar de llamas me pareció tan absurdo que no lo pensé. Nadie se desprende de su pasado sin una razón que lo reemplace, y yo no tenía ninguna. A Paqui no podría ponerle la mano encima como no fuera dorándomela con billetes de mil. Lo que era tan ajeno a mi vanidad como volver a Josi tras haber divulgado nuestra separación. Pues aparte de que metérselo a Josi era como clavar un cuchillo de monte en un cuenco de mantequilla, lo que menos quería yo era regar la maceta de Paqui con un caudal de oro. O se avenía a retozar conmigo por

amor al arte, o la luna que le ofrecí no saldría para ella. Y como esto implicaba su traslado a la urbanización, el culo de Paqui lo veía muy verde.

En cuanto a los rubios o morenos que podía quilarme por medio de Laurita, lo mismo. Porque, muerto Tonín, yo no me atrevía a verme con Antonia a menos que el cadáver se hubiese enfriado. Ya me había ido de la alcoba sin decirle adiós, y ni fuerzas tuve para el entierro, del que me enteré por Josi la misma mañana en que lo sacaron del hospital. Y de ir sola al barrio y concertar con la chica, ni hablar, porque Antonia podía perder a su vástago y a su mujer a un tiempo y seguir pegando el ojo como si no hubiese ocurrido nada. Y aunque mi amiga no supiese palabra de mis temores, a mí me impedían coincidir con ella.

No sé si fueron una o dos las semanas de reclusión en el santuario, porque leí las cartas de Vicky durante esos días como si fuesen mi tabla de salvación.

Repasé uno a uno los escritos. Los ordené de nuevo. Dividí en tres aquel largo período de separación. Me acongojó leer en ellas el anuncio de un reencuentro que nunca se produjo, y me lancé a la calle dispuesta a conservarla sin renunciar por ello a mi propia vida.

En esas me encontraba cuando conocí a Chema, a quien conduje a la urbanización porque entre sus defectos no figuraba el de dejarme fría. Es cierto que se puso a mi espalda muchas más veces que yo a la suya. Pero cuando dos meses más tarde fui con ella a El Aaiún para regresar sabiendo que Vicky podía vivir entre Ceuta y Tánger, yo disfrutaba de mi propio cuerpo gracias a sus brutalidades. Lo que ocasionó a su vez que no la dejase sola, viviendo al buen tun tun, cuando

decidí el segundo viaje.

Y eso fue lo que mató a mi Vicky, bajo las estrellas de la bahía.